



Universidad Nacional de Córdoba
Repositorio Digital Universitario
Biblioteca Oscar Garat
Facultad De Ciencias De La Comunicación

CRÓNICA NARRATIVA Y ETNOGRAFÍA:

Una perspectiva desde donde pensar la práctica de las y los cronistas

Rho, Lucía Paula

Cita sugerida del Trabajo Final:

Rho, Lucía Paula. (2021). "Crónica Narrativa y Etnografía: Una perspectiva desde donde pensar la práctica de las y los cronistas" Trabajo Final para optar al grado académico de Licenciatura en Comunicación Social, Universidad Nacional de Córdoba (inédita).

Disponible en Repositorio Digital Universitario

Licencia:

Creative Commons Atribución – No Comercial – Sin Obra Derivada 4.0 Internacional





**CRÓNICA NARRATIVA Y ETNOGRAFÍA:
UNA PERSPECTIVA DESDE DONDE PENSAR
LA PRÁCTICA DE LAS Y LOS CRONISTAS**

Lucía Paula Rho

Directora: Tatiana Rodríguez Castagno
Codirector: Marcos Javier Luna



UNC

Universidad
Nacional
de Córdoba



FCC
Facultad de Ciencias
de la Comunicación



TRABAJO FINAL DE GRADO

**CRÓNICA NARRATIVA Y ETNOGRAFÍA:
UNA PERSPECTIVA DESDE DONDE PENSAR LA
PRÁCTICA DE LAS Y LOS CRONISTAS**

Rho, Lucía Paula

Directora: Tatiana Rodríguez Castagno

Codirector: Marcos Javier Luna

Marzo de 2021

A la Universidad Nacional de Córdoba, que me brindó la posibilidad de acceder a la educación pública, laica y gratuita de excelente calidad; y la Facultad de Ciencias de la Comunicación, el lugar donde aprendí a tener una mirada crítica sobre el mundo que me rodea.

A mi familia, especialmente a Gabi, por los consejos, la motivación y el apoyo incondicional a lo largo de toda la carrera.

A mis amigas y amigos que transitaron conmigo este camino de aprendizaje y formación.

A Tatiana y Marcos, mis directores, por acompañarme y motivarme durante todo el proceso.

RESUMEN

En los últimos años, en el ámbito periodístico, se comenzó a debatir sobre el trabajo de campo que realizan los cronistas y se empezó a plantear que la novedad de las crónicas radica en la exploración de nuevas formas de reporte. A su vez, entre periodistas y estudiosos, emergieron debates acerca de si la etnografía se presenta o podría presentar como una perspectiva metodológica capaz de proporcionar innovadoras formas de investigación en el campo de la crónica narrativa.

Si bien existen textos que tratan la cercanía entre el método etnográfico y el trabajo de campo que realizan los cronistas, estos son escasos y no abordan la cuestión en profundidad. Por este motivo, nos proponemos explorar los cruces entre la crónica narrativa y la etnografía, con el fin de conocer qué aportes puede realizar esta última a la práctica de los cronistas. Cabe aclarar que tomaremos a la práctica como un proceso integral, no solo el momento de reporte, ya que nuestro objetivo es ampliar la mirada y ver qué puede ofrecer la etnografía tanto en cuestiones metodológicas como epistemológicas y textuales.

La metodología a utilizar en este Trabajo Final es cualitativa, y combina técnicas tales como la búsqueda, análisis y sistematización de bibliografía específica sobre el tema, con entrevistas a cronistas y etnógrafos, con el propósito de conocer experiencias concretas acerca del proceso de elaboración de las crónicas y explorar los vínculos entre crónica narrativa y etnografía.

Los resultados nos permiten identificar un conjunto de herramientas que la etnografía –en tanto enfoque, método y género textual– puede brindar para reflexionar y enriquecer la práctica de los cronistas. Así, el principal aporte que realiza es una nueva forma de entender a la crónica narrativa, que pone el foco en la dimensión epistemológica, metodológica y textual de la práctica de los cronistas. De este modo, sostenemos que la crónica narrativa consiste en una forma de conocer y documentar al mundo social, basada en la premisa de que los relatos se construyen en diálogo con los protagonistas; para ello, el cronista apela a un método que consiste –principalmente– en utilizar su propia subjetividad como herramienta de conocimiento; a la vez, constituye una forma particular de narrar la vida social, donde priman el componente descriptivo y la integración de la perspectiva de los protagonistas.

Palabras claves: géneros periodísticos narrativos | antropología | crónica narrativa | etnografía

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	<u>6</u>
CAPÍTULO I: MARCO TEÓRICO.....	<u>11</u>
1. ¿Qué son los géneros periodísticos?.....	<u>11</u>
1.1 Otra forma de contar la realidad: periodismo narrativo.....	<u>14</u>
2. ¿Qué es la crónica?.....	<u>17</u>
2.1 Características de la crónica narrativa.....	<u>19</u>
2.2 El proceso de elaboración de las crónicas.....	<u>21</u>
3. ¿Qué es la etnografía?.....	<u>26</u>
3.1 Como enfoque.....	<u>26</u>
3.2 Como método.....	<u>28</u>
3.2.1 Trabajo de campo.....	<u>29</u>
3.2.1.1 Observación participante.....	<u>31</u>
3.2.1.2 Entrevista etnográfica.....	<u>34</u>
3.3 Como texto.....	<u>36</u>
CAPÍTULO II: MARCO METODOLÓGICO.....	<u>40</u>
CAPÍTULO III: PENSAR LA PRÁCTICA DE LAS Y LOS CRONISTAS DESDE EL APORTE DE LA ETNOGRAFÍA.....	<u>45</u>
1. Conocimientos en diálogo: el enfoque en la crónica narrativa.....	<u>46</u>
2. El trabajo de campo: pautas metodológicas para pensar la práctica de las y los cronistas	<u>56</u>
2.1 Poner entre paréntesis los propios valores sociales y culturales: la reflexividad.....	<u>57</u>
2.2 “Pacienciar” las historias: el tiempo	<u>59</u>
2.3 La pregunta como herramienta de trabajo: la entrevista.....	<u>62</u>
2.4 Involucrarse para conocer: la observación.....	<u>69</u>
3. Narrar fragmentos de la vida social: la crónica narrativa como texto.....	<u>73</u>
CONCLUSIONES.....	<u>86</u>
BIBLIOGRAFÍA.....	<u>92</u>
ANEXOS.....	<u>99</u>

INTRODUCCIÓN

“El periodismo es un método de interpretación de la realidad social”, plantea el periodista español Lorenzo Gomis (2008, p.56). Es decir, a través del lenguaje, permite descifrar y entender la realidad que acontece a nuestro alrededor, al mismo tiempo que se hace cargo del posible significado y alcance de los hechos y de su explicación. Para explicar y contar esa realidad, los periodistas se valen de los diversos géneros periodísticos.

Gran parte de los teóricos (Gomis, 2008; Martínez Albertos, 2007; Parrat, 2008; entre otros) coinciden en expresar que los géneros periodísticos no son estáticos, sino que varían en función de las necesidades y prácticas sociales, así como también de los objetivos de la profesión periodística. Por esta razón, están en permanente proceso de cambio e hibridación; y, mientras algunos géneros pierden vigencia, otros nuevos van apareciendo.

De acuerdo a la profesora e investigadora española Sonia Parrat (2008), una de las causas de la hibridación tiene que ver con la búsqueda constante de nuevas formas de expresión por parte de los periodistas. Así, a lo largo de la historia hemos sido testigos de numerosas innovaciones en este campo, tales como el surgimiento del periodismo narrativo, donde las hibridaciones con la literatura cobraron más fuerza.

En el abanico de posibilidades discursivas que podemos reconocer dentro del periodismo narrativo encontramos a la crónica narrativa, género del que se ocupa este trabajo final. A modo de anticipar una definición, Darío Jaramillo Agudelo (2012) la concibe como “una narración extensa de un hecho verídico, escrita en primera persona o con una visible participación del yo narrativo, sobre acontecimientos o personas o grupos insólitos, inesperados, marginales, disidentes, o sobre espectáculos y ritos sociales” (p. 17).

Sin profundizar aún en las características de esta tipología, observamos que sigue, a nuestro parecer, en constante proceso de cambio e hibridación. En este sentido, la periodista y docente Javiera Carmona Jiménez (2010) advierte en los últimos años una revitalización del periodismo narrativo, particularmente de la crónica narrativa, que revela rasgos teórico-metodológicos y éticos más cercanos a un enfoque antropológico que al literario. Ella plantea que existe una relación entre Periodismo y Antropología al

examinar los principios de la etnografía como paradigma de la aproximación y la innovación de la crónica, en cuanto propone nuevas formas de reporte e investigación.

De aquí nace nuestro interés por indagar acerca del trabajo de campo que realizan los cronistas y, luego, analizar concretamente qué vínculos o cruces se pueden establecer entre la crónica narrativa y la etnografía¹.

En el intento por profundizar al respecto, podemos distinguir dos instancias de investigación. La primera fue desarrollada en el marco de la Beca de Iniciación a la Investigación, otorgada en 2019 por la Secretaría de Ciencia y Tecnología de la Facultad de Ciencias de la Comunicación de la Universidad Nacional de Córdoba². A través de un proyecto denominado “*La crónica periodística: un análisis del trabajo de campo de los cronistas*”, buscamos conocer las tareas y actividades de investigación que realizan los cronistas, identificar y describir los métodos de recolección de datos que utilizan y analizar su vinculación con algunas metodologías empleadas en las Ciencias Sociales³.

Así, en el contexto de la beca, a través de entrevistas a periodistas de medios del interior de la Provincia de Córdoba y de una búsqueda, sistematización y análisis de bibliografía específica sobre el tema (sobre crónica y metodologías de investigación), identificamos dos técnicas de investigación principales: entrevista y observación (Rho, 2020). A su vez, en esta indagación nos encontramos con testimonios de cronistas que reconocen cierta cercanía entre su trabajo y el método etnográfico, mientras que otros insisten en remarcar las diferencias con la academia. Más allá de las voces encontradas, advertimos que efectivamente en el ámbito periodístico, específicamente entre los cronistas, se está dando un diálogo sobre el entrecruzamiento de estos dos grandes campos: la crónica narrativa y la etnografía.

Entonces, como segunda instancia de investigación, en este Trabajo Final de Grado nos proponemos explorar los cruces que se pueden establecer entre crónica narrativa y etnografía. Particularmente, nos interesa conocer qué aportes puede realizar esta última a la práctica de los cronistas durante el proceso de elaboración de las crónicas. Cabe destacar que preferimos hablar del proceso de elaboración y ya no de trabajo de

¹ Si bien en los títulos empleamos la expresión las y los cronistas a modo de inclusión, en el desarrollo utilizaremos los cronistas para no dificultar la lectura y provocar recargamiento.

² Res. Dec. N° 719/19

³ La investigación se desarrolló en el marco del proyecto *La crónica periodística en medios gráficos del interior de la provincia de Córdoba* (Proyecto Secyt UNC 2018- 2019), cuyo objetivo fue caracterizar las particularidades de este género en medios gráficos regionales del interior provincial. De aquí se desprende la selección de medios analizados.

campo porque pretendemos ampliar la mirada más allá de lo estrictamente metodológico y también indagar qué aportes puede hacer la etnografía en términos epistemológicos y textuales. Para este fin, nos basamos en la triple acepción que propone Rosana Guber (2011) de la etnografía: en tanto enfoque, método y texto.

Así, partimos de la hipótesis de que existen cruces entre la crónica narrativa y la etnografía y, en base a ella, intentaremos responder dos preguntas centrales: ¿cuáles son estos cruces que se pueden establecer entre ambas? y ¿qué de las pautas epistemológicas, metodológicas y textuales de la etnografía pueden recuperar los cronistas para pensar su práctica? De este modo, el trabajo se guía por los siguientes objetivos:

Objetivo general:

- Explorar los cruces entre crónica narrativa y etnografía, como una perspectiva para pensar la práctica de los cronistas

Objetivos específicos:

- Analizar conceptualizaciones y caracterizaciones sobre crónica narrativa y etnografía
- Relevar testimonios de cronistas y antropólogos sobre los vínculos entre estas prácticas
- Identificar intersecciones y diferencias entre crónica narrativa y etnografía
- Indagar qué aportes epistemológicos, metodológicos y textuales puede realizar la etnografía a la práctica de los cronistas.

Si bien muchos periodistas y académicos abordaron el carácter híbrido de las crónicas, gran parte de los trabajos se dedicaron a estudiar sus hibridaciones con la literatura. Por ello, consideramos que resulta relevante explorar los cruces de la crónica con otras disciplinas, en este caso, la etnografía. En los últimos años surgieron diversos textos que abordan la temática (Bourgois y Alarcón, 2010; Alabarces, 2011; Carmona Jiménez, 2010; Falbo, 2007; Mejía Restrepo, 2003; entre otros), sin embargo son escasos y, en su gran mayoría, no tratan específicamente el tema sino que deriva como aspecto secundario. A su vez, en estos textos los cruces se analizan, principalmente, desde una perspectiva metodológica, abordando cuestiones tales como la inmersión, el tiempo dedicado a la investigación o la forma de realizar entrevistas. Por lo tanto, mediante este trabajo no solo buscamos sistematizar bibliografía ya disponible, sino también ampliar

esa mirada para ver qué otros elementos puede aportar la etnografía para repensar y enriquecer las crónicas y las prácticas de los cronistas.

En el contexto de la Facultad de Ciencias de la Comunicación ocurre una situación similar debido a que con anterioridad se realizaron diversos trabajos finales sobre la crónica para obtener el título de Licenciados en Comunicación Social, no obstante, ninguno de ellos explora los cruces del género con la etnografía, en su mayoría abordan sus hibridaciones con la literatura⁴.

En cuanto al recorrido por la Orientación en Producción Gráfica, a pesar de que la crónica es un género que se trabaja en el marco de diversas cátedras y seminarios, tampoco en ninguno de ellos se plantean sus cruces con la etnografía. A su vez, en la cátedra de Antropología Sociocultural, si bien se estudian los vínculos que se pueden establecer entre la antropología y el periodismo, no se hace referencia a ningún género periodístico en particular.

Por este motivo, consideramos interesante comenzar a desafiar a los géneros periodísticos para poder romper sus barreras, no con el fin de que dejen de existir, sino para cuestionarlos e interpretarlos desde otras lógicas. En este caso, desde la etnografía y centrada en la práctica misma de los cronistas.

Así, el trabajo se piensa, fundamentalmente, como una instancia para reflexionar acerca del género, que pretende servir de ayuda, tanto a periodistas como estudiantes, para explorar nuevas formas de escritura, proveer herramientas a la hora de enfrentar la elaboración de crónicas, preguntarnos sobre los vínculos entre periodismo y academia, crónica y etnografía. Al mismo tiempo, esta tesina busca interpelar la práctica de los cronistas desde la etnografía.

La metodología a utilizar es cualitativa, se trata de un estudio de tipo exploratorio debido a que el tema seleccionado ha sido poco abordado y no existe mucho desarrollo teórico sobre el mismo. El trabajo combina técnicas como el análisis y recopilación documental y la entrevista. De este modo, se realizó una búsqueda, sistematización y análisis de bibliografía específica sobre el tema (crónica y etnografía) y entrevistas a cronistas y antropólogos, con el objetivo de conocer experiencias concretas acerca del

⁴ Los trabajos que indagaron sobre crónica son: La crónica contemporánea argentina ¿referente de nuevo periodismo? Estudio de caso: “Los mejores relatos de Rolling Stone: crónicas filosas” de Maldonado, Valentina Ariana y Zelada, María Paula (2008); Las crónicas periodísticas latinoamericanas: un género entre la literatura y el periodismo de Pedro, María Itatí; Santillan Arias, María Belén y Serrano, Alfredo Facundo (2012); Las posibilidades de la crónica: Osvaldo Soriano en el diario La Opinión de Llanquileo, Verónica Cecilia (2017); Otra manera de mirar, nuevas formas de contar: crónica narrativa transmedia, ¿un híbrido del siglo XXI? de Agustina Carrillo (2020).

proceso de elaboración de las crónicas y explorar los vínculos entre crónica narrativa y etnografía.

Con respecto a los entrevistados, por un lado, decidimos que los antropólogos debían tener algún vínculo con el campo de la comunicación para que, de este modo, sea más fructífero poder pensar los cruces con las crónicas narrativas. Por otro lado, elegimos entrevistar a cronistas que no se desempeñan en medios capitalinos y que ejercen su trabajo más allá de los límites de Buenos Aires, por lo cual muchas veces son llamados “cronistas del interior”. Esta denominación deja traslucir un cierto “porteñocentrismo”, que reproduce lógicas colonialistas configuradas en torno a la noción centro – periferia. Entonces, para contrarrestar esta forma de conocer proponemos aportar una mirada de la crónica desde distintas provincias, en este caso Córdoba, Tucumán, Santiago del Estero y Santa Cruz. Una mirada que responde a la necesidad de indagar sobre el género desde nuevas perspectivas.

Así, este trabajo final se divide en tres capítulos. El primero consiste en una introducción a la Teoría de los Géneros Periodísticos y sus clasificaciones, para ubicar a la crónica narrativa y elaborar una definición específica de este género. A su vez, se realiza un primer acercamiento a los vínculos entre crónica y etnografía y se delimita qué se entiende por esta última. En el segundo capítulo explicaremos la metodología a seguir para, en el tercer capítulo, abordar los vínculos que se pueden trazar entre la crónica narrativa y la etnografía, con el fin de responder a las preguntas de investigación: ¿qué cruces se pueden establecer entre la crónica narrativa y la etnografía? y ¿qué de las pautas epistemológicas, metodológicas y textuales de la etnografía pueden recuperar los cronistas para pensar su práctica?

CAPÍTULO I: MARCO TEÓRICO

En el presente capítulo desarrollaremos el marco teórico del trabajo. En primer lugar, definiremos qué se entiende por género para, luego, explicitar a qué nos referimos cuando hablamos de géneros periodísticos. Después, en función de su desarrollo histórico, analizaremos el surgimiento de géneros híbridos, como es el caso del periodismo narrativo. Para ello, nos basaremos, principalmente, en autores como Sonia Parrat (2008), José Luis Martínez Albertos (2007) y Antonio Cuartero Naranjo (2014 y 2017).

Luego, definiremos y caracterizaremos a la crónica narrativa a fin de conocer las tareas y actividades de investigación que realizan los cronistas. En este apartado recuperaremos a cronistas y estudiosos como Leila Guerriero (2015a), Darío Jaramillo Agudelo (2012), Roberto Herrscher (2016), Juan José Hoyos (2007).

Finalmente, definiremos a la etnografía y expondremos cuáles son sus principales características. Para ello, nos basaremos, principalmente, en los planteamientos de Rosana Guber (2011), Clifford Geertz (2003), Jeane Favret-Saada (en Zapata y Genovesi, 2014), Mariza Peirano (2014), Fernando Balbi (2012), Julieta Quirós (2014) y Eduardo Restrepo (2018).

1. ¿Qué son los géneros periodísticos?

Para definir qué es la crónica, es necesario pensarla, en un primer momento, en relación a la Teoría de los Géneros Periodísticos. Pero, ¿qué son los géneros?

Mijaíl Bajtín (2008) plantea que “el uso de la lengua se lleva a cabo en forma de enunciados (orales y escritos) concretos y singulares que pertenecen a los participantes de una u otra esfera de la praxis humana” (p. 243). Estos enunciados se agrupan según ciertas similitudes en su contenido temático, su estilo verbal y su composición y están determinados por la especificidad de cada una de estas esferas. Así, concibe a los géneros discursivos como “tipos relativamente estables de enunciados” (p. 243) que los hablantes utilizan en los diferentes ámbitos de la comunicación humana.

Debido a que las posibilidades de la actividad humana son inagotables y a que en cada esfera de la *praxis* existe un repertorio de géneros discursivos que se diferencia y crece a medida de que se desarrolla, el autor afirma que estos son sumamente diversos y heterogéneos (Bajtín, 2008).

A pesar de esa heterogeneidad, Bajtín (2008) los clasifica de acuerdo a su complejidad. De este modo, distingue entre géneros discursivos primarios (simples,

constituidos en la comunicación discursiva inmediata) y géneros discursivos secundarios (complejos, formados a partir de la absorción y reelaboración de géneros primarios). Estos últimos surgen en condiciones de comunicación más desarrolladas y organizadas, principalmente escritas.

Así, vemos que los géneros discursivos se transforman y se absorben unos a otros, lo que hace que constantemente aparezcan nuevas tipologías. Es decir, no están definidos de una vez y para siempre, sino que se modifican según los cambios en las prácticas sociales.

Retomando la clasificación propuesta por Bajtín (2008), dentro de la categoría de los géneros secundarios o complejos podemos ubicar a los géneros periodísticos. El periodista y docente peruano Juan Gargurevich (1982) los define como las distintas formas que buscan los periodistas para expresarse, teniendo en cuenta la circunstancia de la noticia, su interés y, sobre todo, el objetivo de su publicación. Cada una de esas consideraciones tendrá como resultado un modo diferente de expresión.

En líneas similares, José Luis Martínez Albertos (2007), teórico español, establece que los géneros periodísticos son:

Las diferentes modalidades de creación lingüística destinadas a ser canalizadas a través de cualquier medio de difusión colectiva y con el ánimo de atender a los dos grandes objetivos de la información de actualidad: el relato de acontecimientos y el juicio valorativo que provocan tales acontecimientos. (p.213)

En sintonía a lo que mencionamos anteriormente, los géneros periodísticos tampoco son estáticos, sino que son el resultado de un proceso histórico ya que reflejan la evolución del periodismo y se van modificando junto a las demandas sociales y los objetivos de la profesión periodística (Gomis, 2008).

En este sentido, la profesora e investigadora española Sonia Parrat (2008) sostiene que existen dos grandes modalidades: los relatos de los hechos y los comentarios que exponen ideas sobre ellos, y explica que la importancia de cada una de estas modalidades fue variando a lo largo de la historia en función de las ideas políticas, sociales y económicas que condicionaron la actividad periodística en cada momento. De hecho, indica que la aparición de los distintos géneros suele vincularse a cada una de las etapas históricas del periodismo moderno.

Ángel Benito (en Martínez Albertos, 2007), impulsor de los estudios universitarios de Comunicación en España, se ocupó de señalar estas etapas del periodismo y distinguió tres. Cabe destacar que, a pesar de que se desarrollan sucesivamente, en algunos casos las diversas etapas coexistieron un tiempo.

Así, la primera de ellas corresponde a la del periodismo ideológico y se extiende desde 1850 -nacimiento del periodismo moderno-, hasta el fin de la Primera Guerra Mundial. En este período predominaba el periodismo de tipo doctrinal, moralizador, al servicio de ideas políticas o religiosas; es decir, una prensa que respondía a partidismos y luchas ideológicas.

La segunda etapa es la denominada etapa del periodismo informativo, que inició en 1870 y coexistió durante cierto tiempo con el periodismo ideológico. Durante estos años fue definiéndose, primero en Inglaterra y después en Estados Unidos, un nuevo estilo caracterizado por el relato de los hechos. Su aparición se vincula a la tecnificación de la industria periodística y a los inicios del periodismo profesional que entendía que el periodista debía ser un informador de hechos y no un ideólogo. Esta etapa alcanzó su verdadero auge en el período de entreguerras, es decir, en los años 20 y 30 (Ángel Benito en Martínez Albertos, 2007).

Tras el fin de la Segunda Guerra Mundial, en los años 40, el periodismo incursionó en una nueva modalidad: la profundidad. Este cambio estuvo motivado por la competencia que suponía el apogeo de la radio y la televisión, cuya inmediatez a la hora de informar sobre la actualidad no podía ser superada por la prensa. Así, en este período surge el periodismo de explicación (también denominado interpretativo), que implica, valga la redundancia, la explicación e interpretación de los hechos que ya habían sido dados a conocer por los otros medios. El periodismo de esta tercera etapa utiliza equilibradamente ambos géneros básicos –el relato y el comentario–, pero los sitúa en una nueva perspectiva mediante la cual el lector encuentra los juicios de valor directamente al lado de la narración “objetiva” de los hechos (Ángel Benito en Martínez Albertos, 2007).

De acuerdo con Sonia Parrat (2008), la aparición del periodismo interpretativo supuso en su época una gran innovación con respecto a la visión que hasta entonces se había tenido de los géneros periodísticos. Entonces, recuperando aspectos centrales de estos períodos, la autora propone una clasificación de los géneros menos rígida que las anteriores. Para ello, se basó en las actitudes comunicativas de los periodistas, es decir, en dos puntos principales: la función que cumplen los textos (informar, interpretar u

opinar) y el grado de presencia del autor en el texto. En función de estas variables reconoce cuatro macrogéneros comunes a todo el periodismo impreso (información, reportaje, crónica y géneros de opinión) y subgéneros cuyas denominaciones y características pueden variar en función del periódico, el momento o el país en que nos encontremos. A su vez, los organiza en una línea imaginaria que avanza desde el menor al mayor grado de opinión y presencia del autor:

De este modo, en un extremo se situaría la información breve escrita con la mayor asepsia posible, pasando por la información estándar y la información reportajeada. Le seguiría el reportaje, donde la mayor implicación del autor es patente en cuestiones como la elección del enfoque, el estilo de redacción, la aparición de la firma e incluso el uso de la primera persona. La crónica avanzaría un paso más porque suele contener además de un estilo directo y muy personal, una valoración de unos hechos. (...). Al final de la flecha se situarían los géneros de opinión (...). (Parrat, 2008, pp. 98-99)

En esta clasificación podemos anticipar que la crónica se ubica a medio camino entre los géneros de corte informativo y los de opinión, se presenta como un texto que incluye la valoración del periodista, así como también un estilo directo y personal.

1.1 Otra forma de contar la realidad: periodismo narrativo

Además de las innovaciones antes mencionadas, la aparición del periodismo interpretativo, al implicar la superación de la separación tajante entre información y opinión, alentó al surgimiento de géneros híbridos. Esto significa que se produjo un desdibujamiento de los límites entre géneros, lo que provocó que algunos adopten modalidades de otros, se transformen, y así surjan nuevas tipologías (Parrat, 2008). Esto se debe a que, como mencionamos anteriormente, los géneros periodísticos no son estáticos, sino que varían en función de las necesidades y prácticas sociales, así como también de los objetivos de la profesión periodística. Por esta razón, están en permanente proceso de cambio e hibridación; es decir, mientras algunos géneros pierden vigencia, otros nuevos van apareciendo.

De acuerdo a Sonia Parrat (2008), la hibridación es la consecuencia de la búsqueda constante de nuevas formas de expresión por parte de los periodistas. Una de estas grandes búsquedas tiene que ver con el Nuevo Periodismo, corriente desarrollada

en Estados Unidos en la década del 60. Según Sebastià Bernal y Lluís Albert Chillón (en Cuartero Naranjo, 2017), se trató de un fenómeno eminentemente periodístico, que aglutinó a un conjunto heterogéneo de obras y autores estadounidenses (Tom Wolfe, Gay Talese, Michael Herr, Truman Capote, etc.) que tenían en común el hecho de abocarse al periodismo literario, romper con los cánones de la época y alejarse de la estrechez del periodismo objetivista de la prensa convencional. El Nuevo Periodismo se desarrolló, principalmente, en el marco de la prensa norteamericana, en revistas como *Rolling Stone*, *The New Yorker* o *Harper's Magazine*.

Este fenómeno adquirió relevancia a partir de la publicación, en 1973, del libro *Nuevo Periodismo*, de Tom Wolfe. En esta obra, Wolfe (1976) definió los rasgos centrales: la técnica de la construcción escena por escena, el registro del diálogo en su totalidad, el retrato global del comportamiento de los personajes y la técnica del punto de vista en tercera persona.

No obstante, es preciso señalar que las hibridaciones entre literatura y periodismo no se produjeron por primera vez en el contexto del Nuevo Periodismo. María Angulo Egea (en Cuartero Naranjo, 2017), doctora en Filosofía y Letras, plantea que esta mixtura no fue una gran novedad en parte de Europa y Latinoamérica, donde el periodismo siempre ha convivido, de manera más o menos explícita, con los recursos de la narrativa de ficción en géneros como la crónica y el artículo.

Al respecto, podemos nombrar numerosos ejemplos previos, tales como las hibridaciones en la lengua española de Miguel Chavez Nogales, que recupera el investigador español Cuartero Naranjo (2017). O las crónicas modernistas del nicaragüense Rubén Darío (corresponsal de *La Nación* en 1898), del cubano José Martí (corresponsal en los EE. UU. de *La Nación* y *La Opinión Nacional* de México), del uruguayo José Enrique Rodó (corresponsal de la revista argentina *Caras y Caretas*), del mexicano Amado Nervo o del colombiano Luis Tejada Cano, entre otros, que reflejaron las transformaciones sociales finiseculares y pusieron en jaque las divisiones entre “arte” (poesía - creación) y “no arte” (periodismo - producción), literatura y literatura popular, cultura y cultura de masas (Rotker, 1992).

Otros ejemplos son Gabriel García Márquez y Rodolfo Walsh, escritores latinoamericanos, que otorgaron a la crónica periodística la ambición y la estructura de la novela. En 1955, el primero publicó por entregas su obra *Relato de un naufrago*, y en 1957, apareció *Operación Masacre*, que antecede al movimiento innovador norteamericano (Carrión en Bonano, 2014).

Entonces, frente a esta variedad de fenómenos periodísticos, Cuartero Naranjo (2014) propone utilizar el concepto periodismo narrativo como aglutinador, dentro del cual se incluyen:

Aquellos textos periodísticos que, sin abandonar su propuesta de informar y contar una historia verídica, lo hacen utilizando herramientas literarias (como pueden ser estructuras, climas, tonos, diálogos o escenas) de forma que construyen una estructura narrativa tan atractiva como la de cualquier texto de ficción, pero siempre sin abandonar sus principios veraces. (p.14)

En esta línea, el periodista y profesor argentino Roberto Herrscher (2016) se refiere al periodismo narrativo como una disciplina que aporta a la comprensión profunda de realidades, sensibilidades e historias cada vez más complejas. Y, al considerarlos como una disciplina, abarca tanto a entrevistadores como perfiladores y cronistas.

En cuanto a las características, los textos que forman parte de este híbrido no se limitan a responder el qué, el dónde, el cómo, el cuándo o el por qué, sino que brindan una descripción detallada de los acontecimientos. Es decir, no presentan datos descontextualizados, son historias en las que el lector se siente identificado con los personajes y las situaciones (Cuartero Naranjo, 2014).

El periodismo narrativo recupera y retoma los rasgos que había definido Tom Wolfe (1976) para el Nuevo Periodismo, a los cuales Bernal y Chillón (1985) le añaden tres características. En primer lugar, los autores señalan que el periodismo narrativo rompe, hibrida o diluye los géneros tradicionales. En segundo lugar, determinan que no está construido siguiendo las estructuras informativas tradicionales, es decir, no respetan la pirámide invertida. Y, por último, señalan que este híbrido huye del lenguaje estereotipado.

A su vez, los textos del periodismo narrativo suelen diferenciarse del resto de los textos periodísticos por ser extensos o, en otras palabras, constituir “obras de largo aliento”. Por este motivo, difícilmente se encuentran en la prensa tradicional debido a su gran dimensión.

2. ¿Qué es la crónica?

En el intento de precisar qué es una crónica nos encontramos, como diría Jorge Carrión (2012), frente a un debate. La dificultad de esta tarea se debe a que comparte facetas con otros géneros y su significado varía de un país a otro.

Para comenzar a desandar estas complejidades, consideramos pertinente empezar diferenciando dos grandes modalidades de crónicas: por un lado, aquellas vinculadas al periodismo tradicional y, por otro lado, las asociadas al periodismo narrativo, denominadas crónicas narrativas.

Respecto al primer tipo de crónicas, uno de los primeros catedráticos abocados al estudio de los géneros periodísticos, el español Gonzalo Martín Vivaldi (1979), las define como una información interpretativa y valorativa de hechos noticiosos, donde se narra algo al mismo tiempo que se juzga. Es decir, es un género ambivalente: implica tanto al relato de los hechos noticiosos como el juicio del cronista.

Por su parte, el también periodista y catedrático español Manuel Bernal Rodríguez (en Cantavella y Serrano, 2004) establece que las crónicas son:

Una información de hechos noticiosos, ocurridos en un período de tiempo, por un cronista que los ha vivido como testigo, investigador e, incluso, como protagonista, y que al mismo tiempo que los narra, los analiza e interpreta mediante una explicación personal. El cronista suele ser un experto que realiza su labor con continuidad, desde el propio escenario de los hechos o sus inmediaciones. (p.404)

En esta definición aparece un factor esencial para definir a la crónica: el hecho de que el cronista lleva a cabo su trabajo desde el lugar de los hechos.

De acuerdo a lo expuesto por los mexicanos Vicente Leñero y Carlos Marín (1986), la crónica “es la exposición, la narración de un acontecimiento, en el orden en que fue desarrollándose” (p.43). Aquí surge otra cuestión central: la narración de hechos según el orden cronológico en el que sucedieron. A su vez, agregan que este género es utilizado, principalmente, para recrear la atmósfera en que se produce un determinado suceso.

Ahora, si bien las crónicas narrativas comparten estas características con las crónicas tradicionales, al mismo tiempo poseen otras que las diferencian.

Así, en un intento de distinguirlas, las profesoras argentinas Adriana Callegaro y María Cristina Lago (2012) establecen que las crónicas tradicionales son aquellas que persiguen la ilusión de objetividad y distancia, se valen de los soportes tradicionales de los medios hegemónicos, están limitadas por el tiempo y el espacio de la prensa y realizan una construcción cronológica del relato, alineado a la agenda mediática. Con respecto a las fuentes, suelen privilegiar a las autorizadas (policías, jueces, funcionarios, etc.).

En cambio, las crónicas narrativas se caracterizan por una mirada subjetiva que busca proximidad con el cronista, circulan por soportes no convencionales (blogs, libros, revistas culturales, etc.), son de mayor extensión y requieren de un trabajo de campo más intenso. Con respecto a las temáticas, a diferencia de las crónicas tradicionales, se alejan del poder y lo contingente de la agenda mediática. En su lugar, se interesan por lo cotidiano y las historias mínimas de personajes anónimos. Por lo tanto, sus fuentes principales son testigos o protagonistas que den cuenta de un determinado hecho (Callegaro y Lago, 2012).

En este sentido, Carlos Monsiváis (en Jaramillo Agudelo, 2012), uno de los fundadores del periodismo narrativo latinoamericano del Siglo XXI, señala que la crónica narrativa es el género donde el empeño formal domina sobre las urgencias informativas. Es decir, que asume un modo de escritura alternativo al de la noticia y al del paradigma informativo de la prensa diaria.

A su vez, el cronista Juan Villoro (en Carrión, 2012) afirma que la crónica narrativa es “literatura bajo presión”; y, refiriéndose a su complejidad e hibridez, la llama el ornitorrinco de la prosa:

De la novela extrae la condición subjetiva, la capacidad de narrar desde el mundo de los personajes y crear una ilusión de vida para situar al lector en el centro de los hechos; del reportaje, los datos inmodificables; del cuento, el sentido dramático en espacio corto y la sugerencia de que la realidad ocurre para contar un relato deliberado, con un final que lo justifica; de la entrevista, los diálogos; y del teatro moderno, la forma de montarlos; del teatro grecolatino, la polifonía de testigos, los parlamentos entendidos como debate: la "voz de proscenio", como la llama Wolfe, versión narrativa de la opinión pública cuyo antecedente fue el coro griego; del ensayo, la posibilidad de argumentar y conectar saberes dispersos; de la autobiografía, el tono memorioso y la reelaboración en primera persona. El catálogo de influencias puede extenderse y precisarse hasta competir con el infinito. Usado en exceso,

cualquiera de esos recursos resulta letal. La crónica es un animal cuyo equilibrio biológico depende de no ser como los siete animales distintos que podría ser. (p.30)

A estas definiciones, Darío Jaramlillo Agudelo (2012) agrega que las crónicas son, generalmente, narraciones extensas de un hecho verídico y que suelen estar escritas en primera persona o “con una visible participación del yo narrativo” (p.17).

Como podemos ver en diversas definiciones, autores y cronistas entienden a la crónica como un género a la vez periodístico y literario. En este sentido, la periodista y escritora Susana Rotker (1992) señala que es un género híbrido, pero que, debido a su condición mixta, no es considerada de forma adecuada ni por el periodismo ni por la literatura.

Al respecto, Graciela Fablo (2007), doctora en Comunicación, establece que la crónica está sujeta a una marca de referencialidad que la separa de la idea de mera ficción. No obstante, esto no le impide tomar de los postulados literarios la capacidad de reinventarse en nuevos procedimientos narrativos.

A modo de despejar incertidumbres, Martín Caparrós (2016) aclara que la diferencia reside en el pacto de lectura, es decir, el acuerdo que el autor le propone al lector: “Voy a contarte una historia que sucedió, que yo trabajé para desentrañar -sería el pacto del relato real-. Voy a contarte una historia que se me ocurrió, donde el elemento ordenador es mi imaginación -propone la ficción” (p. 45).

2.1 Características de la crónica narrativa

Al momento de definir al periodismo narrativo y a la crónica anticipamos algunas características de este género. A estas, Caparrós (2016) añade otra y afirma que la crónica es política, porque es “un texto periodístico que se ocupa de lo que no es noticia” (p. 47), y que narra cuestiones que algunas personas no quieren que se sepan o que muchas otras no quieren saber y, sobre todo, intenta mirar de otra manera aquello que todos miran o podrían mirar. De este modo, pone en jaque y se rebela en contra de lo que se entiende por noticia: “Decirle a muchísima gente lo que le pasa a muy poca: la que tiene poder” (p. 49).

En este punto encontramos una cercanía a los planteamientos de la doctora en Periodismo Dolors Palau Sampio (2013). La autora subraya que la crónica es un instrumento de visualización y denuncia de realidades sociales silenciadas, abordadas con

un enfoque ausente en los medios convencionales. La crónica se abre paso más allá de los escenarios de poder y entre una multitud de voces anónimas que dejan de estar silenciadas para exponer otra versión de esas realidades.

Sobre este aspecto la investigadora mexicana Rossana Reguillo (2007) agrega:

Al colocarse frente a un discurso vertical, el de un periodismo de fuentes “autorizadas”, la crónica relata desde otra geografía los mismos acontecimientos, genera la posibilidad de otra lectura y por consiguiente, inaugura nuevos puntos de vista; nuevos, en tanto ciertas perspectivas, como ya se dijo, han sido invisibilizadas en la escena pública. (p.47)

Por su parte, Norman Sims (en Jaramillo Agudelo, 2012), en el prólogo de *Los periodistas literarios*, menciona que las características esenciales del periodismo literario, y por lo tanto de la crónica, son cuatro: la exactitud, el simbolismo, la voz y la inmersión.

Con respecto a la exactitud, Sims se refiere a no fabricar escenas; no distorsionar la cronología; no inventar citas; no atribuir ideas a las fuentes, a menos que estas hayan dicho que tuvieron esas ideas; y no hacer tratos encubiertos que impliquen pagos o control editorial. Los escritores de vez en cuando se comprometen a no usar los nombres reales de sus fuentes o detalles que permitan identificarlas, a cambio del acceso directo, y notifican a los lectores que así lo hicieron.

Por otro lado, cuando habla del simbolismo alude a lo que hay más allá de los hechos que se narran, qué subyace, qué significa la historia.

Otra de las características centrales que señala este autor es la voz, ya que a través de ella el cronista asume una intención, una postura y decide qué decir, qué callar y cómo presentarlo al lector. El autor introduce, mediante esta característica, la dicotomía entre lo subjetivo y lo objetivo, así como también la disyuntiva de usar la primera persona o no. En este punto, la idea de voz que plantea Sims es similar a lo desarrollado por María Angulo Egea (2013) sobre la mirada. La autora establece que la crónica es una forma de mirar que encuentra un estilo de narrar; en otras palabras, encontrar una voz que reproduzca una forma particular de mirar.

En este sentido, podemos ver que lo que caracteriza a la crónica es la cercanía y su intención de rebasar las distancias del periodismo convencional y su “pretendida objetividad”.

Con respecto al uso de la primera persona, Caparrós (2016) sostiene que es decisiva en la crónica, ya que “es el periodismo que dice yo existo, yo estoy, yo no te

engaño” (p. 120). Pero aclara que la crónica “dice yo no para hablar de mí mismo sino para decir aquí hay un sujeto que mira y que cuenta, créanle si quieren pero nunca se crean que eso que escribe es la realidad: es una de las muchas miradas posibles” (p.120). Cabe destacar que no alude necesariamente a la primera persona gramatical, sino al hecho de mostrar que hay alguien que mira, cuenta y se hace cargo de lo que está contando.

Finalmente, Sims (en Jaramillo Agudelo, 2012), al hablar de la inmersión se refiere al tiempo dedicado al trabajo, es decir, al impulso de escribir que lleva a los cronistas a tratar de aprehender todo lo que hay que saber sobre un tema.

El acercamiento a los escenarios es uno de los elementos claves en las crónicas narrativas. Es fundamental la inmersión en el ambiente de los protagonistas del relato durante el tiempo suficiente para reunir todos los datos necesarios. En otras palabras, el cronista realiza un profundo trabajo de campo para recolectar la información que le permita comprender los fenómenos en toda su dimensión y a través de la mirada de los protagonistas.

2.2 El proceso de elaboración de las crónicas

Como se mencionó en el apartado anterior, Norman Sims (en Jaramillo Agudelo, 2012) establece que la inmersión es la metodología esencial de la crónica. En este sentido, Leila Guerriero (2015a) plantea que la construcción de los textos que podemos ubicar dentro del periodismo narrativo -como la crónica- inicia, necesariamente, con el reportaje o trabajo de campo, un momento previo a la escritura que incluye operaciones tales como revisar archivos y estadísticas, leer libros, buscar documentos históricos, fotos, mapas, causas judiciales. Según la autora, el arte del buen cronista empieza fuera de casa, con los días, semanas, meses que pasa junto al objeto de su crónica, tomando notas de cada detalle. Es decir, que es imprescindible estar en el lugar de la historia el tiempo necesario para poder conocer mejor la realidad que se va a narrar. Y agrega:

Sólo permaneciendo se conoce, y sólo conociendo se comprende, y sólo comprendiendo se empieza a ver. Y sólo cuando se empieza a ver, cuando se ha desbrozado la maleza, cuando es menos confusa esa primigenia confusión que es toda la historia humana –una confusa concatenación de causas, una confusa maraña de razones- se puede contar. (p. 35)

La periodista y docente colombiana Patricia Nieto (2007) explica que, entre las múltiples estrategias de investigación que puede utilizar el cronista, se destacan dos fundamentales: la observación y la entrevista. Así, define a la entrevista como una conversación abierta en la que el entrevistador intenta obtener relatos de la voz del entrevistado con miras a conocer y comprender la especialidad de su mundo. Agrega que la entrevista exige que los cronistas sean maestros en dos saberes: el arte de preguntar y el arte de escuchar. El primero, implica llevar al sujeto entrevistado a que exprese lo que siente y no solo lo que piensa y recuerda, es el arte de verbalizar. La autora explica:

Se trata de pasar del nivel lógico racional al nivel subconsciente donde se manifiestan las necesidades emocionales con mayor tranquilidad. La clave de cómo llegar a la profundidad del entrevistado es reconocer las marcas de los temas importantes para quien habla. (p. 152)

El segundo, el arte de escuchar, se refiere a saber leer el sentido del discurso del entrevistado. Consiste en la atención prestada a las palabras que se dicen, a la concentración en la conducta del sujeto y en la asimilación y análisis de lo que se ha percibido durante la conversación. Es decir, el entrevistador debe desarrollar su capacidad de leer entre líneas (Nieto, 2007).

Respecto a la observación, es lo que lleva al periodista a estar allí, en el lugar de los hechos y entre las personas que son testigos del acontecimiento o que viven los procesos. En otras palabras, es la contemplación de la escena real (Nieto, 2007).

Además de la entrevista y la observación, los cronistas se valen de la documentación. Suele ser la técnica que da inicio al trabajo de campo y consiste en investigar todo lo que ya se conoce sobre el tema que versará la crónica. La documentación le permite al periodista acumular el conocimiento necesario para explorar detalladamente a sus personajes y desenvolverse mejor en el entorno del hecho a narrar. Al mismo tiempo, esta técnica habilita a analizar qué tan explotada está la temática y cuáles son los puntos novedosos que el cronista puede aportar. Planear la historia antes del trabajo de campo no implica que el periodista vaya con criterios preconcebidos e inmóviles, sino que oriente sus investigaciones, prepare mejor sus preguntas, sepa por dónde moverse y a quiénes buscar (Salcedo Ramos, 2011).

Sobre este asunto, el escritor estadounidense Robert Boynton (2009) plantea que los “nuevos nuevos periodistas” –refiriéndose a la nueva generación del Nuevo Periodismo– se caracterizan por explorar novedosos métodos de reporte,

particularmente innovadoras técnicas de inmersión y la extensión del tiempo de investigación. A diferencia de sus predecesores, sus logros ya no tienen que ver con las formas de emplear el lenguaje y de contar sus historias, sino que son reporteriles.

Cercano a lo planteado por Boynton, la periodista y docente Javiera Carmona Jiménez (2010) observa, en los últimos años, una revitalización del periodismo narrativo que revela rasgos teórico-metodológicos y éticos más cercanos a un enfoque antropológico que a uno de tipo literario. En otras palabras, plantea que existe una relación entre Periodismo y Antropología al examinar los principios de la etnografía como paradigma de la aproximación y la innovación de la Crónica Latinoamericana, en cuanto propone nuevas formas de reporte e investigación cercanas a la etnografía. Así, para la autora, la crónica y la etnografía se asemejan en tanto ambas “se juegan en la eficacia del lenguaje, la eficiencia del dato y la narración, y en la valoración de la dimensión ética de la propia experiencia investigadora” (p. 14).

A su vez, Carmona Jiménez (2010) agrega que, en general, los periodistas reconocen los principios que orientan la producción de una crónica de manera más bien instintiva que con dificultad se intenta sistematizar en las redacciones y las escuelas de Periodismo. Sin embargo, en los últimos años, muchos cronistas comenzaron a reflexionar sobre las posibles fórmulas para hacer crónicas y empezaron a profundizar en torno a la etnografía como una posible perspectiva teórico-metodológica a seguir.

Indagando más sobre el tema y rastreando los procesos de investigación, encontramos –en diversos artículos y entrevistas a cronistas– referencias sobre esta relación entre crónica narrativa y etnografía, ya sea refutándola o aceptándola. Y, de este modo, pudimos ver cómo empiezan a resonar entre muchos académicos y periodistas el método y/o enfoque etnográficos.

Así, entre las numerosas experiencias que dan cuenta de este vínculo entre crónica narrativa y etnografía, el cronista Cristian Alarcón y el antropólogo Philippe Bourgois (2010) niegan que solo existan diferencias profundas e irreconciliables entre una etnografía y un libro de crónicas. Al respecto, Bourgois dice:

Hay montones de esos ejemplos de cronistas que terminan escribiendo etnografías más sutiles, más potentes y, por supuesto, mejor escritas que las de muchos antropólogos. El milagro es la capacidad que tienen ciertos cronistas de no esencializarlo todo, sin necesidad del lenguaje preciso pero enajenado de la academia, destacar las sutilezas de la realidad con los juegos de palabras, con una escritura que levanta las ambigüedades de las emociones

de los personajes y que no esencializa la cultura ni cae en moralismos. Es verdad que los antropólogos tenemos alguna experiencia a nivel de la teoría, pero eso muchas veces confunde y entorpece la escritura. (Bourgois y Alarcón, 2010, p.368)

Los autores ponen en escena las similitudes y diferencias que existen entre el periodismo y la academia. Otro ejemplo es el debate que plantean los antropólogos Javier Auyero y Alejandro Grimson (1997) sobre las convivencias y confusiones de los antropólogos y los periodistas en el campo. Es decir, discuten acerca de cómo los sujetos que estudian, en varias oportunidades, los confunden con periodistas y, a raíz de eso, la necesidad de aclarar su rol en el campo. No obstante, señalan que no pueden pecar de ingenuos y deben comprender que hay algo de verdad en esa confusión y que, quizás, tiene que ver con las semejanzas en cuanto los fines y a la función: la identificación del etnógrafo con el periodista se justifica en tanto los actores consideran que ambos sirven para que sus voces accedan al espacio público y como instrumentos de legitimación.

Para Rossana Reguillo (2007), los territorios de la crónica no son solamente los del periodismo o la literatura, sino que avanza en su legitimidad también en el discurso producido desde las ciencias sociales. Hay una arquitectura del discurso comprensivo que rompe la barrera de la desimplicación. La crónica es un texto que se implica en lo que narra, en lo que explica. En relación a esto, la autora expone que:

Poco a poco en la escena del “nuevo periodismo” y también en el ámbito de las ciencias sociales en el campo de los estudios culturales, gana espacio y visibilidad esta forma discursiva que, al tiempo que busca el análisis de la realidad social, quiere convertirse en eficaz y estético dispositivo de reflexividad. (p.46)

Así, Reguillo (2007) define a la crónica como un texto fronterizo, un espacio de cruces entre discursividades múltiples.

No obstante, así como hay antropólogos y cronistas que reconocen su cercanía en cuanto al método etnográfico, hay periodistas que insisten en remarcar las diferencias entre el periodismo y la academia. Leila Guerriero (en Atehortúa, 2012) establece que “la etnografía es etnografía y el periodismo es periodismo” (p. 86); si bien emplean técnicas parecidas, son muy distintas. Agrega que “no se puede extrapolar completita la técnica de estudio de una ciencia a una cosa que es un oficio” (p. 86).

En esta misma línea, Roberto Herrscher (2016) enfatiza la noción del periodismo como oficio y explica que su labor es reflejar lo que los periodistas ven, lo que escuchan, lo que acaban entendiendo de entre el caos de voces y formas con las que se encuentran. Herrscher, en su libro *Periodismo Narrativo*, referencia el método de Ryszard Kapuściński: “Hasta sus últimos días conservó sus costumbres de siempre: viajar para sumergirse sin escafandra en el mundo” (p.75). Reconoce que siempre pensó que Kapuscinski era, en el fondo, uno de los más grandes antropólogos de nuestro tiempo, en muchos sentidos seguidor de Malinowski, pionero de la etnografía. No obstante, establece que la diferencia es que el reportero no escribía estudios académicos sino relatos narrativos, llenos de descripciones, diálogos y observaciones personales. Y agrega:

Kapusinski era un maestro de la inmersión, aunque nunca le llamaría de ese modo. No era para él un método: simplemente vivir con la gente, entenderla desde adentro, saber lo que ve, oye, huele y toca era lo que necesitaba para escribir como quería. (p.83)

El cronista colombiano Juan José Hoyos (2007) plantea que cada periodista va encontrando, a lo largo de su vida, su propio método para investigar y narrar. Considera que el periodismo, a pesar de que no es una ciencia, es una disciplina en la cual hay un punto de encuentro entre varios métodos, algunos de ellos científicos. Según el autor, el periodismo ha sido pionero en algunos de ellos, como el etnográfico. Establece que son métodos de aproximación a la realidad que han practicado de forma intuitiva, “salvaje”, los artistas de muchas épocas. Por esta razón, Hoyos denomina “método salvaje” al que él utiliza cuando investiga y escribe una historia. Aclara que no es un método científico, riguroso, porque el periodismo narrativo no es una ciencia; en cambio, considera que se acerca más al método de los artistas en búsqueda de la verdad y la belleza.

Tanto los testimonios que reconocen la cercanía de la crónica con el método etnográfico, así como también aquellos que insisten en remarcar las diferencias entre el periodismo y la academia, ponen en evidencia que efectivamente se está dando un diálogo entre la crónica narrativa y la etnografía. Si bien la mayoría de los relatos recuperados hacen referencia al método etnográfico, como anticipamos anteriormente, uno de los propósitos de esta investigación es ampliar ese horizonte para ver en qué otros puntos dialogan y qué puede aportar la etnografía a la práctica de los cronistas. Por este motivo, para poder avanzar sobre la cuestión, a continuación definiremos qué entendemos por etnografía.

3. ¿Qué es la etnografía?

A lo largo de la historia, y en función de diversas tradiciones académicas, fue variando lo que se entiende por etnografía. Sin embargo, a pesar de las diferencias, podemos establecer que etnografía es lo que hacen los antropólogos sociales (Geertz, 2003). Quizás, una de las definiciones más extendidas es aquella que la caracteriza como un método de investigación social mediante el cual el etnógrafo participa de la vida cotidiana de las personas durante un tiempo relativamente extenso, viendo lo que pasa, escuchando lo que se dice, preguntando cosas, es decir, recogiendo todo tipo de datos accesibles para dar luz sobre el tema que ha decidido estudiar (Hammersley y Atkinson, 1994).

No obstante, el antropólogo estadounidense Clifford Geertz (2003) advierte que la etnografía no es simplemente una cuestión de métodos, sino que consiste en un “tipo de esfuerzo intelectual” (p.21). Para clarificar estas cuestiones y avanzar en una definición, recuperaremos las tres acepciones de etnografía que propone la antropóloga argentina Rosana Guber (2011): como enfoque, como método y como texto.

3.1 Como enfoque

En tanto enfoque, Guber (2011) señala que la etnografía constituye una concepción y práctica de conocimiento que busca comprender los fenómenos sociales desde la perspectiva de sus miembros. En consonancia con este planteo, Eduardo Restrepo (2018), antropólogo colombiano, establece que la etnografía “es la descripción de lo que una gente hace desde la perspectiva de la misma gente” (p. 25). Esto significa que a un estudio etnográfico le interesan tanto las prácticas (lo que la gente hace) como los significados que estas prácticas adquieren para quienes las realizan (la perspectiva de la gente sobre estas prácticas). De este modo, lo que busca es describir la articulación entre las prácticas y los significados de esas prácticas, para conocer sobre algunos aspectos de la vida de unas personas sin perder de vista cómo estas personas entienden tales aspectos de su mundo (Restrepo, 2018).

Por su parte, el antropólogo argentino Fernando Balbi (2012), matiza la concepción de la etnografía como una investigación tendiente a comprender los fenómenos sociales desde la perspectiva de sus protagonistas. Explica que, si bien tiene fundamentos empíricos, la perspectiva nativa consiste en “una construcción analítica, un

instrumento heurístico desarrollado por el etnógrafo y no una mera transcripción de lo que los nativos efectivamente piensan de su mundo social” (p. 487). Así, para Balbi, la perspectiva nativa se trata de una construcción producto del esfuerzo que realizan los etnógrafos para poder comprender los universos de referencia de los actores.

En esta misma línea, Guber (2004) define a la perspectiva nativa o del actor como el “universo de referencia compartido –no siempre verbalizable– que subyace y articula el conjunto de prácticas, nociones y sentidos organizados por la interpretación y actividad de los sujetos sociales” (p. 41). Y agrega que tiene existencia empírica, a pesar de que su formulación, construcción e implicancias estén definidas desde la teoría.

Estas perspectivas nativas constituyen un camino privilegiado para acceder al conocimiento de lo social, debido a que los actores necesariamente tienen algún tipo de visión de su propio mundo social que les permite operar en él. De este modo, es fundamental que –desde el trabajo de campo y hasta el momento de la redacción de los resultados finales– se produzca una confrontación entre las perspectivas nativas y las del investigador (Balbi, 2012). En efecto, Guber (en Balbi, 2012) explica que el conocimiento etnográfico muestra cierta permeabilidad a la realidad que estudia, en la medida en que el investigador logra “contrastar y reformular sus sistemas explicativos y de clasificación, a partir de los sistemas observados”, es decir, de lo que la autora denomina la perspectiva del actor (p.492).

Entonces, si bien la descripción etnográfica no adopta como su propio punto de vista a las perspectivas nativas, debe necesariamente incorporarlas, hasta convertirlas en partes integrales del análisis etnográfico (Balbi, 2012). Así, Balbi (2012) propone que:

Más que como un intento —que, cabe esperar, sería vano— de dar cuenta de los fenómenos sociales desde la perspectiva de los actores, la etnografía puede ser entendida como una práctica de investigación que trata de aprehender una porción del mundo social a través de un análisis que se centra estratégicamente en las perspectivas nativas y que apunta a integrarlas coherentemente a sus productos. Un rasgo característico de este tipo de investigación es, pues, la integración dinámica de las perspectivas nativas al análisis, su incorporación paulatina, siempre incompleta, orientada a tornarlas en partes integrales de la descripción analítica de una porción del mundo social. (p. 493)

Como podemos observar, una de las particularidades de este enfoque reside en la descripción, entendiéndola como interpretación o, lo que Geertz (2003) denomina, descripción densa. Para este autor, el objeto de la etnografía es una “jerarquía estratificada de estructuras significativas”; y por lo tanto, el análisis etnográfico consiste en desentrañar esas estructuras de significación. Así, se refiere a este “tipo de esfuerzo intelectual” como descripción densa:

Lo que en realidad encara el etnógrafo (salvo cuando está entregado a la más automática de las rutinas que es la recolección de datos) es una multiplicidad de estructuras conceptuales complejas, muchas de las cuales están superpuestas o enlazadas entre sí, estructuras que son al mismo tiempo extrañas, irregulares, no explícitas, y a las cuales el etnógrafo debe ingeniarse de alguna manera, para captarlas primero y para explicarlas después. (Geertz, 2003, p.24)

Como mencionamos anteriormente, para poder comprender una acción los etnógrafos deben entenderla en los términos en que las caracterizan sus protagonistas. Por este motivo, la descripción debe ajustarse a la perspectiva nativa de los miembros de un grupo social; es decir, es necesario que reconozca los marcos de interpretación dentro de los cuales los actores clasifican el comportamiento y le atribuyen sentido. Este tipo de descripción consiste en “elaborar una representación coherente de lo que piensan y dicen los nativos”. De modo que no es ni el mundo de los nativos, ni la forma en que ellos lo ven, sino una conclusión interpretativa elaborada por el investigador. Dicha conclusión se elabora a partir de la articulación entre la elaboración teórica del investigador y su contacto prolongado con los nativos (Guber, 2011, p.18).

3.2 Como método

Siguiendo a Guber (2011), en tanto método de investigación, la etnografía refiere al conjunto de actividades que suelen designarse como “trabajo de campo” y cuyo resultado se utiliza como evidencia para la descripción. Los actores son los privilegiados a la hora de expresar en palabras y en prácticas el sentido de su vida, su cotidianidad, sus hechos extraordinarios y su devenir. Para la autora, este proceso involucra dos aspectos. En primer lugar, “el investigador construye su conocimiento a partir de una supuesta y premeditada ignorancia”; y, en segundo lugar, este mismo investigador “se propone

interpretar-describir una cultura para hacerla inteligible ante quienes no pertenecen a ella” (p.19).

Aquí podemos ubicar las diversas técnicas de investigación empleadas por los etnógrafos, tales como la entrevista no dirigida, la observación participante, los métodos de registro y almacenamiento de la información. También podemos reconocer al investigador como instrumento de investigación, con sus atributos socioculturalmente considerados (género, nacionalidad, raza, etc.), en una interacción social de campo, y posteriormente su relación con quienes devienen sus lectores (Guber, 2011).

A continuación, desarrollaremos qué entendemos por trabajo de campo y definiremos dos de las técnicas más representativas del método etnográfico: la observación participante y la entrevista etnográfica o no dirigida.

3.2.1 Trabajo de campo

Cuando hablamos de trabajo de campo nos referimos a la fase del proceso investigativo, cuyo objetivo es recabar la información necesaria para dar respuesta a un problema de investigación. En esta fase, el investigador realiza la mayor parte de su labor empírica y solo inicia una vez terminado el diseño del proyecto de investigación (Restrepo, 2018).

Para poder comprender mejor de qué se trata el trabajo de campo, primero es necesario recuperar el concepto de reflexividad. Siguiendo a Harold Garfinkel (en Guber, 2011), el mundo social se reproduce en situaciones de interacción donde los actores son activos ejecutores y productores de la sociedad a la que pertenecen. Las normas, reglas y estructuras se constituyen en las interacciones mismas. Los actores no siguen las reglas, sino que las actualizan; y, al hacerlo, crean los contextos en los cuales los hechos cobran sentido. Para los etnometodólogos, el vehículo por excelencia de reproducción de la sociedad es el lenguaje. El lenguaje constituye una situación de interacción y define el marco que le da sentido.

La función performativa del lenguaje responde a dos de sus propiedades. Una de ellas es la indexicalidad: capacidad comunicativa de un grupo de personas en virtud de presuponer la existencia de significados comunes, de un saber socialmente compartido y a su compleción en la comunicación. La otra propiedad es la reflexividad: las descripciones y afirmaciones sobre la realidad no solo informan sobre ella; la constituyen.

Esto significa que el código no es informativo ni externo a la situación, sino que es eminentemente práctico y constitutivo (Guber, 2011).

La reflexividad señala la íntima relación entre la comprensión y la expresión de dicha comprensión. El relato es el soporte y el vehículo de esta intimidad. Por eso, la reflexividad supone que las actividades realizadas para producir y manejar las situaciones de vida cotidiana son idénticas a los procedimientos empleados para describir esas situaciones (Guber, 2011). Rosana Guber (2011) plantea que los métodos a los que recurren los investigadores para conocer el mundo social son los mismos que utilizan los actores para conocer, describir y actuar en su propio mundo. Y añade que la particularidad del conocimiento científico no reside en sus métodos, sino en el control de la reflexividad y su articulación con la teoría social.

Debido a que la única forma de conocer o interpretar es participar en situaciones de interacción, el investigador debe involucrarse en estas situaciones a condición de no creer que su presencia es totalmente exterior ni que su interioridad lo diluye. El investigador se convierte, entonces, en el principal instrumento de investigación y producción de conocimientos (Guber, 2011). De este modo, la etnografía supone al etnógrafo como dispositivo de producción conocimiento; esto significa que el principal medio de aprehensión, comprensión y comunicación que media la etnografía es el etnógrafo y sus sensibilidades, habilidades y limitaciones (Restrepo 2018).

Para que el investigador pueda describir la vida social que estudia, incorporando la perspectiva de sus miembros, necesita someter a un continuo análisis o vigilancia las tres dimensiones de la reflexividad que están en permanente juego en el trabajo de campo. Las tres dimensiones son:

- La reflexividad del investigador en tanto miembro de una sociedad o cultura.
- La reflexividad del investigador en tanto investigador, con su perspectiva teórica, sus interlocutores académicos, sus habitus disciplinarios y su epistemocentrismo.
- Las reflexividades de la población que estudia (Guber, 2011, p.16).

Entonces, ¿por qué ir al campo? La reflexividad de la población es el objeto de conocimiento del investigador. Y es en el campo donde se confrontan los modelos teóricos, políticos, culturales y sociales de los actores. Para Guber (2011), “la legitimidad del “estar allí” no proviene de una autoridad de expertos ante legos ignorantes, sino de que solo “estando allí” es posible realizar el tránsito de la reflexividad del investigador en tanto miembro de una sociedad, a la reflexividad de los pobladores” (p.49).

En este marco, una de las características esenciales del trabajo de campo es el tiempo. Las técnicas de investigación etnográficas demandan paciencia y empatía con las personas y los lugares en los cuales se realiza el trabajo de campo. (Restrepo, 2018).

Para Eduardo Restrepo (2018), la insistencia en la duración de la experiencia etnográfica radica en dos argumentos principales: primero, en el hecho que entre más tiempo esté el investigador en el terreno aprendiendo del contexto y compartiendo con las personas que lo conforman, más confianza lograrán con ellas, de tal manera que podrán interactuar de una manera menos acartonada o presionada por su papel de “foráneos” y “extraños”, hecho que le otorgaría más densidad a las interpretaciones contextuales que van logrando. Segundo, porque al tener una experiencia significativa y duradera en el terreno, podrán lograr una mejor interpretación contextual de cada uno de los datos que van recabando. En otras palabras, si la comprensión de lo que ocurre en el terreno está basada en una aproximación rápida y superficial, las interpretaciones tendrán poca profundidad y será muy poca la capacidad para relacionar distintos datos.

Bronisław Malinowski (1986) aclara que “el etnógrafo no sólo tiene que tender las redes en el lugar adecuado y esperar a ver lo que cae”, sino que debe ser un “cazador activo” (p.28). Es decir, que debe recurrir y utilizar métodos activos de investigación. Al mismo tiempo, Guber (en Restrepo, 2018) señala que el trabajo de campo etnográfico supone técnicas de investigación no invasivas, ya que intentan eliminar la excesiva visibilidad del investigador, que obstaculiza el acceso a la información y la empatía con los informantes. A continuación definiremos y caracterizaremos a dos de estas técnicas: la observación participantes y la entrevista etnográfica o no directiva.

3.2.1.1 Observación participante

La observación participante apela a la experiencia directa del investigador para la generación de información relevante en el marco del trabajo de campo. Mediante su presencia, el etnógrafo puede observar y registrar desde una posición privilegiada cómo se hacen las cosas, quiénes las realizan, cuándo y dónde. Ser testigo de lo que la gente hace, le permite comprender de primera mano dimensiones fundamentales de aquello que le interesa de la vida social. Esto le posibilita acceder a un tipo de comprensión y datos que otras técnicas de investigación son incapaces de alcanzar (Restrepo, 2018).

La observación participante consiste en dos actividades principales: observar sistemática y controladamente todo lo que acontece en torno del investigador, y participar

en una o varias actividades de la población (Guber, 2011). Lo interesante es que involucra un doble ejercicio para el etnógrafo: mientras que la observación sugiere distancia, la participación requiere proximidad. Esa doble condición, para algunos tensionante o incluso contradictoria, implica un saldo favorable para el etnógrafo y su capacidad de comprensión: lo distante se hace familiar mediante la experiencia (participación) al tiempo que aquello que se comprende se contextualiza en las situaciones atestiguadas por el etnógrafo (observación) (Restrepo, 2018).

Al respecto, Rosana Guber (2011) plantea que se participa para observar y que se observa para participar; esto significa que involucramiento e investigación no son opuestos sino partes de un mismo proceso de conocimiento social. La observación que se propone obtener información significativa siempre requiere algún grado de participación.

Para profundizar en el debate sobre el involucramiento es interesante recuperar la noción de “ser afectado” propuesta por Jeanne Favret-Saada. El concepto surge a raíz de los estudios de brujería llevados a cabo por esta etnógrafa francesa en el Bocage en Francia. De acuerdo a las docentes e investigadoras Laura Zapata y Mariela Genovesi (2014), para su estudio debió desarrollar una metodología que atendiera la forma específica en que esa noción era experimentada por sus interlocutores, que se negaban de manera sistemática a comentarle a la antropóloga los embrujamientos de los que habían sido protagonistas y los esfuerzos que realizaban junto a los "desembrujadores" por liberarse de ellos. Sólo cuando Favret-Saada “se mostró "afectada" por las mismas fuerzas que sacudían a los habitantes del Bocage, cuando accedió a ser tratada como una eventual víctima de la brujería, éstos comenzaron a compartir con ella informaciones referidas a su campo de estudio” (p. 2).

A su vez, el concepto de “ser afectado” también surge como crítica a la idea de observación participante que tenían los antropólogos anglosajones que habían realizado con anterioridad estudios sobre brujería. Favret-Saada señala que a estos antropólogos les interesaba más la observación que la participación (Zapata y Genovesi, 2014, p. 6).

De este modo, Favret-Saada hace de la participación un instrumento de conocimiento y denomina “dejarse afectar” a la metodología que debió desarrollar para poder comunicarse con los sujetos indagados. Buena parte de esa comunicación no se realizaba a través de palabras, era aprehensible mediante la trasmisión de una carga energética que era leída en el comportamiento y apariencia de los interlocutores. Dejarse impactar por el mundo que habitaban los sujetos estudiados posibilitaba a la antropóloga

el acceso a una vida hasta entonces denegada: el de la existencia y eficacia de la brujería en la Francia contemporánea (Zapata y Genovesi, 2014, p.2).

A través de este concepto, Favret-Saada destaca la importancia que adquiere en el trabajo de campo “dejarse afectar” por las realidades que viven y experimentan los informantes e interlocutores, abandonando los principios de orientación etnocéntricos como la única medida de la realidad y de las teorías que elaboran (Zapata y Genovesi, 2014, p.3).

De acuerdo a esta antropóloga, el hecho de aceptar ser afectado abre un nuevo tipo de comunicación con los nativos: una comunicación involuntaria y desprovista de intencionalidad, que puede o no ser verbal (en Zapata y Genovesi, 2014, p. 9).

En esta misma línea, Julieta Quirós (2014), antropóloga radicada en Córdoba, advierte que la investigación etnográfica contemporánea privilegia como técnica a la entrevista en profundidad y, en consecuencia, a la palabra dicha por los entrevistados como evidencia. Esta “obsesión etnográfica por la palabra dicha” guarda una serie de operaciones no-dichas:

En primer lugar, un isomorfismo entre la “perspectiva del actor” –que, se presume, una indagación etnográfica procuraría contemplar/analizar– y “lo que la gente piensa” sobre determinados asuntos; en segundo lugar, un isomorfismo entre “lo que la gente piensa” y “lo que la gente dice”; por último, una reducción de “lo que la gente dice” a “lo que dice en circunstancias y contextos de situación socialmente hechos para decir” (un discurso público, un manifiesto, un documento escrito, una conversación o entrevista con el investigador). (Quirós, 2014, p. 50)

Quirós (2014) advierte acerca de este reduccionismo y plantea que la etnografía se presenta como un modo de conocimiento que permite al investigador tomar contacto con múltiples dimensiones de comunicación y experiencias más allá de la palabra dicha y para decir. Expone que la socialidad –o sea, la participación en un universo de vínculos– es el principal medio de investigación y producción de conocimiento para los etnógrafos. No solo conocen a través del diálogo, sino también mediante las experiencias personales con las experiencias de los otros. Esto quiere decir que la relación con los interlocutores de campo está, como cualquier relación social, atravesada por formas de comunicación no verbales y no intencionales: el antropólogo en campo se vincula a través del intelecto y la palabra, pero también del cuerpo, el olfato, la sensación, la intuición, el juicio y el

afecto. “Si se quiere, la investigación etnográfica no es otra cosa que aprehender el proceso social en su aspecto vivo por intermedio de nuestra condición de seres vivos” (Quirós, 2014, p.51).

En este sentido, propone no entender a “lo dicho” de modo literal, sino comprender que la gente también dice a través de lo hace, cómo lo hace, de lo que no hace, de lo que no dice y de lo que hace, intencionalmente o no, por medio de lo que dice.

3.2.1.2 Entrevista etnográfica

El sentido de la vida social se expresa particularmente a través de discursos que emergen en la vida diaria, de manera informal, bajo la forma de comentarios, anécdotas y conversaciones. Los investigadores sociales transformaron esas instancias en un artefacto técnico (Guber, 2011).

La entrevista es una estrategia para hacer que la gente hable sobre lo que sabe, piensa y cree, una situación en la cual una persona (el investigador-entrevistador) obtiene información sobre algo interrogando a otra persona (entrevistado, respondente, informante). Esta información suele referirse a la biografía, al sentido de los hechos, a sentimientos, opiniones y emociones, a las normas o estándares de acción, y a los valores o conductas ideales (Guber, 2011).

La entrevista etnográfica o no directiva se inserta dentro del marco interpretativo de la observación participante, su valor reside en su carácter performativo. Constituye una situación cara a cara donde no solo se encuentran distintas reflexividades, sino que se produce una nueva reflexividad. De este modo, Rosana Guber (2011) establece que “la entrevista es, entonces, una relación social a través de la cual se obtienen enunciados y verbalizaciones en una instancia de observación directa y de participación” (p.70).

Según Pierre Bourdieu (1993), el hecho de que la entrevista sea una relación social genera efectos sobre los resultados obtenidos. Esto se debe a que las interacciones sociales se llevan a cabo bajo la coacción de determinadas estructuras sociales que ejercen efectos sobre las mismas. Por este motivo, señala que toda relación de entrevista requiere conocer los efectos que pueden producirse sin saberlo, a raíz de esta intrusión poco arbitraria que está en el origen del intercambio.

Parte de estos efectos pueden explicarse por las asimetrías propias de las entrevistas, ya que es el entrevistador quien inicia el juego y establece las reglas. Esta se ve reforzada por una asimetría social en el caso de que el entrevistador ocupe una posición

superior al entrevistado en las jerarquías de las diferentes especies de capital, en especial del cultural (Bourdieu, 1993).

Bourdieu (1993) señala que es fundamental ser conscientes de estas propiedades inherentes a la relación de entrevista e intentar poner en práctica medidas tendientes a dominar los efectos, sin pretender anularlos. Para el autor, la reflexividad –entendida como método– permite percibir y controlar sobre la marcha, en la realización de la misma entrevista, los efectos de la estructura social en que esta se efectúa. No obstante, advierte que la sola virtud de la reflexividad no permite controlar por completo los efectos de la relación de entrevista.

En concordancia con lo anterior, Guber (2011) indica que la no directividad, cuando resulta de una relación socialmente determinada en la cual cuentan la reflexividad de los actores y la del investigador, puede contribuir a corregir la tendencia a la imposición del marco del investigador. Pero esto requiere de todas formas analizar la presencia del investigador no directivo y las condiciones en que se produce la entrevista en el campo de estudio. La reflexividad en el trabajo de campo, y particularmente en la entrevista, puede contribuir a diferenciar los contextos y a detectar la presencia de los marcos interpretativos del investigador y de los informantes en la relación; es decir, cómo interpreta cada uno la relación y sus verbalizaciones. Para ello es necesario ir tendiendo un puente entre ambos universos e identificar a qué preguntas está respondiendo, implícitamente, el informante. De este modo es posible descubrir e incorporar temáticas del universo del informante al universo del investigador, y empezar a preguntar sobre ellas. Al mismo tiempo, la no directividad se funda en la creencia de que no participar con un cuestionario o pregunta preestablecida favorece la expresión de temáticas, términos y conceptos más espontáneos y significativos para el entrevistado (Guber, 2011).

Para lograr el acceso al universo cultural del informante, la entrevista etnográfica se vale de tres procedimientos: la atención flotante del investigador, la asociación libre del informante y la categorización diferida, nuevamente, del investigador (Guber, 2011).

Cuando la autora habla de atención flotante del investigador se refiere a un modo de escucha que consiste en no privilegiar de antemano ningún punto del discurso. Por otro lado, la asociación libre se relaciona con el hecho de que los informantes introducen sus prioridades en forma de temas de conversación y que los etnógrafos tienen el desafío de introducir temas y conceptos desde la perspectiva del informante. Por último, la categorización diferida del investigador se ejerce a través de la formulación de preguntas

abiertas que van encadenándose sobre el discurso del informante hasta configurar un sustrato básico con el cual puede reconstruirse el marco interpretativo del actor. Este tipo de diálogo demanda un papel activo del entrevistador, por un lado, porque hay un reconocimiento de que sus propias pautas de categorización no son las únicas posibles y, por otro lado, porque identifica los intersticios del discurso del informante en los que debe "hacer pie" para reconocer o construir su lógica (Guber, 2011).

Otra cuestión central de la entrevista etnográfica tiene que ver con la dinámica particular del encuentro. Guber (2011) menciona la importancia del contexto de la entrevista. Suele entenderse por contexto el "marco" del encuentro que, en la etnografía, no lo conciben como telón de fondo de una trama, sino como parte de la trama misma. En este sentido, el contexto comprende dos niveles: uno ampliado y otro restringido. El primero se refiere al conjunto de relaciones políticas, económicas y culturales que engloban al investigador y al informante (si ambos representan poderes asimétricos en una relación colonial, de clase, etc.). El contexto restringido, en cambio, alude a la situación social específica del encuentro, donde se articulan lugar, personas, actividades y tiempo. En un trabajo de campo, la entrevista suele tener lugar en ámbitos familiares para los informantes, pues sólo a partir de sus situaciones cotidianas y reales es posible descubrir el sentido de sus prácticas y verbalizaciones.

3.3 Como texto

Finalmente, cuando hablamos de textos etnográficos nos referimos a aquellos que son producto de una investigación también etnográfica en cuanto a su perspectiva rectora y su despliegue metodológico. El requisito central de este tipo de textos es que, mediante la descripción, den cuenta de una integración dinámica de las perspectivas nativas (Balbi, 2012).

Guber (2011), por su parte, define al texto etnográfico como "la descripción textual del comportamiento en una cultura particular, resultante del trabajo de campo" (p.21). Explica que a través de este texto el antropólogo intenta representar, interpretar o traducir una cultura o determinados aspectos de una cultura para lectores que no están familiarizados con ella.

Una cuestión central de los textos etnográficos es la relación propuesta entre teoría y campo, mediada por los datos etnográficos. En etnografía hay una gran distancia entre

el material bruto de la información y la exposición final y teorizada de los resultados (Malinowski, 1986).

En este sentido, podemos observar que no existe una oposición entre teoría y empiria, sino que la propia teoría se mejora mediante la constante confrontación con datos nuevos, con nuevas experiencias de campo. Para la antropóloga brasilera Mariza Peirano (2014), las monografías –o textos etnográficos– no son resultado simplemente de métodos etnográficos, sino que son formulaciones teórico-etnográficas. Aclara que, si se trata de una buena etnografía, también será una contribución teórica; y las diferencia, por ejemplo, de las descripciones periodísticas, ya que estas últimas no realizan ningún aporte teórico. Y agrega:

Ao ler monografia, reforçamos a percepção de que a etnografia é parte do empreendimento teórico da antropologia. Não se trata de um “detalhe metodológico” que antecede uma teoria; a indagação etnográfica em si já tem um caráter teórico, porque somente (ou principalmente) ela nos permite questionar os pressupostos então vigentes pelas novas associações ou novas perguntas que nos proporciona: como já dizia Malinowski, novas pesquisas levam à transformação de um ponto de vista teórico [Al leer monografías, reforzamos la percepción de que la etnografía es parte del emprendimiento teórico de la antropología. No se trata de un "detalle metodológico" que antecede a una teoría; la indagación etnográfica en sí ya tiene un carácter teórico, porque solamente (o principalmente) ella nos permite cuestionar los presupuestos entonces vigentes por las nuevas asociaciones o nuevas preguntas que nos proporciona: como ya decía Malinowski, nuevas investigaciones llevan a la transformación de un punto de vista teórico]. (p.385)

No obstante, cabe destacar que la elaboración teórica no está presente solo en el momento de la escritura, ni tampoco es anterior ni posterior a la tarea de recolección de información, sino que se trata de un soporte del conocimiento mismo y, por lo tanto, acompaña todo el proceso de la investigación etnográfica (Guber, 2004).

En este punto creemos relevante recuperar parte del análisis que realiza Balbi (2012) sobre etnografías pertenecientes a las tradiciones académicas británica y norteamericana del siglo XX. Si bien el autor lo elabora persiguiendo otro fin,

consideramos que puede echar luz acerca del rol de la teoría⁵. Entre los textos que analiza se encuentran los de Bronislaw Malinowski y, al respecto, señala que todos están atravesados por cuestiones abiertamente teóricas, que operan como elementos centrales en torno de los cuales se estructuran sus descripciones. Sin embargo, aclara que en pocas ocasiones se hace una referencia explícita a la literatura teórica con la que discute y/o se basa, al punto tal de que la teoría –aun siendo central– asume una apariencia difusa en sus etnografías.

Balbi (2012) sostiene que algo similar ocurre en las etnografías de Franz Boas, principalmente en “Ethnology of the Kwakiutl”. En ella se presentan 1300 páginas de textos registrados en lengua kwakiutl por George Hunt y publicados junto con su traducción al inglés, de modo que puede dar la falsa impresión de que se trata de una mera descripción de la vida kwakiutl desde un punto de vista kwakiutl. No obstante, Balbi plantea que una lectura atenta revela que “el texto sigue un patrón teórico de organización de los materiales incluso al precio de romper con la lógica de las declaraciones de los informantes” (p. 490). Además, agrega que el mismo Boas explicó que los datos fueron registrados por Hunt siguiendo instrucciones y preguntas enviadas por él, revelando así que, lejos de limitarse a regir la organización de los materiales a posteriori, la orientación teórica presidió también su producción.

Entonces, como es posible advertir, a pesar de que la teoría muchas veces no se explicita, siempre está presente en la elección de qué contar y qué no, cómo describir. En estas decisiones también entra en juego la ética de la investigación etnográfica, definida por Restrepo (2018) como “la reflexión y posicionamiento sobre un conjunto de principios que deben orientar las prácticas asociadas con sus diferentes fases” (p. 119).

En el momento de la escritura de los textos etnográficos, quien investiga se pregunta cómo representar al otro por escrito y cómo el texto puede afectar a esos otros y a las tramas de poder, dominación, opresión y las correlaciones de fuerza en las cuales esas personas están inmersas. Es así, que aquí entra en juego lo que Philippe Bourgois (2005) denomina política de la representación. En el texto *Más allá de una pornografía de la violencia*, el autor elabora una reinterpretación de datos etnográficos y una revisión

⁵ El objetivo del artículo es realizar una revisión crítica de las caracterizaciones de la investigación etnográfica como un intento de describir el mundo social desde el punto de vista de los actores y como una empresa fundada en el establecimiento de un diálogo entre las teorías nativas y la del etnógrafo. Mediante el análisis de algunos clásicos de la literatura etnográfica, argumenta que la etnografía se caracteriza por una forma de integración dinámica de las perspectivas nativas en la descripción que opera como motor de la investigación y como uno de los requisitos centrales que deben satisfacer los textos etnográficos.

sobre artículos periodísticos que escribió a lo largo de sus investigaciones, con el fin de llamar la atención sobre la violencia en dos escenarios diferentes donde llevaba a cabo su trabajo de campo: con campesinos revolucionarios del Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional (FMLN) y a puertorriqueños de segunda generación, traficantes de crack, en Harlem Este, Nueva York.

En este texto, Bourgois (2005) reflexiona acerca de los riesgos y problemáticas que emergen en torno a las representaciones que se construyen en los relatos antropológicos. Sobre sus investigaciones en particular explica: “Los etnógrafos se arriesgan a contribuir a una pornografía de la violencia que refuerza las percepciones negativas de los grupos subordinados. Pero, a la inversa, la tendencia a pintar retratos favorables empequeñece la devastación real”. (p. 17). Y agrega:

El reto de la etnografía es, pues, contener el impulso de presentar una imagen “saneada”, y esclarecer las cadenas de causalidad que unen la violencia estructural, política y simbólica con la producción de la violencia cotidiana, que sostienen las relaciones de poder desiguales y tergiversan los esfuerzos de resistencia. (p. 32)

Vemos, entonces, cuan pertinente es lo que plantea Bourgois para pensar la problemática de la representación de esos otros en los textos etnográficos.

CAPÍTULO II: MARCO METODOLÓGICO

Como anticipamos, la metodología a utilizar en este Trabajo Final es cualitativa; se trata de un estudio de tipo exploratorio, debido a que el tema fue escasamente indagado y no existe suficiente material teórico al respecto. De acuerdo con Sampieri et al. (2010), este tipo de estudios se realizan cuando el objetivo es examinar un tema o problema de investigación poco estudiado, del cual se tienen muchas dudas o no se ha abordado antes.

Así, para la recolección de los datos recurrimos, principalmente, a dos técnicas. En un primer momento, realizamos una búsqueda y sistematización de bibliografía sobre crónica y etnografía, así como también algunos textos que dan cuenta de los vínculos entre ambas. Luego, en base a determinadas categorías teóricas reconocidas en esta búsqueda, intentamos trazar los primeros cruces.

En un segundo momento, al ser una temática que tiene poco desarrollo teórico, decidimos entrevistar a cronistas y antropólogos con el fin de obtener más información acerca de los vínculos que se pueden establecer entre crónica narrativa y etnografía.

Optamos por la entrevista debido a que se presentó como una técnica flexible que, a través de preguntas y respuestas, nos permitió la construcción conjunta de significados acerca del tema de estudio. Sampieri et al. (2010) la definen como “una reunión para conversar e intercambiar información entre una persona (el entrevistador) y otra (el entrevistado) u otras (entrevistados)” (p.418).

Las entrevistas realizadas fueron semiestructuradas ya que, si bien confeccionamos guías de preguntas o temas a abordar, mantuvimos la libertad de introducir interrogantes adicionales durante las entrevistas para precisar conceptos u obtener mayor información sobre los aspectos deseados. Es decir, no todas las preguntas fueron predeterminadas (Sampieri et al., 2010).

Para elaborar dichas preguntas nos basamos en aquellas categorías teóricas centrales que reconocimos durante la búsqueda bibliográfica, tales como la reflexividad, el tiempo, las entrevistas, la observación. Se utilizaron modelos distintos para antropólogos y cronistas. Las preguntas estuvieron orientadas a, por un lado, profundizar qué puede aportar la etnografía a la crónica en cuestiones referidas al método de investigación (la forma de realizar entrevistas, el tiempo dedicado a la investigación, la inmersión, etc.) y, por otro lado, a ampliar la mirada y ver qué otros aportes puede hacer más allá de su propuesta metodológica.

Así, en las entrevistas a antropólogos hicimos hincapié en el aporte de la etnografía al trabajo periodístico en general y a la crónica en particular, en la posibilidad de pensar a la etnografía como un método que oriente a los cronistas en su trabajo, cómo juega el factor del tiempo en la investigación, la importancia del trabajo teórico y conceptual y el rol de la reflexividad.

Respecto a las entrevistas a cronistas, indagamos sobre el proceso de elaboración de las crónicas. Para ello, se hizo foco en cada una de las técnicas de recolección de datos utilizadas, como la entrevista, la observación y la documentación. Además, consultamos sobre el rol de la reflexión teórica en el marco de su trabajo, la importancia del factor tiempo y los problemas que se presentan en el momento de la escritura. En estas entrevistas también incluimos una pregunta sobre si consideran a la etnografía como un método que puede orientar a los cronistas en su trabajo y cuáles creen que pueden ser los aportes de esta en ese proceso de investigación y elaboración de las crónicas.

En cuanto a los entrevistados, decidimos que los antropólogos debían tener, preferentemente, algún vínculo con el campo de la comunicación ya que, de este modo, sería más fructífero para pensar cruces entre la crónica y la etnografía (ver Tabla 1).

A su vez, como anticipamos, elegimos entrevistar a cronistas que no se desempeñan en medios capitalinos y ejercen su trabajo más allá de los límites de Buenos Aires, frecuentemente designados “cronistas del interior” — denominación que deja traslucir cierto “porteñocentrismo” — . Esta decisión, surge de la necesidad de alejarnos de aquellos cronistas más citados, en su mayoría vinculados a Buenos Aires, para explorar nuevas miradas, haciendo foco no solo en nuestra provincia, sino también en el resto del país. Así, exploramos la práctica de cronistas de Córdoba, Tucumán, Santiago del Estero y Santa Cruz (ver Tabla 1).

Tabla 1*Antropólogos y cronistas entrevistados*

Entrevistado/a	Pertinencia
José María Bompadre	Doctor en Ciencias Antropológicas (FFyH-UNC) y Licenciado en Comunicación Social (FCC-UNC). Se desempeña como docente en la Cátedra de Antropología Sociocultural de la Licenciatura en Comunicación Social (FCC - UNC).
María Magdalena Doyle	Doctora en Antropología y Coordinadora de la Maestría en Comunicación y Cultura contemporánea (UCS - UNC). Investigadora de CONICET en temas vinculados al derecho a la comunicación de los pueblos originarios.
Julieta Quirós	Doctora en Antropología Social e investigadora de CONICET. Sus desarrollos conceptuales (textos, artículos académicos y entrevista) fueron fundamentales para el desarrollo de este Trabajo Final.
Sol Aliverti	Cronista de Córdoba. Licenciada en Comunicación Social (FCC - UNC). Dos veces Becaria de la Fundación Gabo. En 2015 obtuvo el primer premio del concurso nacional Crónicas Interiores, organizado por la Universidad de la Plata, Revista Anfibia y Universidad Nacional de Córdoba. Actualmente es editora de la revista cultural La Central y publicó en Anfibia, Asia Sur (Perú), Ciudad X, La Voz del interior, Revista Lento (Uruguay), entre otros medios.
Waldo Cebrero	Cronista de Córdoba. Licenciado en Comunicación Social (FCC-UNC). Se desempeña como docente en el Taller de Lenguaje I y Producción Gráfica (FCC-UNC). Ganó la edición 2016 del premio Rodolfo Walsh. Escribió en diarios y revistas: Tiempo Argentino, Página 12, La Voz del Interior, Día a Día, Anfibia, Cosecha Roja. Actualmente escribe en Enredación.
Pedro Noli	Cronista de Tucumán. Licenciado en

	Comunicación Social (UNSTA). Realizó la Maestría en Periodismo de la Universidad San Andrés y el grupo Clarín. Fue becario en dos oportunidades de la Fundación Gabo. Fundador de Tucumán Zeta, la primera revista digital de periodismo narrativo del norte de la Argentina.
Nicolas Adet Larcher	Cronista de Santiago del Estero. Licenciado en Comunicación Social (UCSE). Escribe para la Agencia Paco Urondo y la revista digital Subida de Línea. Recientemente publicó trabajos en Relatto, una plataforma latinoamericana especializada en crónicas.
Laura Córdoba	Maestranda en Antropología y docente de la UNPA. Directora de Etnográficas, un portal digital de Periodismo Antropológico, creado en el año 2018 en la provincia de Santa Cruz.

Tabla de elaboración propia

Todas las entrevistas se realizaron de forma virtual (vía Meet, WhatsApp o correo electrónico), entre los meses de julio de 2020 y marzo de 2021. Los cronistas y antropólogos fueron contactados a través de correo electrónico, WhatsApp o Facebook. Cabe destacar que se llevaron a cabo de este modo debido al Distanciamiento Social, Preventivo y Obligatorio, dictado por el Gobierno Nacional a raíz de la pandemia causada por el COVID 19.

Finalizada esta etapa de la investigación, procedimos al análisis y sistematización de los datos obtenidos tanto de las entrevistas como de la revisión bibliográfica. De este modo, comenzamos a abordar los vínculos entre crónica narrativa y etnografía con el fin de responder a nuestras preguntas de investigación: ¿qué cruces se pueden establecer entre la crónica narrativa y la etnografía? y ¿qué de las pautas epistemológicas, metodológicas y textuales de la etnografía pueden recuperar los cronistas para pensar su práctica?

Para completar el análisis ejemplificamos con crónicas algunos conceptos o puntos centrales. Para la selección de este corpus utilizamos los mismos criterios que nos guiaron en la elección de los cronistas entrevistados. De esta forma, elegimos a a *¿Alguna vez encontraré a mi mamá?*, presentada en el Concurso Crónica Patagónica en 2019, organizado por la Fundación Periodismo Patagónico y escrita por Ángeles Alemandi,

cronista radicada en La Pampa⁶; *Un barrio de trabajadores sin trabajo*, escrita por el cronista cordobés Alejo Gómez Jacobo y publicada en marzo de 2012 en PrensaRed⁷; y *La reina del oro verde*, escrita por Mariana Liceaga (en Picco et al., 2015) y finalista del concurso nacional Crónicas Interiores, organizado por el Sindicato Regional Luz y Fuerza de Córdoba (SiReLyF) en el año 2014⁸.

Pese al esfuerzo por explorar nuevos lugares desde donde analizar la crónica, nos resultó ineludible recurrir a cronistas clásicos, principalmente, debido a la profundidad de sus trabajos. Por este motivo, los libros de crónica *Si me querés, quereme transa*, de Cristian Alarcón (2012b) y *Los suicidas del fin del mundo*, de Leila Guerriero (2015b) también forman parte del corpus.

Así, ordenamos el análisis según las tres acepciones de etnografía planteadas por Guber (2011): como enfoque, como método y como texto. En la primera, se analiza la constitución de las crónicas como medios para visibilizar hechos que la misma práctica periodística invisibiliza, poniendo en diálogo distintas perspectivas de los protagonistas de esos hechos y proponiendo nuevos puntos de vista. La segunda, se centra en el trabajo de campo que realizan los cronistas y se incorporan al análisis la noción de reflexividad, el tiempo y las técnicas de observación y entrevista. La tercera, analiza las similitudes que tienen la crónica y la etnografía en tanto géneros narrativos, en función de la descripción, el vínculo que mantienen la teoría y la política de la representación.

⁶ Las crónicas ganadoras, además de obtener un premio económico, fueron publicadas en Revista Anfibia. Disponible en <http://revistaanfibia.com/cronica/alguna-vez-encontrare-a-mi-mama/> (consultada el 14 de marzo de 2021)

⁷ Disponible en <https://cronicasperiodisticas.wordpress.com/2012/03/17/un-barrio-de-trabajadores-sin-trabajo/> (Recuperado el 14 de marzo de 2021)

⁸ Las crónicas finalistas integran el libro *Crónicas Interiores*, publicado por la Editorial Recovecos en 2015. Reúne el trabajo de cronistas de Córdoba, La Pampa, Santiago del Estero, Mendoza, entre otros.

CAPÍTULO III: PENSAR LA PRÁCTICA DE LAS Y LOS CRONISTAS DESDE EL APORTE DE LA ETNOGRAFÍA

A continuación, desarrollaremos los vínculos entre crónica narrativa y etnografía con el fin de responder a nuestras preguntas de investigación: ¿qué cruces se pueden establecer entre la crónica narrativa y la etnografía? y ¿qué de las pautas epistemológicas, metodológicas y textuales de la etnografía pueden recuperar los cronistas para pensar su práctica? El capítulo se organizará en tres apartados principales:

En el primero, abordaremos los cruces entre la crónica narrativa y la etnografía en tanto enfoque. Para ello, recuperaremos el recorrido histórico de ambas ya que comparten dos modificaciones centrales en sus prácticas: los desplazamientos descoloniales motivaron un cambio en la perspectiva desde donde se realizan las investigaciones y, como consecuencia, la crónica y la etnografía experimentaron una ampliación de las temáticas susceptibles de ser investigadas. En base a estos cambios, analizaremos la constitución de las crónicas como medios que permiten visibilizar hechos que la misma práctica periodística invisibiliza, poniendo en diálogo distintas perspectivas de los protagonistas de esos hechos y proponiendo nuevos puntos de vista. En función a esta cercanía que mantienen en relación a la forma de documentar la vida social, veremos qué aportes puede realizar el enfoque etnográfico para interpelar la práctica de los cronistas.

En el segundo apartado, exploraremos los cruces entre la crónica narrativa y la etnografía en tanto método de investigación. Para ello, analizaremos el trabajo de campo que realizan los cronistas en base a cuatro ejes: la reflexividad como una herramienta para repensar la práctica e incluir en el análisis la posición de quien investiga, el tiempo como un factor central en las investigaciones y la entrevista y la observación participante como las principales técnicas utilizadas para acceder al mundo social. Sobre estos ejes, focalizaremos en qué aportes puede realizar el método etnográfico al trabajo de los cronistas.

En el tercero, abordaremos los cruces entre la crónica narrativa y la etnografía en tanto texto. Para ello, partiremos de las similitudes que tienen como géneros narrativos, para luego analizarlas en función de tres ejes centrales: la descripción, el vínculo que mantienen la crónica y la etnografía con la teoría y la política de la representación.

1. Conocimientos en diálogo: el enfoque en la crónica narrativa

Para abordar uno de los primeros cruces entre crónica y etnografía debemos realizar un breve recorrido histórico de ambas. Muchos autores (Caparrós, 2016; Carrión, 2012; Darrigrandi, 2013, entre otros) coinciden en que el origen de la crónica se remonta a las Crónicas de Indias, es decir, aquellos escritos que versaban sobre el “descubrimiento”, conquista y colonización del continente americano. En su gran mayoría, estas crónicas fueron escritas por españoles, “por sujetos imperiales que relataban la conquista y la colonia con la voluntad de justificar sus intereses y sus atropellos” (Carrión, 2012, p. 21). Por lo tanto, el resultado eran testimonios marcados por una fuerte visión eurocéntrica⁹.

En esta misma línea, Caparrós (2016) afirma que “América se hizo a golpe de crónicas”, caracterizadas como relatos que partían de lo que los viajeros esperaban encontrar y chocaban con lo que realmente encontraban (p. 43). Ese choque, la extrañeza, funcionaba como base de las Crónicas de Indias.

Consecuentemente, por mucho tiempo el cronista se caracterizó por ser ese sujeto que se sumergía en mundos lejanos, “exóticos”, para dar testimonio de ellos y poder relatarlos (Falbo, 2007).

Una situación similar experimentó la práctica etnográfica. *Ethnos* - raíz griega de la palabra - significa “los otros”, quienes en un principio coincidían con los pueblos ágrafos. En ese entonces, los etnógrafos se pensaban como cronistas en un mundo que carecía de historia escrita (Rockwell, 2009). Esto se debe a que la antropología surgió en un contexto de dominación colonial como una disciplina eurocéntrica abocada a comprender a los “otros” lejanos y distantes. “En muchos casos, el etnocentrismo como su gesto fundante, hizo de esta diferencia una matriz conceptual que presentaba a los “otros” desde un presente etnográfico anclado en un exotismo incomprensible, algunas veces irracional, y en ocasiones intraducible” (Pablo Sandoval López en Restrepo, 2018, p. 11).

No obstante, a finales del siglo XX se vivenció un cambio radical en la perspectiva de ciertas corrientes antropológicas, trasladando la atención hacia el “nosotros”, hacia los ámbitos cotidianos en los que se forjan las relaciones sociales y las relaciones de poder en las sociedades “letradas” (Rockwell, 2009). Los contextos actuales —caracterizados

⁹ Para conocer el desarrollo histórico de la crónica, consultar la Tesis de Grado: “Otras maneras de mirar, nuevas formas de contar: crónica narrativa transmedia, ¿un híbrido del siglo XXI?”, de Agustina Carrillo. Disponible en <https://rdu.unc.edu.ar/handle/11086/17463>

por los desplazamientos postcoloniales, los descentramientos culturales y las interconexiones globales— exigen el replanteamiento acerca de quiénes son esos “otros” y quiénes somos “nos/otros” (Pablo Sandoval López en Restrepo, 2018).

En este sentido, para la antropóloga Elsie Rockwell (2009) lo que hace el etnógrafo es documentar lo no-documentado de la realidad social, que en las sociedades modernas reside en lo familiar, lo cotidiano, lo oculto, lo inconsciente. Es la historia de los que lograron la resistencia a la dominación y la construcción de movimientos alternativos, pero también es el entramado de los intereses y poderes de quienes dominan. Para la autora los ámbitos de lo no-documentado dentro de las sociedades letradas son amplios y hacia ellos se dirige la mirada de los etnógrafos, pero este esfuerzo se suma a otros, como los periodísticos y literarios, para dejar testimonio escrito y público de realidades tanto cercanas como lejanas.

Del mismo modo, Graciela Falbo (2007), doctora en Comunicación, sostiene que en las crónicas “los nuevos territorios – dibujados por la fuerza unilateral globalizadora – no son ya las geografías ajenas sino las formas que adquieren las subjetividades próximas signadas por los procesos de segregación y las distintas formas de violencia, desplazamiento y/o exclusión” (p. 15). Son mundos que quedan desdibujados en la voz monocorde de un mega discurso generalizador. Por eso, para Falbo los desafíos de los cronistas son interpretar la voz de “lo otro” y rescatar la palabra devaluada por esa lógica del relato uniforme que refuerza la exclusión y fortalece estereotipos.

Mediante este breve recorrido histórico podemos ver que la crónica y la etnografía comparten dos modificaciones centrales en sus prácticas. Por un lado, los desplazamientos descoloniales motivaron un cambio en la perspectiva desde donde se realizan las investigaciones y, por otro lado –y como consecuencia de la anterior– ambas experimentaron una ampliación de las temáticas susceptibles de ser investigadas.

Así, en los últimos años, podemos reconocer el esfuerzo de los cronistas por despojarse de esa figura de “descubridores de territorios extraños” y alejarse de aquellas miradas etnocéntricas que marcaron los inicios de la crónica. En su lugar, se proponen miradas que recuperen las experiencias de los sujetos sobre los que se narra una historia y busquen, de cierta forma, darles voz para dar cuenta de sus propias vivencias. Es decir, el replanteamiento de quiénes son los “otros” y quiénes “nosotros” (cronistas y etnógrafos) habilitó nuevas perspectivas desde dónde narrar el mundo social y, al mismo tiempo, permitió que surjan nuevos temas sobre los que investigar y escribir.

En esta ampliación temática existe un gran interés por estudiar y documentar aquello que acontece en el propio mundo de los cronistas y etnógrafos. En el caso de las crónicas latinoamericanas, Correa Soto (2016) reconoce doce temas recurrentes: la persistente violencia o la violencia crónica; sucesos, oficios y memorias; narcos, tribus urbanas y pandillas; testigos y testimonios; el rebusque de cada día; anécdotas e ironías; animales y personas; géneros musicales y deportes; perfiles; crónica policial o de sucesos; lugares, paisajes y naturalezas, y los oficios periodístico y literario¹⁰. Dentro de estos grandes temas, predominan aquellas crónicas dedicadas al narcotráfico, la marginación, el fútbol y las migraciones forzadas. También hay una proliferación de crónicas que abordan la cotidianidad y la intimidad.

Podríamos citar numerosos ejemplos que dan cuenta de estos dos cambios experimentados por las crónicas. En esta oportunidad, creemos interesante recuperar la experiencia del Concurso Crónica Patagónica, organizado por la Fundación de Periodismo Patagónico¹¹. El concurso inició en el año 2019 y, hasta el momento, cuenta con dos ediciones. La idea central es promover el periodismo de la región, así como también impulsar a la crónica periodística como medio de narración de las noticias e historias de la zona. Cabe aclarar que solo pueden participar personas que acrediten vivir en la Patagonia.

Mediante la lectura de las crónicas presentadas en la primera edición del concurso, podemos observar la intención de romper con la idea del cronista que viaja a territorios desconocidos para narrar lo que pasa allí. En cambio, se valorizó la idea de que los cronistas puedan recuperar y reflexionar acerca de las experiencias y vivencias que tienen como habitantes de la Patagonia argentina. De este modo, se cambió la perspectiva desde dónde narrar, ya no como alguien ajeno, y también se ampliaron las temáticas abordadas. Así, las crónicas versaron sobre cuestiones con las que conviven diariamente los cronistas y habitantes de esta zona. Entre los diversos temas podemos encontrar algunas que hacen referencia a la disparidad de género en la política de Ushuaia, historias sobre Vaca Muerta, narraciones sobre el patrimonio de Bariloche, la recuperación de relatos mapuches, historias de personalidades influyentes, así como también crónicas que buscan

¹⁰ Elabora la clasificación a partir de la lectura de una selección de crónicas latinoamericanas en español, publicadas por distintas editoriales en trece libros de tipo antología, entre 2001 y 2013; y en el blog Periodismo narrativo en Latinoamérica. Recopilación de crónicas periodísticas con chispa (<http://cronicasperiodisticas.wordpress.com/>)

¹¹ <https://cronicapatagonica.com.ar/>

problematizar la idea de la patagonia como una postal perfecta y, en su lugar, muestran aquellas historias que se ocultan detrás.

Una de las tres crónicas ganadoras fue *¿Alguna vez encontraré a mi mamá?*, escrita por Ángeles Alemandi, cronista radicada en La Pampa. Allí se narra la historia de 64 personas que buscan su identidad de origen. No son hijos e hijas de desaparecidos, sino que se trata de bebés, nacidos entre 1964 y 1983, que fueron entregados de manera ilegítima por un grupo de médicos y parteras de General Pico, una de las principales ciudades pampeanas. A través del texto, la cronista reconstruye la búsqueda de estas personas y su camino hacia la justicia. Una de las historias que cuenta es la de Andrea Langhoff :

Andrea Langhoff se crió en la ciudad de Glew. De niña creyó el cuento de que había nacido en Pico de casualidad, justo estaban visitando familiares. A los 5 empezó a intuir la mentira. Su padre de crianza era descendiente de alemanes, su madre de crianza blanquísima, rubia: ella tiene la tez trigueña, el pelo oscuro. Después se dio cuenta de que no había fotos del embarazo.

Una mañana a finales de agosto llegó un primo mayor de visita. Andrea se alegró, pensó que estaba ahí por ella, faltaba poco para su cumpleaños, ya casi tenía 7 años. Después de cenar la mandaron a dormir y cerraron la puerta del living.

En puntas de pie llegó hasta la puerta, se arrodilló. Se atrincheró.

- Dale tío, andá a buscarlo, es un varón, así tenés la parejita.

- No me rompas los quinotos, no quiero otro.

- Pero viste con Andrea... nadie la reclamó.

No sabe cómo volvió a la cama. Pensó que no podía existir algo peor que descubrir de ese modo que era adoptada. Más adelante sabría que era una niña apropiada.

En este fragmento, además de los cambios antes mencionados, se evidencia un claro intento, por parte de la cronista, de proponer una nueva mirada sobre el tema, diferente a la que circula por otros medios. Es decir, busca habilitar otras y nuevas

versiones sobre esa misma realidad. En este caso, la autora realiza un análisis de la situación en clave de género y clase:

De acuerdo a su investigación se estima que muchos de los bebés recién nacidos que fueron entregados eran hijos e hijas de mujeres con un perfil parecido: jóvenes, incluso niñas, pobres, en algunos casos analfabetas, muchas traídas de localidades vecinas, de pueblos de hacheros como La Maruja, donde estaban de tránsito. Todas ellas sin ningún poder de decisión sobre sus propios cuerpos.

Algunos testimonios cuentan que las parteras tenían casas donde recibían a esas jóvenes en sus primeros meses de embarazo, allí las ocultaban y asistían hasta el momento del parto, para luego cada quien seguir con su vida como si no hubiese pasado nada. (...).

También hubo casos de familias que pretendían ocultar situaciones de abuso o evitar la vergüenza social de tener una hija adolescente embarazada. Eran los abuelos o abuelas las que acordaban la entrega de sus nietos.

Nuevas miradas, lugares desde donde mirar y narrar al mundo social, miradas etnocéntricas o miradas que recuperen las experiencias de los sujetos, la mirada se repite como algo ineludible. Según Waldo Cebrero, “hay ciertos conceptos que la crónica cree que le son propios pero en realidad provienen de la etnografía, uno de ellos es la mirada”.

En términos etnográficos, la mirada se caracteriza por ser reflexiva y buscar identificar y resaltar lo relevante entre la multiplicidad de cosas que suceden. Es decir, tiene el efecto de visibilizar cosas que en su aparente obviedad o trivialidad pasan desapercibidas, que no son vistas a pesar de estar a la vista de todos todo el tiempo (Restrepo, 2018). Debido a sus características, se presenta como una herramienta fundamental para la aprehensión de los fenómenos sociales.

El trabajo de los cronistas también requiere utilizar la mirada con mucha intensidad. Para Nicolás Adet Larcher “un buen cronista es aquel que sabe ejercitar la mirada”, ya que, según él, es esta la que termina dándole profundidad y densidad a la crónica.

Dada la importancia que tiene en el trabajo de los cronistas, a menudo debaten qué es mirar, qué hay que mirar y cómo hay que mirar. Al respecto, Martín Caparrós (en Palau Sampio, 2013) señala que la crónica es “una mezcla, en proporciones tornadizas, de mirada y escritura” (p.99). Explica que, frente al ver instintivo y mecánico, el mirar

implica voluntad; y lo define como la búsqueda, la actitud consciente de tratar de aprehender y aprender lo que hay alrededor. Para el cronista, la observación no es ociosa, porque la crónica, entendida en su dimensión narrativa, es también una forma de conocimiento.

Esta noción de la mirada voluntaria, consciente y activa, capaz de reconocer lo relevante entre la multiplicidad de cosas que se les presentan en el campo se vincula, de cierto modo, con el asombro. En este sentido, para Laura Córdoba, una de las cosas más importantes que le puede aportar la etnografía a la crónica es la capacidad de asombro y la virtud de no perderlo con el paso del tiempo.

Algo similar a la capacidad de asombro plantea Caparrós (en Ortiz, 2016) cuando habla de la “actitud de cazador” que debe mantener el cronista. Para él, existe una superstición o falsa creencia de que no hay nada que ver en lo que uno ve todo el tiempo y que, por lo tanto, el desafío es aprender a mirar de nuevo aquello que ya creemos saber cómo es. Cuenta que lo interesante de una crónica es la idea de enfrentarse a lo evidente y hacerlo visible, es decir, narrar algo que todo el mundo ve todos los días.

Otra característica central de la mirada es que siempre lleva implicada cierta subjetividad. La investigadora en periodismo narrativo María Angulo Egea (2013) establece que no hay otra mirada más que la mirada consciente y ésta no puede dejar de ser subjetiva. Para ella, la visión que tienen los cronistas siempre es “un retazo, un fotograma, un frame” (p.8).

Desde la etnografía también explican esta subjetividad implicada en la mirada. Roberto Cardoso de Oliveira (1996), antropólogo brasileiro, considera fundamental entender que el objeto sobre el cual los etnógrafos dirigen la mirada ya fue previamente alterado por el propio modo de mirarlo. Es decir, sea cual fuere ese objeto, no escapa de ser aprehendido por el esquema conceptual de la disciplina formadora de su forma de ver la realidad. Ilustra que esta mirada funciona como un prisma por medio del cual la realidad observada sufre un proceso de refracción. Entonces, se trata de reconocer que la mirada se presenta sensibilizada por la teoría y, al mismo tiempo, entender que cuando se mira un objeto este ya fue parcialmente construido por el investigador.

A su vez, esta subjetividad implicada en el mirada tiene que ver con uno de los desplazamientos antes mencionados, en el sentido de que tanto la crónica como la etnografía se alejan del imperativo de “exterioridad” en la forma de conocer y, en su lugar, se apoyan en el involucramiento como una vía de comprensión de las realidades que estudian o investigan. A lo largo del análisis vamos a ver que existe una constante

recursividad entre enfoque, método y texto, por lo tanto retomaremos esta cuestión en el apartado dedicado a la técnica de observación participante, donde se propone al subjetivismo y al dejarse afectar como estrategias metodológicas.

Retomando el ejemplo de *¿Alguna vez encontraré a mi mamá?*, de Ángeles Alemándi podemos observar que el intento de proponer una nueva mirada tiene que ver con la dimensión política de la crónica, ya que la cronista retrata una realidad por muchos años silenciada y ausente en los medios de comunicación convencionales o hegemónicos. En relación con esto, Rossana Reguillo (2007) plantea:

La crónica, sin resolver la cuestión del acceso a un lugar legítimo de enunciación, fisura el monopolio de la voz única para romper el silencio de personas, situaciones, espacios, normalmente condenados a la oscuridad del silencio. Esto no significa que la crónica aspire a ser “médium” de los excluidos de la palabra, es decir, no se trata de “traer” lo periférico a un lenguaje normalizado, sino, en todo caso, de volver visible lo que suele quedar oculto en la narración. (p.46).

A su vez, la investigadora considera que lo irruptivo de la crónica no reside en su enfrentamiento a un discurso lineal y dominante, sino que está en su operar otras formas de escucha (Reguillo, 2007). O sea, como expusimos anteriormente, la crónica relata desde otros puntos de vista los mismos acontecimientos.

Reguillo (2007) también agrega que la crónica no se presenta como un género inocente, una escritura “neutra”. Por el contrario, aspira a representar lo no representado y lo no representable. Y quizás es aquí donde encontramos una gran cercanía con la etnografía y la noción de documentar lo no-documentado de Rockwell (2009).

En relación con esto, Magdalena Doyle plantea que existen ejemplos de crónicas que recuperan el enfoque etnográfico al hacer un esfuerzo por visibilizar cuestiones que habitualmente la propia práctica periodística invisibiliza respecto a otras visiones, sentidos, prácticas, actores o miradas sobre un hecho o acontecimiento. Y menciona como ejemplo de esto a Cristian Alarcón.

Alarcón, en sus crónicas *Cuando me muera quiero que me toquen cumbia* (2015a) –sobre la vida y la muerte de un santo popular de los “pibes chorros”, el “Frente” Vital– y *Si me querés, quereme transa* (2012b) –acerca del mundo de los narcotraficantes peruanos en una villa porteña–, muestra interés o preocupación por narrar la historia de los excluidos y silenciados, en estos casos de “los pibes chorros” y “los transas y narcos”.

En el caso particular de *Si me querés, quereme transa*, se aleja de la crónica de denuncia y elabora un relato que aborda los vínculos, los modos de vida e incluso los sentimientos de los narcos. No se basa solo en lo que hacen, sino principalmente en el significado que adquiere para ellos aquello que hacen. Es decir, ver qué sueños, expectativas, sentires y pensares hay detrás de sus prácticas. Esa exploración no se limita a recuperar las miradas de los protagonistas, sino que el cronista refuerza su apuesta incluyendo explícitamente sus voces en el relato. Por esta razón, dentro de la misma crónica podemos encontrar fragmentos donde les cede la voz narrativa (abandonando su yo narrador) e, incluso, es la voz de esos protagonistas la que titula ambas crónicas citadas.

A modo de ejemplo, en las primeras páginas Alarcón (2012b) cede la voz narrativa a Alcira –una de sus testigos centrales– para que cuente en primera persona su historia personal y cómo se introdujo en el mundo narco:

Apenas nos juntamos tuvimos un hijo. Le pusimos Damián: los ojos míos, achinados; la cara de él. A los dieciocho años, con un hijo de dos en los brazos, era la viuda de un traficante. Mi suegra, mis cuñados, el resto de la familia, me habían ocultado todo por mi propia “seguridad”, me dijeron. Cuando supe la verdad, los días y las noches se me vinieron encima. Entendí todo, pero de repente. (...). Yo me sentía como el cuento que me habían contado de chica, el de Alicia en el país de las maravillas. Fui una estúpida. Fui una imbécil. Y él fue bueno, a pesar de todo. Me anotó en la nocturna para que estudiara, para que fuera alguien más allá de él, decía. Me trataba como debía ser, como alguien inteligente. Hasta él nunca antes había hecho muchas cosas más que fregar y cocinar para mi mamá, una boliviana de Potosí, muy bruta, buena mujer, pero que creía que todo se arreglaba con un garrote. Él fue el primero en organizarme una fiesta de cumpleaños: antes de eso yo no sabía lo que era un festejo. (pp. 17-18)

Cabe destacar que el cronista utiliza este recurso con otros testigos, como son Teodoro y Jerry.

En esta apuesta de incorporar las voces de los protagonistas vemos otra cercanía con el enfoque etnográfico, particularmente, en el sentido que Balbi (2012) habla de la importancia de recuperar las perspectivas nativas e integrarlas dinámicamente a las descripciones analíticas que los etnógrafos realizan. En este caso, Cristian Alarcón narra

el mundo narco a través de una crónica que se centra en la perspectiva de esos mismos narcos y, al mismo tiempo, logra incorporarlas en su narración. Sin embargo, debido a su participación en la narración (yo, primera persona) queda en evidencia que no se trata simplemente de narrar ese mundo desde el punto de vista nativo, sino que constituye una interpretación elaborada por él a partir de sus entrevistas y observaciones a lo largo del tiempo y de cierta indagación documental que pueda haber realizado. No obstante, eso no quita que la crónica constituya una representación coherente de lo que piensan y dicen los narcos.

En este sentido, Julieta Quirós plantea que existen varios parentescos entre la crónica y la etnografía en relación con la forma de conocer y documentar la vida social. Tanto el etnógrafo como el cronista documentan y narran los hechos de la vida social de los que son testigos. Sostiene que en ambos casos hay un sujeto cognoscente y narrador que es partícipe de aquello que documenta.

Para la antropóloga otra similitud es que, tanto en la lectura de crónicas como de etnografías, se pueden encontrar “fragmentos de la vida social”; es decir, la vida social en su propio discurrir. Y agrega que ambas acceden a estos fragmentos a través de conversaciones con las personas, la observación o el acompañamiento de aquello que hacen o ciertos sucesos acontecen.

Magdalena Doyle, por su parte, menciona que una de las pautas epistemológicas más importantes que puede aportar la etnografía a la crónica es que los conocimientos se construyen en diálogo con el otro, en el contacto del universo de sentido del cronista o investigador y el universo de sentido de aquellos que son parte del campo. A nuestro entender, consideramos esta idea central para pensar no solo los cruces entre ambas, sino también para reflexionar sobre la práctica de los cronistas. De algún modo, esta noción de construir conocimientos en diálogo con los otros contiene a todas las desarrolladas anteriormente sobre la mirada, la inclusión de perspectivas nativas y la dimensión política.

A propósito de estos cruces entre crónica y etnografía, José María Bompadre explica que “el periodismo en cualquiera de sus géneros no es ni será etnografía”, en el sentido de que difieren en alcance, objetivos y destinatarios. No obstante, aclara que esto no significa que no puede recuperar al enfoque etnográfico para interpelar su práctica. Para él hay géneros que pueden dialogar más fecundamente con la etnografía y, uno de ellos, es la crónica. Esta última, al ser de corte interpretativo-investigativo, sí puede tomar

herramientas de este enfoque para repensar las formas de vinculación y articulación con los sujetos, así como también al producto comunicacional.

Sobre este tema, el antropólogo se pregunta “por qué los géneros periodísticos no pueden romper las barreras que los separan de otras cosas”, es decir, por qué no pueden desafiar. Explica que desafiar no quiere decir que estallen y no hablemos más de crónica, por ejemplo. Sino que hace referencia a que pueden ser interpretados desde otras lógicas, que aporten nuevas formas de recoger la información, de dar cuenta de determinados sentires y pensares de la realidad, al mismo tiempo que un lugar desde donde interpelar políticamente la práctica de los cronistas.

A través del análisis vemos que a lo largo de los años la crónica fue cambiando y ajustándose al contexto social e histórico en el cual se inserta. Estos cambios no son ajenos a los que experimentaron o experimentan algunas disciplinas, como es el caso la antropología y, específicamente, la etnografía.

Entonces, recapitulando, observamos que la crónica y la etnografía se asemejan en la forma que tienen de conocer y documentar al mundo social, basada en la premisa de que los conocimientos se construyen en el diálogo con los otros presentes en el campo. Para ello, cronistas y etnógrafos se valen de una mirada voluntaria, activa, capaz de reconocer lo relevante entre la multiplicidad de cosas que les se presentan. Mirada que, a la vez, pone en jaque la idea de los investigadores como “descubridores de territorios extraños” y, en su lugar, propone una mirada que implica subjetividad, es decir, se aleja del imperativo de exterioridad y plantea al involucramiento como formas centrales de aprehensión y conocimiento de ese mundo social. A su vez, este modo de conocer tiene una clara dimensión política ya que opera otras formas de escucha y propone nuevas maneras de mirar aquello que se ve todos los días y, principalmente, lo realiza a través de la incorporación de la perspectiva de los protagonistas de los hechos, acontecimientos o situaciones investigadas.

En este sentido, consideramos que los presupuestos centrales del enfoque etnográfico pueden enriquecer a la crónica, debido a que ofrecen herramientas para profundizar y problematizar esta forma de conocer y narrar al mundo social. Además, permite reflexionar sobre la práctica de los cronistas al brindar elementos para pensar quiénes son esos otros sobre los que escriben y cómo hacer para dar lugar a otras perspectivas y sentires, es decir cómo habilitar otros mundos diversos. Para ello, aporta a los cronistas conocimientos acerca de cómo interrogar al mundo social.

Por esta razón, es interesante comenzar a pensar qué de las pautas metodológicas de la etnografía es importante retomar para repensar el trabajo de los cronistas. Y aquí es donde entra en juego el método etnográfico. Tal como explicamos en capítulos anteriores, el trabajo de campo etnográfico –para lograr una profunda comprensión de la vida social y construir conocimiento integrando las perspectivas nativas– apela a un método que consiste en convivir con las personas y establecer relaciones sociales. Es decir, utiliza a la sociabilidad y la propia subjetividad del investigador como herramienta de conocimiento (Quirós, 2014). A continuación desarrollaremos este aspecto.

2. El trabajo de campo: pautas metodológicas para pensar la práctica de las y los cronistas

Una vez elegido el tema de la crónica comienza la fase de investigación, que Alberto Salcedo Ramos (2011) denomina trabajo de campo. Juan José Hoyos (2007) lo describe así:

Ir hasta el lugar, con el corazón y la mente abiertos, mirando el mundo y la vida como si los viera por primera vez. Con inocencia. Convencido de que esa historia pasaba ante mis ojos una vez nada más. Permanecer en el lugar al menos un amanecer y un anochecer. Porque el tiempo es el único que le da a uno la perspectiva de las cosas. Sin un sentido agudo de lo que llaman la larga duración, las narraciones son demasiado pobres. Acompañar a la gente en su vida diaria. No juzgarla. Comprender que el otro es otro, que no tiene que ser igual a mí, que mis valores no tienen que ser los suyos. Jamás cederle ni siquiera un ápice a cualquier asomo de arrogancia: nadie que considere inferior a otro ser humano puede comprender su mundo interior y contar su historia. Conversar en vez de entrevistar. Escuchar, en vez de hacer preguntas. Callarse la boca. No husmear. No entrometerse. Respetar a los otros. Tener los ojos muy abiertos, para ver; los oídos, para oír; la piel, para sentir; la nariz, para oler; los otros siete sentidos que dicen que tenemos para tratar de percibir el resto de las cosas. En general, permanecer en estado de alerta con todos los sentidos, incluidos el olfato y el tacto, porque sin impresiones no se perciben los detalles y no hay memoria. (p.182).

Ir al campo con la mente abierta, permanecer el tiempo suficiente para lograr comprender la realidad que van a narrar, escuchar a los otros sin juzgarlos son algunas de las características del trabajo de campo de los cronistas que surgen de esta cita. Características que, de alguna manera, lo acercan al trabajo de campo realizado por los etnógrafos. Existe un parentesco basado en la intención de participar, acompañar y ser testigos de fragmentos de la vida social en su propio discurrir.

Por este motivo, Magdalena Doyle plantea que la etnografía ofrece una serie de pautas metodológicas, acerca de cómo indagar un determinado tema y cómo desarrollar un trabajo de campo, que sería útil recuperar en algunas investigaciones periodísticas, en este caso las crónicas.

Entonces, para explorar este tema, basaremos nuestro análisis en cuatro puntos centrales: la noción de reflexividad, el tiempo implicado en las investigaciones y las técnicas de observación y entrevista.

2.1 Poner entre paréntesis los propios valores sociales y culturales: la reflexividad

En el capítulo abocado a definir la etnografía mencionamos que su objeto de estudio es la reflexividad de la población que estudia el investigador. Para poder realizar el tránsito desde la reflexividad propia del investigador hacia la reflexividad de sus interlocutores, el etnógrafo se vale del trabajo de campo. Es decir, “estar allí” le permite confrontar los distintos modelos políticos, sociales, culturales e incluso teóricos. Pero bien, ¿qué puede aportar este concepto a la práctica de los cronistas? Lo cierto es que mucho.

Para poder construir conocimientos en diálogo con los otros, es decir, para poder captar y narrar la “otredad”, Kapuscinski (en Hoyos, 2007) sostiene que es necesario que los cronistas cuenten con plena disposición y capacidad de desconectarse de su propio mundo. Si nos preguntamos qué significa esto, encontramos una cercanía a la reflexividad en tanto propone un pasaje similar que habilite a esos otros mundos.

En este sentido, Magdalena Doyle señala que la reflexividad es una herramienta sumamente importante para pensar la práctica de los cronistas, ya que consiste en poner entre paréntesis sus propios prejuicios de clase, su lugar y trayectoria. En otras palabras, permite al cronista ser consciente de sus propios

universos de sentidos para no imprimirlos en la visión de los otros sobre los que investiga, o sea, que no asuma que los otros piensan y entienden las cosas como él. La reflexividad, al habilitar el contacto con otros universos de sentidos diferentes, evita que el investigador sesgue aquello que encuentra en el campo.

No obstante, la antropóloga plantea que no todos los cronistas logran poner en juego la reflexividad en sus trabajos e investigaciones. Hay algunos que sí movilizan ciertas reflexiones sobre su propio lugar en cuanto testigos observadores y/o partícipes, y otros que no.

Si bien no se refieren explícitamente a la reflexividad, entre los cronistas se dan ciertos debates que apuntan a un objetivo similar: cuestionarse a sí mismos. Angulo Egea (2013) explica que los cronistas desde el inicio de sus investigaciones intentan decir:

Éste soy yo, mirando, con mis obsesiones, mis prejuicios, mis limitaciones, mi identidad, mi sexualidad y escojo esta parcela que acoto conscientemente porque sé que es la única forma que tengo de llegar a vislumbrar algo de verdad, el único medio de interpretar con cierta propiedad esta realidad. (p. 13)

Sobre este tema, Roberto Herrscher (2016) plantea que “antes de empezar a conocer o contar quiénes son los otros tengo que saber quién soy yo. Pero los periodistas no tenemos ni tiempo, ni ganas, ni la humildad necesaria para preguntarnos quiénes somos y desde dónde contamos el mundo” (p. 20).

Por este motivo, la noción de reflexividad se presenta como una herramienta capaz de echar luz sobre este tema. Como enseña la etnografía, para que los cronistas puedan narrar y describir aquello que investigan y, principalmente, lo hagan tomando en cuenta la perspectiva de los sujetos que protagonizan esos hechos, es fundamental que sometan a una continua vigilancia a las tres dimensiones de la reflexividad que están permanentemente en juego en el trabajo de campo. En este caso, las tres reflexividades que entran en juego en la crónica quedarían reformuladas de la siguiente manera:

- La reflexividad del cronista en tanto miembro de una determinada sociedad o cultura.

- La reflexividad del cronista en tanto periodista, con su habitus disciplinario, su perspectiva teórica y su vínculo con determinados medios de comunicación y/o periodistas.
- La reflexividad de los sujetos o población sobre los cuales escribe la crónica.

Esta vigilancia no significa que el cronista deba despojarse de sus valores culturales y sociales que lo constituyen como sujeto social, al contrario, implica que los reconozca y sea consciente de ellos. Al reconocerlos, debe estar dispuesto a controlar de qué manera esos valores limitan su capacidad de comprensión, es decir, qué alcance y efectos tienen en su trabajo, así como también analizar si su presencia en el campo interfiere y condiciona la información que se obtiene. Así, la importancia de la reflexividad reside en tener en cuenta las propias valoraciones vinculadas a sus trayectorias, sus saberes y no sesgar lo que preguntan, lo que observan, lo que revelan a partir de su trabajo de campo.

En este ejercicio, también es fundamental que los investigadores reconozcan la reflexividad de las personas que estudian. Los antropólogos Alejandro Grimson y Javier Auyero (1997) mencionan que esto les permite conocer los modos en que los imaginan y, al mismo tiempo, comprender las relaciones que establecen con ellos. Señalan que es imprescindible analizar y entender cuál es el sentido práctico que los interlocutores otorgan al rol de los antropólogos y, por lo tanto, comprender de qué manera los construyen. Es decir, proponen utilizar a la reflexividad como una herramienta de conocimiento.

Si bien resultaría interesante hacer extensivo a toda la práctica periodística este vínculo con la reflexividad, el tiempo se presenta como un obstáculo. Una de las premisas centrales de la etnografía es el desarrollo de un trabajo de campo sostenido durante un tiempo prolongado, solo de este modo se logra ese pasaje entre una reflexividad y otra. La crónica narrativa, al presentarse como un género que conlleva un largo período de investigación, consideramos que habilita este tipo de reflexiones.

2.2 “Pacienciar” las historias: el tiempo

Retomando el punto anterior, si consideramos que la crónica puede recuperar ciertas pautas metodológicas que propone la etnografía, es clave pensar en el tiempo. El trabajo de campo etnográfico no puede agotarse en un solo encuentro, sino que el

investigador debe establecer y mantener un vínculo con los sujetos. El énfasis en la duración se fundamenta en la densidad y profundidad de las relaciones interpersonales, que constituyen el medio para llegar a las interpretaciones. De este modo, el hecho de que la crónica se presente como un género que desafía los tiempos de la prensa y va más allá de la inmediatez nos permite pensar cruces con el método etnográfico.

Entre los cronistas es frecuente la discusión acerca del tiempo que conlleva la elaboración de las crónicas. Por lo general, hacen fuerte hincapié en que la duración del trabajo de campo es clave para realizar trabajos de calidad. Solo de esta forma es posible profundizar en diversos hechos o acontecimientos, explorar sus causas y consecuencias y contextualizarlos. Al respecto, Juan José Hoyos (2007) plantea:

La paciencia es lo único que permite la inmersión en el tema y en la historia. Y no se puede escribir ni la primera línea de una historia sin saberlo todo, o por lo menos sin haberlo intentado. Con razón dice el periodista Germán Castro Caycedo que el principal verbo que debe aprender a conjugar un periodista dedicado a escribir crónicas o reportajes es pacienciar. En el periodismo, las historias hay que pacienciarlas. La velocidad no solo nos impide ver lo que pasa. Pienso que tampoco nos deja entendernos a nosotros mismos, ni a nuestro entorno, ni siquiera a nuestro oficio. La velocidad marea y no deja pensar. La velocidad no permite que alcancemos a escuchar a nadie. La velocidad nos convierte en esclavos de la agenda noticiosa que nos impone cada día la gente que fabrica esas agendas. (p.182).

En esta misma línea, Cristian Alarcón (en Bourgois y Alarcón, 2010) destaca que los cronistas deben tener la voluntad suficiente para trabajar todo el tiempo que sea necesario para escuchar a sus interlocutores hasta el más mínimo detalle. Explica que el único límite que no pueden vulnerar cuando hablan de esos “otros” es su dignidad, hay algo del orden de entenderlos profundamente que tiene que ver precisamente con la dignidad. Es decir, que deben ser leídos en su complejidad y para ello es necesario que se establezcan relaciones a lo largo del tiempo.

No obstante, el tiempo de investigación de las crónicas es sumamente variable. Para Sol Aliverti esta variación depende de la relación que se produzca con el “otro”, ya que en la crónica ese trabajo con “los otros” es el factor principal y siempre es contingente. Explica que “uno no puede suponer cuánto va a tardar el otro en contarte lo que te tiene que contar o cuándo van a surgir las cosas jugosas de una historia”. Por

este motivo, plantea que hay historias que se desarrollan muy rápido y muestran enseguida lo que tienen para dar, mientras que otras no.

A raíz de esta contingencia, la cronista expresa que lo ideal es no tener una fecha de publicación:

Yo por lo general ofrezco y publico las historias cuando ya están terminadas, cosa de que a mí no me influya el tiempo del otro. Por supuesto está el riesgo que me digan no, no me interesa; y uno ya invirtió el tiempo, el dinero, todo. Pero si uno se toma el trabajo en serio, la verdad que es una buena manera de decir: mirá tengo esto, ¿te interesa para publicar? Y cuando uno va con el proceso tan asimilado, por lo general sí terminan publicando esas historias.

Por su parte, Pedro Noli plantea que cada crónica tiene su tiempo. Para él existe un concepto llamado *completud* que ayuda a entender cuál es el volumen que puede alcanzar una historia. En otras palabras, cada crónica tiene un volumen en sí misma, que determina la cantidad de información necesaria y el tiempo de investigación requerido. A modo de ejemplo postula que no es lo mismo investigar la historia completa del Pozo de Vargas –construcción subterránea utilizada por la última dictadura militar como sitio de inhumación clandestina– que la vida del Payaso Tapalín, un personaje pintoresco de Tucumán. Para narrar la primera historia y poder contar qué pasó, quiénes y cómo la descubrieron, quiénes son las personas que fueron enterradas ahí, cómo fue todo el proceso, se necesita mucha investigación. Explica que es una historia muy amplia y, posiblemente, su medida es de un libro; contrariamente a lo que sucede con la historia del payaso Tapalín que tiene otra dimensión, la de una crónica más breve.

Ahora bien, aunque la etnografía y la crónica operan en el tiempo –es decir, a mayor tiempo, mayor densidad adquiere la historia– esto no es garantía. Según José María Bompadre, la pregunta central que deben hacerse cronistas y etnógrafos es: ese tiempo que invertí en vincularme con los otros, ¿es necesario para desentrañar todas las complejidades que hay detrás de todos esos sujetos? Esta pregunta deja entrever que no sirve de nada permanecer un tiempo prolongado en el campo si en ese tiempo no se logró establecer relaciones con los sujetos sobre los que se investiga, no se pusieron en juego la reflexividad y otros aspectos que propone la etnografía como enfoque.

Por su parte, Julieta Quirós plantea que la temporalidad marca una diferencia fundamental entre la crónica y la etnografía. Explica que existe una profundidad del método etnográfico –expresada en la duración del trabajo de campo– que permite acceder a niveles de intimidad social más profundos que los que puede alcanzar un cronista. Para la investigadora, lo que caracteriza al trabajo de campo etnográfico es el tiempo prolongado de convivencia, de participación y acompañamiento de los procesos sociales que estudian; y eso tiene resultados muy distintos en la producción de conocimiento. Agrega que, a pesar de que la crónica pueda ser resultado de una investigación duradera, se parece más a una foto, tiene una cierta sincronía, es un momento. En cambio, la investigación etnográfica es muy distinta, implica construir otro tipo de relación con los protagonistas.

Entonces, para la antropóloga, esta diferencia en la temporalidad de las crónicas y la etnografía implica una diferencia en la profundidad. Es decir, la etnografía produce conocimientos que alcanzan capas menos visibles de la vida social. En esta misma línea, Sol Aliverti define a la crónica como una “etnografía a presión”, en el sentido de que los cronistas –si bien manejan las mismas herramientas que el método etnográfico– disponen de otros tiempos y también de otros fines, por lo tanto, los resultados son trabajos menos profundos, pero no menos ricos o interesantes.

Si bien compartimos este planteamiento, partimos de la base de que una crónica jamás será una etnografía y, por lo tanto, estas diferencias no nos impiden pensar que las crónicas tengan cierta inscripción en el enfoque etnográfico y sus pautas metodológicas. No obstante, es oportuno recordar que en este trabajo no nos referimos a aquellas crónicas que son resultado de un mero encuentro, debido a que quedan sumamente reducidas y corren el riesgo de no desentrañar lo que hay detrás de los acontecimientos o hechos.

2.3 La pregunta como herramienta de trabajo: la entrevista

Según cuenta Waldo Cebrero, “la pregunta es la principal herramienta de trabajo de la crónica”. Como consecuencia, podríamos establecer que la entrevista es una de las técnicas de recolección de datos más utilizadas por los cronistas. No obstante, Patricia Nieto (2007) plantea que, si bien en los manuales de periodismo y de metodología hay abundantes capítulos sobre cómo entrevistar, la mayoría solo explican cómo elegir al entrevistado y hasta la manera de vestirse para los encuentros; pero pocos libros dedican

un apartado a enseñar cómo preguntar y escuchar. Dada la centralidad e importancia de esta técnica para los cronistas y en función de los cruces ya establecidos entre crónica y etnografía, consideramos que el método etnográfico puede brindar herramientas para repensar los modos de realizar las entrevistas.

En este sentido, José María Bompadre piensa que uno de los principales aportes que puede hacer la etnografía al periodismo –en este caso a la crónica– es la manera de plantear las preguntas. Es decir, la forma de elaborar “preguntas antropológicas” que le permitan a los cronistas desentrañar la trama que persiguen desentrañar, ya que este tipo de interrogantes busca indagar sobre los sentidos que les asignan las personas o grupos sociales a determinadas categorías, hechos o acontecimientos. Explica que, en sí, lo que pretende la pregunta antropológica es desarmar lo que Guber denomina “el universo sociocultural del otro”.

De cierto modo, en base a las respuestas de las entrevistas realizadas a los cronistas, podemos ver que existe un intento por desarrollar formas de entrevistar que les permitan acercarse a aquello que está detrás de los hechos o acontecimientos que narran y conocer qué significados le otorgan las personas a esos mismos hechos.

Uno de estos esfuerzos tiene que ver con la tendencia a evitar las preguntas preestablecidas. Los cronistas coinciden en que no es recomendable planificar las preguntas con anterioridad. Sin embargo, Waldo Cebrero aclara que sí es importante estudiar antes el tema y el o los personajes sobre los que va a versar la crónica.

Por su parte, Sol Aliverti sí elabora con anterioridad algunas preguntas puntuales de cuestiones que sí o sí necesita saber y luego deja que la conversación “vaya donde tenga que ir”. Explica que en los silencios, en las cosas no dichas o en alguna información que no tenía en cuenta puede encontrar una nueva punta para contar una historia. Por este motivo, plantea que si los cronistas van muy estructurados a los encuentros no permiten que “la cuestión dinámica de la entrevista se desenvuelva”. Para ella, la riqueza de la crónica es que la información más importante la brinda el otro a medida que la conversación se va abriendo: “Es un trabajo donde siempre te maravillas, porque el otro siempre te da más de lo que esperas”.

En este punto, notamos un acercamiento a lo que propone la entrevista etnográfica o no directiva con respecto a los cuestionarios o preguntas no preestablecidas. Tanto para el trabajo de los cronistas como para el de los etnógrafos es fundamental permitir que en las conversaciones surjan aquellos temas, ideas y conceptos más significativos para el entrevistado. Creemos que a esto apuntan las recomendaciones de Patricia Nieto (2007)

sobre la importancia de que los cronistas sean maestros en el arte de escuchar y preguntar, en el sentido de lograr profundidad en las entrevistas, poder reconocer los temas importantes para quien habla y saber leer entre líneas el discurso del entrevistado.

Al mismo tiempo, consideramos que estas recomendaciones pueden complementarse y profundizarse recuperando los tres procedimientos que propone Guber (2011) –atención flotante, asociación libre y categorización diferida– para lograr acceder al universo sociocultural del otro. Recuperar estas tres categorías permitiría a los cronistas agudizar estas ideas que ya vienen trabajando, es decir, habilitaría reflexiones sobre cómo no privilegiar ningún punto del discurso, reconocer que sus propias pautas de categorización no son las únicas posibles, no imponer sus marcos interpretativos y poder introducir temas y conceptos desde la perspectiva de los entrevistados.

La forma de concebir las entrevistas en el tiempo es otra característica que trabajan los cronistas. Es decir, estas implican el seguimiento de los entrevistados a lo largo del tiempo y no se reducen a la idea de ir, mirar, preguntar, volver, contar. Existe una preocupación por construir una relación con los entrevistados e ir tejiéndola en el tiempo. Para ello, utilizan diversas estrategias. Por ejemplo, para Waldo Cebrero lo primero es ir al lugar, hacer una “entrevista a trazo grueso”, de carácter más abierta, para luego escucharla, tomar nota y ver por qué otros motivos debería volver al campo. O sea, propone acercarse de a poco al tema y a los entrevistados, mediante entrevistas que podríamos denominar “preliminares”.

Algo similar plantea Sol Aliverti cuando describe a la entrevista en la crónica como gradual. Para ella la entrevista constituye un momento incómodo, donde un extraño hace preguntas; pero no solo es incómodo para el entrevistado, sino también para el cronista porque sabe que se está entrometiendo en la vida de alguien. Por este motivo, establece que el acercamiento debe realizarse de un modo gradual: “Primero un acercamiento donde uno le cuenta al otro lo que quiere hacer y así va de a poco ganando confianza, porque es un trabajo humano, de empatía”. Explica que el proceso de la entrevista es paulatino hasta que se logra generar un vínculo con el entrevistado, no de amistad, pero sí de confianza para que la persona o la historia se vayan abriendo. Por esta razón, menciona que las entrevistas elaboradas por los cronistas de ninguna manera pueden ser las que hace un notero de dos o tres preguntas.

Asimismo, para Pedro Noli, en la crónica, “las entrevistas son largas, eternas”, comienzan en el primer contacto con el entrevistado y finalizan cuando lo ven por última vez, sin importar cuántas veces lo vean en el medio. Para él, las entrevistas no solo

transcurren en el momento en que se está grabando, porque plantea que “no es muy efectivo sentarse en una mesa y decir: grabamos, terminamos de grabar, se acabó”. Entonces, para este cronista, la entrevista comienza en el momento en que aclara a los entrevistados que todo lo que digan y hagan entra dentro de sus observaciones y es susceptible de ser publicado, excepto que la persona entrevistada determine lo contrario. Piensa que esta forma de encarar las entrevistas le permite sortear la rigidez propia de las mismas y, al mismo tiempo, que las personas estén más sueltas y transcurra de forma más natural. De este modo, evita que las personas se “pongan en su rol o papel frente al periodista cuando pone rec”. Al respecto, el cronista cuenta la siguiente anécdota:

Yo entrevisté una vez al payaso Tapalín de acá de Tucumán. Es el estereotipo del payaso que se muere solo, pobre, abandonado y le inventan cosas. A este le empezaron a inventar que raptaba niños, todas esas cosas que hay en los morbos sociales. Entonces empecé a hablar con él y lo llamé por teléfono. Salta el contestador automático, entonces le dejo un mensaje: "Tapa, soy Pedro, quisiera entrevistarte...". Después me llama por teléfono y me dice: "Hola, ¿alguien quiere hablar con Tapalín? Le digo: "sí, cómo te va?...". Empezamos a conversar un poco, le cuento que soy periodista y él estaba fascinado con la idea de la entrevista.

Inmediatamente en ese momento le digo que quisiera ir a su casa y me dice: "bueno tomate el 10 Barrio Los Plátanos y decile al colectivero que te baje en mi casa". Y yo le pregunté qué pasaba si el colectivero no conocía cuál es su casa y él me respondió que todos los colectiveros saben dónde es su casa. Entonces voy hasta la parada del colectivo, me subo y le explico al chófer que estaba yendo a la casa de Tapalín y que él me había dicho que le diga al chofer que me avise cuando llegemos a su casa, no me dijo la dirección, me dijo que esto iba a funcionar. Yo hice eso para probar si realmente era así. Porque si me llegaba a decir que no, estaba bien, porque habla del ego de Tapalín; y si me dice que sí, bueno confirmo algo.

Por un lado, mediante los testimonios observamos la importancia de realizar un seguimiento de los entrevistados a lo largo del tiempo para, así, desarrollar una relación basada en la confianza. Sobre este punto trabaja la etnografía y resulta interesante para la crónica recuperar algunos de sus postulados. Así, Julieta Quirós expone que una entrevista propiamente etnográfica es aquella que trabaja mucho en la relación con los

interlocutores de campo. En otras palabras, lo que permite que las entrevistas sean realmente etnográficas y que puedan realizarse valiéndose de la comunicación verbal como medio principal son las relaciones que se van tejiendo en el tiempo y el establecimiento de una relación de confianza entre el investigador y su interlocutor. Y, para lograr esto, es fundamental el tiempo.

A la vez, Quirós afirma que el tiempo es esencial para detectar y traspasar lo que Pierre Bourdieu denomina "discursos preconstruidos", portados y movilizados por los agentes del mundo social en determinadas situaciones, como pueden ser las entrevistas. Estos discursos son elaborados en función de las ideas que tienen los entrevistados sobre el entrevistador, sobre aquello que piensan que el investigador espera que sea dicho o sobre el retrato biográfico que quieren dar a una audiencia real o imaginaria donde esa entrevista iría a parar. Entonces, explica que es necesario conocer mucho sobre esas personas y el mundo social que se interroga para distinguir qué es un discurso preconstruido, qué imágenes se están proyectando o el entrevistado quiere proyectar sobre sí mismo y cuáles no, con qué estigmas o imágenes morales sobre sí mismo o sobre la población en la que se siente representado está dialogando implícitamente, cuáles son los no dichos de una entrevista. Todos estos aspectos se ponen en juego no solo a la hora de realizar la entrevista, sino también de interpretar, analizar y transformar en dato el material de una conversación. Para ello es esencial conocer en profundidad el mundo social interrogado.

Por otro lado, esta forma de concebir ampliamente las entrevistas, más allá del encuentro formal entre el entrevistador y el entrevistado, nos hace pensar en el contexto o lo que Guber (2011) llama la dinámica particular del encuentro. Como mencionamos en el capítulo sobre etnografía, la autora presta especial atención a la situación social específica del encuentro, donde se articulan lugar, personas, actividades y tiempo. Plantea que es muy importante poder desarrollar las entrevistas en ámbitos familiares para los informantes, pues sólo a partir de sus situaciones cotidianas y reales es posible descubrir el sentido de sus prácticas y verbalizaciones.

En la crónica también se le otorga una importancia central al contexto de las entrevistas. Sol Aliverti plantea que el mejor lugar para entrevistar es, por una cuestión narrativa, el terreno del entrevistado. Lo importante es que el cronista pueda conocer el ambiente que rodea a la persona. Y agrega:

Entonces no es lo mismo entrevistar a una persona en un bar, donde el ambiente no me dice nada de esa persona, que entrevistarlo en su lugar de

trabajo, en su casa que es lo ideal, eso siempre te da mucha más información. Lo que no dice esa persona te lo está diciendo su contexto.

Cercano a esta idea, Nicolás Adet Larcher también menciona que, siempre que se pueda, lo mejor es realizar las entrevistas en la casa de los entrevistados porque ahí los cronistas se encuentran con su mundo más íntimo y próximo. En el caso de que no se pueda o las personas no quieran ser entrevistadas en sus casas, explica que lo recomendable es que se trate de lugares que esa persona suele frecuentar. Al respecto cuenta:

Me ha tocado entrevistar a un senador nacional para hacer una nota. Él pasa gran parte de su tiempo afuera de su casa, en bares. Entonces he ido a hacerle las distintas entrevistas a los bares donde él se sentaba a tomar un café. Esos bares también eran lugares donde se reunía, al mismo tiempo, con otras personas y lo esperaban en distintas mesas. Entonces ahí ya tenía una escena que describe a la persona, te describe por lo menos una porción de ese personaje. Siempre trato de que sean lugares donde el entrevistado se sienta cómodo y que, al mismo tiempo, sean también parte de su entorno cotidiano.

Ahora bien, como señala Guber (2011), la entrevista también transcurre en un contexto ampliado, es decir, en el marco de ciertas relaciones políticas, económicas y culturales que engloban al entrevistador y al entrevistado. Esto se debe a que la entrevista consiste en una relación social y, por lo tanto, inevitablemente está atravesada por determinadas estructuras sociales que ejercen efectos sobre ella.

Para José María Bompadre, las entrevistas en las crónicas también se constituyen como una relación social. En consecuencia afirma que, al igual que en la entrevista etnográfica, los cronistas deben analizar cómo se posicionan frente a esas relaciones y deben tener presente que las condiciones y contextos de comunicación no siempre son simétricos. Los cronistas, de alguna manera, les otorgan un espacio, un papel o una posición a los otros y, por este motivo, es fundamental que reduzcan las asimetrías para poder recuperar esas otras prácticas y visiones del mundo.

A su vez, Bompadre agrega que los sujetos entrevistados también tienen sus propias representaciones acerca de los cronistas o etnógrafos y no siempre dicen todo, menos a *prima facie*. En ellos hay un comportamiento estratégico que activa determinados mecanismos de preservación. En esta misma línea, Julieta Quirós explica

que, al ser la entrevista una relación social, no solo se tiene que tener en claro qué lugar social ocupan el entrevistador y sus entrevistados, sino que además es esencial conocer cuáles son las ideas que unos proyectan sobre otros. Es decir, es necesario tener una noción de qué es aquello que una persona proyecta, piensa o presupone sobre lo que piensa la otra persona de ella.

Al respecto, Sol Aliverti cuenta que muchas veces le ocurrió que algunos entrevistados no quisieron contarle ciertas cosas importantes para sus crónicas. Y trae a la memoria una situación particular:

Recuerdo una vez que estaba haciendo una crónica sobre los cines porno de Córdoba y fui a hablar con uno de los dueños. Yo era más chica, tenía 23, una cara de nena, entonces cuando yo le preguntaba de las cosas que pasaban ahí adentro para que me cuente, él no me quería contar porque era chiquita y porque era mujer. Entonces hice todo un trabajo para tranquilizarlo a él de que podía contarme y de que podía abrirse a esa información porque esa era la información que yo necesitaba. Digo, también se juegan un montón de prejuicios y de supuestos sobre lo que se puede decir y sobre lo que no.

A través de este ejemplo podemos ver claramente cómo las entrevistas se ven afectadas por las representaciones que elaboran los entrevistados sobre los cronistas. En este caso, esa representación está mediada por concepciones etarias y de género. A la vez, esta relación podría complicarse aún más frente a asimetrías culturales, económicas y sociales. ¿Qué pueden hacer los cronistas para disminuir estos efectos inherentes a la relación de entrevista?

Como mencionamos en el capítulo sobre etnografía, no es posible eliminar estos efectos, pero sí existen herramientas para controlarlos. Una de ellas es la reflexividad, que permitiría al cronista tomar conciencia de estas asimetrías, así como también de sus propios marcos interpretativos e identificar la reflexividad propia de los entrevistados. Conocer las condiciones en que se produce la entrevista habilita el acceso al universo sociocultural de los otros.

A su vez, la reflexividad es una herramienta fundamental desde donde los cronistas pueden cuestionar la idea de la transparencia de los entrevistados frente al micrófono: “Yo habilito el micrófono o lo que use para recoger información y la otra persona me va a decir todo, me va a transparentar sus concepciones del mundo y demás”, explica Bompadre.

Entonces, el hecho de que las entrevistas realizadas por los cronistas no son ni nunca van a ser estrictamente etnográficas, no significa que no puedan retomar algunas de sus propuestas metodológicas. Las entrevistas en profundidad tienen que ver con hablar con el otro, no ir con preguntas preestablecidas, construir relaciones con los entrevistados y basar esas relaciones en la confianza, cuestiones que ya vienen trabajando los cronistas.

Abordar las entrevistas desde esta perspectiva fortalecería al trabajo de campo, permitiría acceder a datos más interesantes que no se perciben a simple vista y ofrecería la oportunidad de brindar un análisis mucho más profundo de determinados hechos o acontecimientos, siempre incorporando la perspectiva de los protagonistas.

2.4 Involucrarse para conocer: la observación

Si bien la entrevista se presenta como la principal técnica utilizada por los cronistas, como ya vimos, no es la única. Gran parte de la información va más allá de lo que las personas dicen, también se encuentra en aquello que hacen, la forma en que viven o actúan en determinadas situaciones. Por ello, Alberto Salcedo Ramos (2011) recomienda:

No hay que ser rehén de las entrevistas. No basta con escuchar al personaje diciendo que va a misa todos los domingos: hay que procurar ir a misa con él, verlo actuar en ese escenario. El testimonio es definitivo pero hay que ir más allá. La realidad no es solo lo que oigo sino también lo que veo. Y en ese sentido, es deseable acompañar a nuestros personajes en los espacios por los cuales se mueven, pues no en todas partes se comportan de la misma manera. (p.130)

Así, escuchar y mirar no son actividades que el cronista pueda emprender por separado, sino que constantemente deben complementarse. De aquí la importancia de que las entrevistas se inserten y sean comprendidas en el marco de las observaciones realizadas en el campo.

Como mencionamos anteriormente, la observación lleva al cronista al estar allí, le permite ser testigo de aquellos acontecimientos que narra. Salcedo Ramos (2011) explica que “no es un ejercicio del ojo sino de la inteligencia y de la sensibilidad” (p. 129). Para él, observar es ver más allá de lo aparente y consiste en la técnica que le permite

al cronista describir a los personajes y recrear los espacios en los cuales se desenvuelven. Estas últimas palabras ponen en evidencia el gran valor que tiene para la crónica recuperar toda aquella información que no mencionan verbalmente los sujetos de la historia.

Debido a que la inmersión es la metodología esencial de la crónica, consideramos fundamental para los cronistas desarrollar y problematizar a la observación como técnica de recolección de datos. Y, para ello, recurriremos nuevamente a la etnografía.

Al igual que en la crónica, los etnógrafos también insisten en la importancia de no privilegiar la técnica de entrevista por sobre la de observación. Al respecto, Julieta Quirós (2014) plantea que la entrevista no es la principal técnica etnográfica, sino que la etnografía se presenta como un modo de conocimiento que permite al investigador tomar contacto con múltiples dimensiones de comunicación y experiencias más allá de la palabra dicha y para decir, ya que la gente también dice a través de lo que hace, cómo lo hace, de lo que no hace y de lo que no dice.

De este modo, “dejarse afectar”, la metodología propuesta por Jeanne Favret-Saada (2010), permite a los etnógrafos abrirse a un nuevo tipo de comunicación con los nativos, que sea involuntaria, vaya más allá de lo estrictamente verbal y esté desprovista de intencionalidad. Para ilustrar este concepto y ver qué aporte puede realizar a los cronistas, consideramos pertinente recuperar un ejemplo de la autora. En el texto *Deadly words: Witchcraft in the Bocage*, explica que si queremos comprender de qué está hecha o en qué consiste la consulta de un adivino tenemos tres opciones. La primera, preguntarle al mismo adivino cómo se desarrolla una sesión ordinaria o sobre qué van a consultar sus clientes. Sin embargo, aclara que no es sorprendente recibir simplemente indicaciones técnicas, respuestas triviales o que se vean obstaculizadas por el límite de lo informable, aquí representado por la referencia al “don”. La segunda opción, sería dirigirse a los pacientes del adivino, pero los etnógrafos obtendrían declaraciones igualmente improbables. Aclara que con los adivinos y los clientes ningún grado de confianza lograría que estén en condiciones de explicar aquello que recuperan de términos como “don” o “verlo todo”, porque la institución misma de la adivinación se sostiene de aquello sobre lo cual ellos no quieren saber nada. Como consecuencia, Favret-Saada (2010) propone una tercera vía:

Para quien quiere conocer la razón de este discurso, no hay otro modo más que practicarlo en sí mismo, devenir en el propio informante, levantar la propia amnesia, e intentar explicitar lo propio informable. Ya que no es posible advertir en qué podría interesar al indígena el proyecto de develar

aquello que no podría persistir más que velado; ni en nombre de qué él debería renunciar a los beneficios simbólicos de tan preciado dispositivo. (p. 23)¹²

Entonces, la noción de dejarse afectar, por un lado, habilita a analizar qué lugar le propone ocupar al investigador un determinado universo de relaciones. Y, por otro lado, pone en tensión a la observación y la participación, es decir, el grado de involucramiento (aunque previamente ya se aclaró que toda observación que busca obtener información significativa siempre requiere algún grado de participación). A su vez, pone en evidencia la necesidad de comprender a la subjetividad como una herramienta de conocimiento que cuestiona al modelo positivista que deja por fuera al sujeto de investigación y, en cambio, ofrece un modelo de producción de conocimiento relacional.

Ahora bien, la idea del involucramiento es tema de debate entre los cronistas y existen opiniones encontradas. Pedro Noli retoma ideas de Caparrós y plantea que los cronistas deben “ser una mosca en la cortina, invisibles, viendo desde lejos, desde afuera todo lo que pasa, observando y anotando”. No obstante aclara que, cuando se involucran, deben hacerlo sin romper las escenas de la cotidianidad.

Para Sol Aliverti, el dilema entre participar o no tiene que ver con la intuición del cronista sobre qué es necesario en cada momento. Plantea que, algunas veces, se da cuenta de que “tiene que quedarse en el molde” y ocupar un lugar más periférico, mientras que otras veces los entrevistados la incluyen en ciertas actividades. Explica que no es posible saber de entrada qué lugar le propone determinada historia y por eso es fundamental que se pongan en juego la sensibilidad, la intuición y la observación para ver qué está pasando y qué pide el momento. Sobre este aspecto cuenta la siguiente experiencia:

Yo hace unos años, en el 2012 cuando estaba toda esta historia del fin del mundo maya, fui a Charbonier [localidad ubicada en el departamento Punilla, provincia de Córdoba, Argentina]. Ahí había una comunidad que vivía de acuerdo al calendario maya, gente que se hizo una aldea sin luz, sin nada. Ellos tenían una organización social de acuerdo al calendario maya. La verdad que ahí fue una de las pocas veces en donde se dieron todas estas cosas de cómo el trabajo del cronista se acerca a veces, participa. Nosotros llegamos con un fotógrafo amigo que iba a registrar. Al principio dijeron: no mirá, una vez vinieron los de National Geographic y la verdad que nos ridiculizaron,

¹² Traducción de Marcos Javier Luna, inédita.

por eso nosotros no queremos contar más nada, no queremos que saquen fotos. Todo ese día fue un día donde la mayor preocupación fue generar confianza y vínculo para que ellos entiendan que no estamos ahí de jueces, ni de juzgadores, ni esa era la intención de ir hasta ahí.

A mitad de la tarde ya le dijo una de las chicas: bueno acá sí puedes sacar fotos. Y ya después terminamos sacando fotos a lo loco, nos quedamos esa noche a dormir, participamos en sus meditaciones, en la cocina mientras cocinaban. Digo, hay una cosa - por ejemplo en ese momento - de comunidad y de organización donde no era pertinente que yo me sienta a esperar que me traigan la comida. Sino participar en esa dinámica que proponían ellos como modo de vida.

Sin embargo, Sol Aliverti agrega que es fundamental tener siempre presente los roles, es decir, no olvidarse que se va a determinado lugar para contar algo, para escribir una crónica: “Más allá de que uno se implique más o menos, me parece que siempre se tiene que tener eso en claro, no para pretender objetividad, sino para no perder de vista más elementos”.

Esta situación recuperada por la cronista deja entrever varias cuestiones que venimos abordando a lo largo del trabajo y también da cuenta de la recursividad entre enfoque, método y texto. Primero, la importancia de que los cronistas puedan poner en juego algunas de las pautas mencionadas del enfoque etnográfico para no sesgar la visión y forma de vida de las comunidades o poblaciones que investigan, y al mismo tiempo, que no impongan sus propios marcos interpretativos a modo de ridiculizar los de los otros. Segundo, y como consecuencia, la necesidad de desarrollar un método de investigación que permita lograr todo esto. Para ello, vemos que la cronista insiste en el valor de generar un vínculo y relación de confianza con los sujetos y de estar dispuesta a involucrarse en las dinámicas que proponen, es decir, a participar de sus modos de vida.

Sobre este último aspecto, Julieta Quirós considera que muchas veces la crónica implica una afectación del cronista, aunque eso depende de cada uno y, de cierto modo, de la duración de la investigación. Aclara que “un auténtico dejarse afectar por un universo de experiencias y de relaciones implica necesariamente tiempo, en el sentido de que solo el tiempo permite descubrir cuáles son los lugares que determinados procesos sociales proponen ocupar”. La mayoría de las veces esos lugares no tienen que ver con ser observador o documentador, sino con participar de otras maneras en los procesos que

queremos conocer. Y explica que el trabajo del cronista no siempre tiene la duración necesaria para que se dé este descubrimiento o para que el cronista se deje afectar por un lugar que le propone ocupar determinado universo de relaciones.

Resumiendo, vemos que la etnografía aporta varios puntos interesantes para reflexionar sobre el trabajo de observación realizado por los cronistas. La metodología de “dejarse afectar” propuesta por Favret-Saada les permite complejizar su rol en el campo. Es decir, les brinda herramientas para debatir qué beneficios aporta la participación con un mayor grado de involucramiento. Este ejercicio habilita a los cronistas a descubrir qué otras posiciones se los invita a ocupar en el campo, más allá de meros observadores o escuchadores. Representa una vía para poder acceder a otro tipo de información que enriquezca las crónicas y las historias y que aporte a entender más profundamente qué sucede detrás de esos hechos que narran.

3. Narrar fragmentos de la vida social: la crónica narrativa como texto

De acuerdo a Julieta Quirós, existe un parentesco entre la crónica y la etnografía en tanto ambas se constituyen como un género narrativo que implica contar historias. Es decir, se caracterizan por presentar narrativamente determinados sucesos sociales o fragmentos de la vida social, comparten el hecho documentar. Entonces, ¿qué cruces podemos establecer entre ambos géneros? ¿Qué puede aportar la etnografía en tanto texto para repensar las crónicas?

Para abordar este aspecto, un buen punto de partida es la descripción, una dimensión central de los dos géneros en cuestión. Pero, ¿etnógrafos y cronistas entienden lo mismo por descripción?

Roberto Herrscher (2016), en su libro *Periodismo Narrativo*, brinda algunas herramientas para transformar una noticia en un texto narrativo y, entre ellas, menciona a “el detalle revelador: los objetos cobran vida, la descripción como una fiesta del estilo y como forma de hacer concreto lo conceptual” (p. 25). En este apartado el autor establece que las descripciones tienen que ver con la conexión personal, emotiva, de memoria sensible y sensorial establecida con cada lector. Para ejemplificarlo, cita algunas letras de tango sobre las crisis económicas de los años treinta y explica que, si bien puede leer textos de sociología e historia sobre la decadencia de la clase media argentina y el papel de los bancos prestamistas, estos no le producen la emoción que le provocan tres minutos

de tango. Y eso es, para él, la descripción: encontrar detalles y escenas que aporten a la comprensión y sensibilidad sobre un determinado tema, detalles que hagan concreto lo conceptual. Al respecto agrega:

Los detalles reveladores son a veces pequeñas escenas, frases, imágenes, cosas que escuchamos, vemos, olemos o tocamos y que quedan en nuestra memoria porque nos hacen percibir con los sentidos cosas que pensamos o sentimos y que nos cuesta expresar.

Como periodistas, cuando encontramos una escena así y la podemos transmitir para que el lector sienta que la ve con sus propios ojos, estamos entrando en una dimensión a la que muchas veces solo acceden la ficción, la poesía, la música o el cine. Pero estamos llegando ahí para contar la realidad, para permitirle al lector conocer algo de lo que pasa en el mundo, en el país o en la ciudad. (p. 26)

En líneas similares, para Caparrós (2016) la descripción es la mirada en su máxima expresión. Es decir, cumple una “función visual” en las crónicas y se utiliza para crear climas, contar lugares y situaciones e introducir personajes en base a algunas características que los identifiquen. En tres palabras, para el cronista la descripción es sentarse, mirar y contar.

Por su parte, los etnógrafos exponen los resultados de sus investigaciones de manera descriptiva. Es decir, los textos etnográficos son, ante todo, una descripción. Ahora bien, para Julieta Quirós, la descripción etnográfica es necesariamente análisis y explicación. Postula que no se trata de una simple descripción de los hechos, sino de un análisis que intenta poner en relación las distintas perspectivas que se juegan o participan en el acontecer de los hechos, de la vida social, de la vida en común y de sus problemas. Esto significa que la etnografía narra sucesos y, al mismo tiempo, los analiza: cuenta qué pasó desde una mirada que tiene cierta perspectiva y apunta a dar cuenta del carácter cotidiano, vivido, microscópico de la vida social o de fragmentos de la vida social en el propio discurrir. Esta descripción nunca es ingenua, sino que parte de una mirada, desde cierta perspectiva de la vida social y la recupera para reconstruir el modo en que los protagonistas viven determinados acontecimientos, poniendo en diálogo y traduciendo las distintas perspectivas.

A través de estas definiciones podemos ver, entonces, que cuando hablamos de descripción en la etnografía y en la crónica nos referimos a cuestiones bastante diferentes.

Los cronistas abordan la descripción –principalmente– como un componente literario que busca proporcionar un deleite estético, generar experiencias placenteras, despertar emociones y brindar información mediante la utilización de diversos recursos lingüísticos.

No obstante, más allá de estas definiciones, mediante la lectura y análisis de crónicas, podemos reconocer en algunas de ellas un esfuerzo por profundizar y complejizar las descripciones. Es decir, no sólo emplearlas como un recurso estilístico, sino también como un medio o herramienta para la explicación de determinados fenómenos sociales.

Este es el caso de *Los suicidas del fin del mundo*, de Leila Guerriero (2015b). La cronista viaja a Las Heras, un pequeño pueblo petrolero de la provincia de Santa Cruz con el fin de investigar una ola de suicidios. A través de las entrevistas, un profundo trabajo de documentación y de observación, no solo narra los suicidios, sino que también reconstruye la vida cotidiana del pueblo. En muchos fragmentos del libro –la crónica fue publicada en ese formato– la cronista hace énfasis en torno a las ideas y el valor que ponen los ciudadanos de Las Heras al “ser alguien”.

Julieta, amiga de una de las jóvenes que decidieron suicidarse, le cuenta a Guerriero acerca de sus expectativas antes de quedar embarazada:

- Yo quería ser alguien – decía Julieta-. Iba a ir a estudiar Radiología a Río Gallegos, y Mónica me iba a ir a visitar en las vacaciones. (...). Yo siempre le decía que cuando fuera grande quería ser psicóloga.
- ¿Y por qué ibas a estudiar Radiología, entonces?
- Porque era una carrera corta que te permitía ser alguien.

Ser alguien era algo que querían ser muchos ahí en Las Heras. Ser alguien, decían. Como si ellos, así, no fueran nadie, nada. (p.40)

En otro fragmento reproduce el siguiente diálogo con un peluquero del pueblo:

- (...). A mí la peluquería no es que me vuelva loco, pero me siento conforme con haber venido a Las Heras. Acá cualquiera que viene es alguien, y acá yo soy alguien.
- ¿Quién sos?
- El peluquero del pueblo. El más caro. El mejor. (p. 119)

A través de la noción de “ser alguien”, Leila Guerriero va desentramando aquello que hay detrás de los suicidios. Realiza una descripción de la vida cotidiana donde deja ver cómo se entrecruzan la desocupación, la falta de contención social, la falta de expectativas laborales y de estudio, una sociedad cerrada, un pueblo sin muchas opciones de recreación y muchas cuestiones más. Es decir, la crónica se caracteriza por la densidad de sus descripciones, en el sentido que Geertz (2003) las planteaba. Hay un intento de la cronista por desentrañar una serie de estructuras significativas, implícitas, superpuestas. Y un esfuerzo no solo por captarlas y exponerlas, sino también por explicarlas.

Este ejemplo pone en evidencia que, si bien la descripción entendida como un componente literario es sumamente interesante y constituye un elemento clave de las crónicas narrativas, es necesario que éstas vayan más allá. Es decir, que recuperen aspectos de la descripción etnográfica para no limitarse a una cuestión estilística basada, principalmente, en describir los contextos de enunciación, las formas en que trasciende la comunicación con los personajes de las historias y a los personajes mismos. La descripción etnográfica, al no hacer alusión a una cuestión estética, sino a un posicionamiento epistemológico y metodológico, puede aportar elementos innovadores a la escritura de las crónicas. Así, pensar la descripción desde esta perspectiva habilitaría a establecer nuevas asociaciones, ver las cosas de un modo diferente, aprender a interrogar y analizar el mundo social. Tal como indica Julieta Quirós (2014), la descripción se presenta como un camino de análisis, descubrimiento y explicación.

Sobre este tema, es fundamental recordar que una buena descripción etnográfica presupone un trabajo teórico previo. Esto se debe a que la etnografía se constituye como un medio de conocimiento con una determinada perspectiva teórica y epistemológica, al mismo tiempo que se encuentra inmersa en la teoría antropológica y sociológica.

Magdalena Doyle señala que en este punto existe una gran diferencia con la etnografía debido a que la crónica no es una investigación académica y, por lo tanto, sus hallazgos no tienen un impacto teórico, en el sentido de retroalimentar teoría. No obstante, plantea que la relación con la teoría puede analizarse desde otros aspectos. En efecto, menciona que en la crónica existe una lectura de lo que encuentran los cronistas en el campo en clave de procesos sociales más amplios. Esto significa que hay un interés por contextualizar e inscribir aquello que narran o investigan en procesos sociales que trascienden el ámbito particular de la crónica. Considera que este aspecto representa un gran desafío para el trabajo de los cronistas, vinculado a realizar una lectura de las

situaciones que investigan para luego ponerlas en diálogo con una lectura social más macro; aclara que esto no implica la generalización.

Este trabajo de contextualización y de diálogo con procesos sociales más amplios se puede encontrar en gran cantidad de crónicas. Su objetivo es aportar una comprensión densa y contextual de un escenario o tema en particular y, simultáneamente, establecer conexiones con otras realidades.

Por este motivo, es común que las crónicas tomen como eje narrativo una historia personal o la vivencia de un personaje particular que ejemplifique determinado tema. En torno a ello van desarrollando las diferentes aristas, los contextos y los tiempos de la historia. Esta forma de plantear los relatos les permite conectar a los lectores con mayor fuerza. De cierto modo, el personaje actúa como un pretexto para contar algo más, para abrir el lente.

A modo de ejemplo consideramos pertinente recuperar el trabajo del cronista cordobés Alejo Gómez Jacobo (2012), quien a lo largo de su carrera se dedicó a la escritura de crónicas policiales desde una perspectiva distinta a las tradicionales. Específicamente retomaremos *Un barrio de trabajadores sin trabajo*, publicada en marzo de 2012. La crónica narra un hecho policial ocurrido en el Barrio de Villa Paéz, en la Ciudad de Córdoba durante el año 2005. La situación fue la siguiente: un hombre, identificado como Jorge Escovedo, escuchó ruidos que provenían de su camioneta estacionada en la calle, salió inmediatamente con un arma y le disparó a Juan José, un chico de 15 años que salía corriendo del lugar. La agresión resultó letal. Luego, el sujeto se dio a la fuga. Desde la policía manifestaron que el adolescente habría intentado sustraer algún objeto de valor de la camioneta. El accionar policial despertó la ira de un grupo de vecinos que salió a reclamar por el joven asesinado y atacó la casa de Escovedo. Todo culminó en una represión policial.

Pero la crónica no se limita a narrar el hecho policial, sino que busca comprenderlo y analizarlo a partir del contexto social y económico del barrio. Se centra en la situación de los jóvenes y problematiza las ideas en torno a la delincuencia juvenil; para ello pone en diálogo diversas perspectivas. Una de ellas es la del cura de la Parroquia barrial:

El cura Horacio Saravia no duda: “A Juan José no lo mató el disparo, lo mataron el descuido y el olvido de las instituciones”. Con 30 años al frente de la Parroquia de Villa Paéz debe saber de lo que está hablando. Conoce una a una las calles, conoce uno a uno los vecinos. Ha bautizado a decenas de

bebés que luego fueron o son sus alumnos de Historia Argentina en la escuela que comparte terreno con la Iglesia de La Rioja y Silvestre Remonda, en Alto Alberdi. No duda en criticar, no duda en denunciar: “Debería haber una mayor dedicación del Estado a la educación y el empleo de los adolescentes de Villa Páez, que cuenta con gente honesta y solidaria. El problema es que ya no hay esperanza, lo último que debiera perderse”, explica. Son las 13. A las 13.30 tiene que continuar con sus clases secundarias. Ese recreo de media hora parece durar mucho más de 30 minutos mientras gritos y corridas de alumnos invaden la Dirección, donde Saravia suelta sus certezas: “En Villa Páez la gente se subestima, y cree que ellos mismos son pesados y violentos. Pero eso es porque no se valoran. El barrio está dividido entre un grupo menor, que optó por el delito de las drogas, y el resto, que lucha por la honestidad”. Pero no sólo están los pocos malos y los muchos buenos. Según Saravia, hay un tercer actor, un actor protagónico, en el drama que le toca vivir a Villa Páez: “Lo que diferencia a éste de otros barrios es la sospecha de que la Policía se aprovecha de la pobreza de la gente y colabora con los delincuentes”. Se pasa las manos por la frente como si quisiera despejar una mezcla del griterío de los chicos y del recuerdo del bautismo de Juan José. Cierra los ojos y enumera las causas por las que el barrio atacó la casa de Jorge Escovedo:

- 1) El descuido de las instituciones. 2) El incumplimiento de promesas del Gobierno. 3) El cierre de la fábrica cervecera, a mediados de la década del '90. 4) La reurbanización del tramo de la Costanera que colinda con el barrio, lo que eleva el costo de vida en algunas viviendas.

Y confronta esta perspectiva con la de la policía:

La base del Distrito 1 funciona en el Pasaje Santa Catalina, al costado del Cabildo, en el mismo lugar donde, en tiempos del Proceso, el “D2” machucó carne de desaparecidos. Es una mañana gris, la llovizna y el viento nublan la cara de varios policías que “se escapan” unos minutos para fumar y bostezar antes de volver a las oficinas. El comisario mayor Osvaldo Folli, a cargo de ese distrito, tampoco puede con su cansancio. “¿En qué estábamos? -pregunta mientras se refriega los ojos- Ah, te decía que Villa Páez es un barrio conflictivo, porque si bien casi no hay homicidios o violaciones, el 90% de los detenidos es por robo o drogas. Pero lo más preocupante es que, de esos

detenidos, la mayoría tiene entre 14 y 19 años. Ahí es mucho mayor el porcentaje de menores que se mandan macanas que en otros barrios”, afirma. “De todos modos -da una tregua- ahí no es la ‘Ley de la selva’. Hay barrios mucho peores donde se mata a alguien y se lo entierra, y nosotros jamás nos enteramos. Villa Páez no es así”. Sigue y rompe la tregua: “Lo que se nota desde hace tiempo es que muchos chicos cometen delitos y luego son protegidos por los mismos vecinos. Ahí los perjudicados son los chicos, porque no son contenidos social ni familiarmente. Eso pasa porque hay un rechazo al policía, a la ley. Ante esto, ¿qué podemos hacer nosotros? Tenemos un barrio donde corre mucha droga, mucho alcohol, y donde casi todos los delincuentes juveniles están protegidos por los mismos vecinos... Nosotros no podemos cumplir el rol de los padres. Que cada uno cumpla con el suyo. Más que parar en los quioscos a controlar a los menores que están bebiendo y mandarlos a sus casas, no podemos hacer”.

Mediante estas citas se evidencia que no es suficiente tener acceso a los datos y a la exactitud de los hechos si no es posible articular esos datos para leerlos. Es decir, solo adquieren valor una vez que se encuentra el significado que se esconde detrás de ellos. Si bien aclaramos que en este punto existe una gran diferencia entre la crónica y la etnografía, consideramos que la etnografía puede aportar mucho en este asunto debido a que la importancia de su producción epistemológica trasciende los métodos de recolección de datos y apunta a discutir y proponer nuevos conceptos y nuevas categorías de análisis que permitan comprender el mundo social. En este caso, retoma categorías como la pobreza, el trabajo y la juventud para explicar el hecho policial. Y, recuperando al tema anterior, vemos que este ejercicio apunta y se acerca a la descripción en términos etnográficos.

Además de enmarcar a las crónicas en procesos sociales más amplios, José María Bompadre agrega que estas no pueden eludir a un análisis interseccional. Es decir, necesariamente deben cruzar en su análisis cuestiones étnicas, de género, generacionales y demás. De este modo, se enriquecerían las interpretaciones realizadas.

Entre los cronistas también se debate acerca del lugar que ocupa la teoría en sus trabajos. Al respecto, Waldo Cebrero resalta que es importante la reflexión teórica en su trabajo, en la medida que los cronistas son productores de sentido. Para él, es fundamental estudiar y saber qué están pensando los científicos u otras disciplinas para poder realizar

análisis. Explica: “Hacerse preguntas es clave porque los periodistas estamos para hacerles preguntas a la gente y sin indagación teórica eso no se puede”.

En consonancia con lo planteado anteriormente, Sol Aliverti afirma que la investigación teórica ayuda a contextualizar a la crónica, al mismo tiempo que la enriquece. Aclara que esa información teórica vinculada al tema de la crónica no se suele incluir “en bloque” dentro del texto, pero sí ayuda a darle un contexto a los diálogos y a la situación de esas personas sobre las que versa la historia. La cronista lo ilustra de la siguiente forma: “Yo siempre la utilizo como si fuera una cáscara que está alrededor, no como algo explícito, pero sí algo que envuelve y sostiene a la crónica”. Agrega que esta indagación teórica le aporta un marco histórico, cultural y social, es decir, funciona como un “telón de fondo”.

Aunque Sol Aliverti plantea que, generalmente, los resultados de esas indagaciones teóricas no suelen incluirse explícitamente en las crónicas, podemos encontrar numerosas excepciones y, una de ellas, es *La reina del oro verde*, escrita por Mariana Liceaga (en Picco et al., 2015). La crónica es una de las seis finalistas del Premio Crónicas Interiores, organizado por el Sindicato Regional Luz y Fuerza de Córdoba (SiReLyF) en el año 2014. En este texto, la autora cuenta cómo viven la Fiesta de la Soja en Arequito, una pequeña localidad al sur de la provincia de Santa Fe. Para ello, toma como eje central de la narración la elección de reinas que se realiza durante esta festividad, pero en realidad la utiliza como pretexto para hablar y, de cierto modo, criticar al cultivo indiscriminado de soja (oro verde) que alimenta al modelo agroexportador. Intercalado entre la descripción del pueblo, la fiesta y la elección de la reina, Mariana Liceaga incluye bloques de información que funcionan como una pausa narrativa, al mismo tiempo que ayudan a la comprensión del relato:

Cuando los productores hablan de retenciones hay que entender lo siguiente: la noción de retención surge a partir de la idea de que las exportaciones, en este caso de la soja, nacen a partir de un bien de la Naturaleza, es decir, de la tierra, y el empresario agropecuario debe abonar una renta por eso. La retención consiste en gravar el valor de las ventas al exterior, en este caso el treinta y cinco por ciento y luego esos recursos se destinan al fisco nacional. La tensión entre el gobierno y los productores tuvo su momento de máxima tirantez durante aquella sesión legislativa cuando el vicepresidente Julio Cobos votó “no positivo” para la ley que preveía retenciones móviles que

variaban de acuerdo al valor de la tonelada de soja en el Mercado de Chicago. (...). (2015, pp. 36 - 37)

Es importante recuperar que esta crónica aborda el tema desde una perspectiva interseccional, en el sentido antes mencionado. Es decir, para hablar del modelo agroexportador realiza una minuciosa descripción del entramado social de esta localidad. Por este motivo, la decisión de tomar a la elección de reinas como eje central del relato no es al azar, sino que logra retratar una de las principales características de los pequeños pueblos que viven, principalmente, de la actividad agropecuaria: las construcciones de lo masculino en torno al trabajo “duro, forzado” en el campo y de lo femenino en relación al trabajo en el hogar, como ejemplifica el caso de Lucía, la reina saliente de la Fiesta de la Soja:

Lucía vive en una casa de reinas: una construcción de principio de siglo reciclada con un jardín que llega un poco más allá del pulmón de la manzana lleno de jazmines en flor, lavandas y algunos frutales. Ella es la hija de una reina - su madre, Liliana Minetti, se llevó la corona en la Fiesta Provincial Gaucha de El Arañado, un pueblo mínimo en Córdoba -. Pero también es nieta de una reina - su abuela, Teresa Beigvefer, fue su Majestad del Carnaval y de la Costa. (2015, p. 35)

Cabe destacar que estas caracterizaciones de lo femenino, concentradas en las figuras de la reina saliente y las postulantes, se refieren necesariamente a mujeres de clase media, pertenecientes a familias de pequeños o grandes productores, dueñas de las tierras. Por esta razón, podemos ver que la autora realiza una lectura de la situación que incluye múltiples variables, entre ellas, las de género y clase.

Pedro Noli plantea algo similar, él define a la teoría como un juego de asociaciones con la crónica y que no pueden estar separadas. Explica que si no se tiene en cuenta la teoría, hay cosas que dejarían de ser periodísticas y pasarían a ser anecdóticas. Agrega: “Las teorías tienen que officiar como una herramienta, funcionar como una espalda de la crónica”.

Un punto central que plantea el cronista es que las crónicas deben contribuir a la historia, es decir, tienen que funcionar como un registro que luego será estudiado como evidencia histórica:

Tienen que tener precisión periodística, valor por el dato; en eso están incluidos los datos históricos, los análisis sociológicos, los análisis psicológicos, las transformaciones que han generado determinados acontecimientos en la sociedad. Y ahí nosotros nos metemos y contamos una historia. En esa piletta inmensa, donde ya ha estudiado y escrito muchísima gente, nuestro papel de cronistas es pequeñísimo. Nosotros, quizás, venimos a ser traductores de esas miradas científicas que hay de algunas cosas. Utilizar la herramienta de la palabras, utilizar datos duros que hay y presentarlos de una manera un poco más elegante, un poco más amena para leer, más acorde al tamaño. Me parece que contribuye a eso.

Noli agrega que, para él, sin dudas el trabajo que hacen los etnógrafos es mucho más profundo. Y que el papel de los cronistas, como contadores de historias, es contribuir a la difusión de esos trabajos.

Cercana a este planteamiento, Rossana Reguillo cuenta que su incursión en la crónica surge en relación con ciertas limitaciones de su trabajo académico, en otras palabras, cobró sentido cuando los materiales que iba trabajando en la investigación quedaban fuera de lo que eran los libros más propiamente académicos. Es decir, eran difícilmente convertibles al lenguaje formal. Entonces, decidió que tenía que hacer un esfuerzo de reconversión de la escritura que, sin salir del rigor investigativo, le permitiera comunicarse con la gente del otro mundo (Bencomo, 2007).

En este sentido, Laura Córdoba invierte la pregunta y se cuestiona: “¿Qué puede aportar la crónica a la etnografía?” Concluye que el aspecto narrativo es central para romper los límites de la academia y llegar a más gente. Y, similar a los planteamientos de Pedro Noli, explica que la reflexión teórica es fundamental para que las crónicas puedan funcionar como un registro histórico.

Avanzado con los aportes que podría realizar la etnografía a la crónica, Bompadre agrega que el momento de la escritura es crucial para poner en juego las tres vigilancias nombradas anteriormente, o sea, cuestionarse qué lugares se le da a los otros, qué categorías tienen lugar, qué se recorta y qué se incluye. En este sentido, para el antropólogo, la escritura es el lugar donde se juega políticamente el lugar de los otros y afirma que la crónica no queda exenta de este juego. Quizás, esto se deje entrever en las palabras que Pepita la Pistolera le dice a Cristian Alarcón y luego son transcritas en la

crónica *Un día en la vida de Pepita la Pistolera*: “Te atiendo porque me dijeron que no me vas a traicionar”¹³.

En relación a esto, para Sol Aliverti el proceso de escritura es el más largo debido a que requiere mucho tiempo procesar toda la información que se obtiene en el campo. Cuenta que la escritura es compleja porque “en la crónica uno siente que va a traicionar a alguien, que va a contar algo que al otro quizás no le guste o que lo va a dejar expuesto”. Y se pregunta: “¿Quién soy yo para maquillar al otro? ¿Quién soy yo para poner eso que lo deja expuesto?”. Para la cronista es muy difícil decidir qué información incluir y cuál dejar fuera.

En este punto, tanto Sol Aliverti como Pedro Noli encuentran un límite, al mismo tiempo que una orientación, en la ética. Ambos mencionan que es fundamental en la crónica no inventar nada y mantener un compromiso con los datos y los hechos. Además, afirman que nunca hay que publicar lo que los entrevistados no quieren que sea publicado y aclararon con anterioridad. Para Aliverti siempre hay maneras de rodear aquello que no quieren que se diga, hay formas de narrar ese silencio, lo no dicho. Noli también plantea que hay que alejarse del morbo, de la información que pueda llegar a generar violencia. En cambio, para para él, siempre hay que apuntar a información que pueda llegar a construir algo positivo. En síntesis, los cronistas deben ser fieles a las historias, siempre dentro del marco de la ética.

En el caso de la etnografía, Julieta Quirós plantea que la cuestión de la ética o la consideración de cuáles son los efectos políticos que pueden estar implicados en la escritura etnográfica son un asunto obligado, ya que la base de este modo de conocimiento radica en construir relaciones con las personas para acceder a niveles de intimidad social que de otro modo no podrían acceder. Por este motivo, los etnógrafos tienen una gran responsabilidad sobre cómo y qué van a escribir, cómo van a retratar los problemas que estudian y a las poblaciones a través de las cuales estudian esos problemas. En este punto, la investigadora aclara que los grupos no son sus objetos de estudio, sino que estudian procesos de la vida social y que las personas son un medio para acceder a ello. No obstante, no quiere decir que se los deba tratar como objeto, sino que se los debe considerar como interlocutores con quienes se va a construir conocimiento sobre algún hecho.

¹³ Disponible en: <https://cronicasperiodisticas.wordpress.com/2009/10/24/un-dia-en-la-vida-de-pepita-la-pistolera/> (Recuperado el 27 de marzo de 2021)

Es en este momento donde entra en juego la noción de política de la representación planteada por Bourgois (2005). Así como este autor explica que el reto de la etnografía es contener el impulso de presentar una imagen “saneada” de los grupos con los que se trabaja, Nicolás Adet Larcher menciona que los cronistas tienen un reto similar. En este sentido, cuenta que muchas veces en el proceso de escritura de las crónicas suelen caer en “facilismos” o en una cuestión “aleccionadora o de moraleja”, que trae como consecuencia un “achataamiento de los personajes” ya que tienden a ocultar sus complejidades y contradicciones. Por este motivo, al igual que Bourgois, plantea que lo fundamental es poder esclarecer esas tramas complejas y muchas veces contradictorias que se entretajan detrás de los protagonistas de los hechos y, al mismo tiempo, poner en cuestión las representaciones que construyen sobre ellos.

Así vemos que en su trabajo, tanto cronistas como etnógrafos construyen relaciones con las personas y comparten fragmentos de sus vidas, por lo tanto, la responsabilidad acerca de cómo representarlos es enorme. Esa responsabilidad implica tener conocimiento y sensibilidad sobre cuáles son las relaciones de poder, dominación, opresión o las correlaciones de fuerza en que las personas están inmersas. En base a esto deben evaluar qué es óptimo decir e incluir en los textos y qué no.

Julieta Quirós explica que en los textos etnográficos no se incluye explícitamente toda la información que se obtiene en el campo. Pero, tal como lo indica Sol Aliverti para el caso de las crónicas, eso no significa que esos datos no se pongan a jugar en el análisis. O, quizás, puede que se los incluya de alguna forma que no afecte ni exponga la integridad de ninguna de las personas o grupos con los que trabajaron. Sobre este aspecto, podemos observar que es común que muchas crónicas y etnografías cambien los nombres de los protagonistas a fin de protegerlos y no perjudicarlos.

Además, esta responsabilidad es fundamental ya que tanto la etnografía como la crónica buscan incidir en la cosa pública dando a conocer aquello que no se conoce, es decir, las tramas invisibles de la vida social. Buscan incidir en el sentido de discutir las representaciones construidas en torno a determinados sucesos o hechos. Y este trabajo requiere de una profunda responsabilidad.

Por este motivo, la cuestión de la política de la representación también debe ser recuperada y tomada en cuenta en la crónica. Vale aclarar que, si bien es central, se pone en juego de otra manera ya que las crónicas y las etnografías difieren en tanto alcance, objetivos y destinatarios. Las crónicas suelen dirigirse a públicos masivos y,

posiblemente, tendrán un impacto mayor que las etnografías. Al respecto, Carmona Jiménez (2010) plantea:

Entre los riesgos está el manejo de las expectativas que se generan en los informantes sobre la publicación y los efectos que tendrá en sus vidas. Se requiere anticipar el “shock de la publicación”, que en el caso de una crónica ejerce una fuerte presión pues las personas en general creen en el poder de los medios de comunicación para transformar su propia situación. Hay que considerar las posibles decisiones futuras que se tomen en una comunidad o por los informantes en función de lo relatado. Con una Etnografía se puede cambiar una tradición para ajustarse a lo relatado por el investigador o dar lugar a la confrontación entre miembros de una comunidad. Por una crónica se puede sellar el estigma sobre un colectivo. (p. 22)

Entonces podemos ver que, si bien la etnografía tiene una responsabilidad social equivalente a la de la crónica, existe una gran diferencia respecto a los ámbitos de circulación. La crónica tiene mucho más alcance que la etnografía, que es un género ligado al mundo científico-académico.

Esta diferencia no imposibilita que los cronistas recuperen algunas de estas cuestiones planteadas desde la etnografía para interpelar su práctica. Estas discusiones pueden ayudar a despejar dudas y dilemas sobre la representación, lo políticamente correcto o incorrecto y lo que es ético o no escribir acerca de la información que proporcionó la gente.

CONCLUSIONES

En los últimos años, diversos periodistas y estudiosos (Boynton, 2009; Caparrós, 2016; Falbo; 2007; Guerriero, 2015a; Herrscher, 2016, entre otros) comenzaron a dialogar sobre el trabajo de campo que realizan los cronistas y, a su vez, empezaron a plantear que lo característico de este género ya no radica en su hibridación con la literatura, sino que proviene de la exploración de nuevas formas de reporteo. A la luz de estos debates, emergieron testimonios, tanto a favor como en contra, de que la etnografía se presenta o podría presentar como una perspectiva metodológica capaz de proporcionar innovadoras formas de investigación en el campo de la crónica narrativa.

Como mencionamos, si bien existen textos que tratan la cercanía entre el método etnográfico y el trabajo de campo que realizan los cronistas, estos son escasos y lo abordan superficialmente. Por este motivo, nos propusimos explorar los cruces entre la crónica narrativa y la etnografía, con el fin de conocer qué aportes puede realizar esta última a la práctica de los cronistas durante el proceso de elaboración de las crónicas. Al referirnos a proceso de elaboración y no solo al reporteo, nuestro objetivo fue ampliar la mirada y ver qué puede ofrecer la etnografía no sólo en cuestiones metodológicas, sino también epistemológicas y textuales.

Así, partimos de la triple acepción que propone Rosana Guber (2011) para definir a la etnografía –enfoque, método y texto– y, en base a ella, exploramos los cruces con las crónicas narrativas. Llegamos a la conclusión de que efectivamente la etnografía brinda a la crónica una perspectiva teórico-metodológica relevante para reflexionar y repensar la práctica de los cronistas.

Así, este Trabajo Final pretende aportar una nueva forma de comprender a la crónica narrativa, atendiendo a tres dimensiones -epistemológica, metodológica y textual- que atraviesan la práctica de los cronistas. De este modo, podemos establecer que se trata de una forma particular de conocer y narrar al mundo social, basada en la premisa de que los relatos o historias se construyen en el diálogo con los otros (protagonistas de los hechos o situaciones a narrar) y cuyo objetivo central es integrar la perspectiva de esos otros al relato.

Para lograr esto, los cronistas apelan a un método que consiste en utilizar a su propia subjetividad como herramienta de conocimiento y establecer relaciones con los protagonistas de los hechos. Es decir, el involucramiento, la sociabilidad, el estar allí, la

construcción de relaciones basadas en la confianza y el trabajo en el tiempo son puntos centrales.

Consecuente a esta forma de conocer y a este método, la crónica también es un texto en el que priman los componentes narrativo y descriptivo, en el sentido de analizar y explicar los hechos o situaciones en cuestión, siempre apuntando a establecer un diálogo y dando primacía a las voces y perspectivas de los protagonistas.

Entonces, decimos que esta forma de entender a la crónica se centra en la práctica misma del cronista ya que focaliza en cómo éste transita todo el proceso de elaboración: desde qué perspectiva decide abordar ciertos hechos o situaciones, cómo se vincula con sus interlocutores, cómo emprende el trabajo de campo y qué problemas se le presentan al momento de la escritura.

Puntualmente, mediante el análisis, vimos que el enfoque etnográfico ofrece a los cronistas herramientas sumamente valiosas para pensar y reflexionar sobre quiénes son esos otros acerca de los que escriben y cómo hacer para dar lugar e integrar a sus perspectivas, sentires y pensares en las crónicas. A su vez, al problematizar el lugar desde donde investigan y escriben sobre los otros, permite a los cronistas cuestionarse a sí mismos como sujetos inmersos en un sistema de relaciones. Ambas acciones son centrales para que las crónicas se construyan en diálogo con los protagonistas de esas historias.

Así, la reflexividad se presenta como un concepto central para lograr esto, ya que propone a los cronistas incluir en el análisis sus propios presupuestos clase, lugar y trayectoria. Es decir, ser conscientes de sus universos de sentidos para no imprimirlos en la visión de los otros que investigan y, de este modo, lograr objetivar la información que resulta del encuentro entre sujetos socialmente situados.

Y es en este punto que entra en juego el trabajo de campo porque solo “estando allí”, en el lugar donde transcurren los hechos, es posible poner en juego la reflexividad mediante la confrontación de los modelos sociales y culturales del cronista y los protagonistas de la historia.

Si bien vimos que el trabajo de campo es un tema sobre el cual ya debaten los cronistas, consideramos que la etnografía aporta aristas para profundizar esos debates. En este sentido, tanto el enfoque como el método etnográfico brindan herramientas para potenciar uno de los rasgos distintivos de la crónica: el o la cronista como el principal instrumento de investigación; esto significa que se aleja del imperativo de “exterioridad” en la forma de conocer y, en su lugar, se apoya en el involucramiento y su propia subjetividad como vías de comprensión de las realidades que estudian o investigan. Así,

la principal forma que tiene el o la cronista de conocer es participar de situaciones de interacción y establecer relaciones interpersonales, a condición de no creer que su presencia no influye en el campo.

Acorde a esto, la etnografía plantea ciertas pautas metodológicas que resultan interesantes para pensar la práctica de los cronistas. En primer lugar, recupera la importancia del tiempo ya que solo de esta forma pueden entablarse relaciones sociales basadas en la confianza, que luego permiten acceder al universo sociocultural de los otros sobre los que versan las crónicas.

En segundo lugar, brinda herramientas para agudizar las técnicas de recolección de datos que ya utilizan los cronistas: la entrevista y la observación. En cuanto a la entrevista, es interesante que la crónica recupere de la etnografía el modo de plantear preguntas que permitan acceder e indagar sobre los sentidos que les asignan las personas a aquello que hacen. Es decir, que les posibiliten a los cronistas desentrañar lo que hay detrás de las prácticas, hechos o acontecimientos que investigan.

Este modo de plantear las preguntas tiene que ver con no ir al encuentro con preguntas preestablecidas para así permitir que surjan los temas, ideas y conceptos significativos para los protagonistas. Al mismo tiempo, la etnografía advierte sobre la importancia de reconocer los discursos preconstruidos, o sea, las representaciones que proyecta el entrevistado a raíz de su relación con el entrevistador. Esto implica pensar y entender a las entrevistas como una relación social.

Respecto a la observación, gran parte de la información se encuentra en aquello que las personas hacen, la forma en que viven o actúan en determinadas situaciones. Por este motivo, es fundamental que los cronistas desarrollen la mirada como una herramienta de trabajo; una mirada consciente y activa, capaz de ver más allá de lo aparente y reconocer lo relevante entre la multiplicidad de cosas que se les presentan.

En este punto, la noción de “dejarse afectar” abre una valiosa oportunidad para el trabajo de los cronistas: ser capaces de analizar qué lugar le propone ocupar determinado universo de relaciones, más allá de meros escuchadores u observadores. Cuestión que también los invita a reflexionar acerca del modo en que participan del campo y el grado de involucramiento de sus observaciones. A su vez, esta noción también implica que el cuerpo, la comunicación no verbal, lo no dicho y los afectos son fuentes valiosas de conocimiento.

Finalmente, la crónica narrativa y la etnografía en tanto texto comparten el hecho de ser un género narrativo que implica contar historias, es decir, documentar la vida

social. En función de esta cercanía, vimos que la etnografía puede realizar un gran aporte a la crónica respecto a la forma de entender las descripciones. De este modo, planteamos la necesidad de que los cronistas no consideren a la descripción como un simple componente literario que busca brindar deleite estético, despertar emociones, crear ambientes y personajes. Si bien esta forma de concebirla es sumamente enriquecedora y es un elemento que hace al valor y las características inherentes de este género, no es suficiente. Recuperar la descripción en términos etnográficos les permitiría problematizar esta concepción e ir más allá: entender a la descripción como una herramienta para el análisis, descubrimiento y explicación de determinados hechos o acontecimientos sociales.

Pero, como observamos mediante el análisis, para lograr esto se necesita que los cronistas realicen una indagación teórica sobre aquello que escriben, porque de nada sirve que tengan acceso a los datos si no pueden articularlos para leerlos. Si bien aclaramos que en este punto existe una gran diferencia entre la crónica y la etnografía, consideramos que la etnografía puede aportar mucho en este asunto debido a que la importancia de su producción epistemológica trasciende los métodos de recolección de datos y apunta a discutir y proponer nuevos conceptos y nuevas categorías de análisis que permitan comprender el mundo social.

Para los cronistas la teoría funciona como un elemento que envuelve y sostiene a las crónicas, por más de que muchas veces esta no esté incluida explícitamente en el texto. En este sentido, la indagación teórica les permite leer determinadas situaciones o hechos en clave de procesos sociales más amplios, es decir, las ponen en diálogo con una mirada macro de lo social.

Este esfuerzo se vincula al hecho de que las crónicas funcionan como registros que luego son leídos como evidencia histórica. Por eso, muchas veces se representa a los cronistas como “traductores” de las miradas científicas sobre determinados hechos o situaciones. De cierto modo, contribuyen a la difusión de esos trabajos de tipo académicos.

A su vez, como consecuencia de la gran difusión que alcanzan, los cronistas deben prestar especial atención a cómo representan a los otros en las crónicas ya que en la escritura se juega políticamente el lugar de los otros. Aquí entran en consideración dos aspectos, por un lado, las orientaciones éticas para analizar cuáles son los efectos sociales, políticos o económicos que pueden estar implicados en la escritura. Y, por otro lado, el

concepto que ofrece la etnografía de la política de la representación, es decir, ver cómo operan esas representaciones en las tramas de poder.

De esta manera, sin desconocer que se trata de un trabajo final de grado de tipo exploratorio –con las limitaciones que esto conlleva–, intentamos incluir nuevos aportes que problematicen estos testimonios que emergieron en los últimos años sobre posibles cruces o diálogos entre la crónica narrativa y la etnografía.

Así, mediante el análisis pudimos ver que, si bien una crónica jamás será una etnografía –debido a que difieren en alcance, objetivos y destinatarios–, igual puede recuperar algunas de sus pautas teóricas, metodológicas y textuales para reflexionar sobre la práctica de los cronistas.

El hecho de saber que los géneros periodísticos no son cánones estáticos nos permite estudiar y analizar qué factores de cambio pueden influir en ellos y, uno de estos, es la etnografía. Como hemos aprendido a lo largo de la historia, las barreras de las disciplinas son cada vez más difusas. Entonces, ¿por qué no desafiarlas?

En esta oportunidad, proponemos que la crónica narrativa sea interpretada desde la lógica etnográfica, porque –a pesar de que son géneros y oficios diferentes– hay un movimiento que los atraviesa por igual: la búsqueda de formas discursivas que analicen la realidad social y que, a la vez, funcionen como dispositivos de reflexividad.

Por último, para cerrar, no queremos dejar de mencionar que el trabajo nos despertó algunas inquietudes para seguir estudiando en el futuro. En primer lugar, las limitaciones que experimentan las crónicas narrativas a raíz de sus condiciones de producción. Como vimos, son textos que exigen mucho tiempo de elaboración, así como también recursos humanos y materiales para su producción.

El tiempo nos lleva a hablar, indefectiblemente, de la economía de la crónica. Si bien hay revistas y medios especializados que reconocen los estipendios correspondientes al tiempo de dedicación que requieren o hay editoriales que financian grandes trabajos de investigación, generalmente hay pocos medios gráficos que están dispuestos a pagarle a un periodista para que ocupe dos o tres meses –o incluso mucho más– investigando y escribiendo sobre un tema. Esta situación, en parte, se explica por la crisis que atraviesan los medios tradicionales. No es posible, o al menos es muy difícil, producir crónicas narrativas en este contexto crítico.

Entonces, esta cuestión nos hace preguntarnos: ¿qué otros espacios o alternativas existen para las crónicas narrativas? ¿Qué pasa específicamente en los medios

tradicionales? ¿Qué lugar ocupa el trabajo freelance o autogestivo de los cronistas?, entre otras.

A su vez, en la lectura y análisis de testimonios de periodistas y estudiosos sobre los vínculos entre la crónica narrativa y la etnografía surgieron diversas aristas que no pueden ser dejadas de lado para seguir pensando este tema. Por un lado, la noción misma de periodismo, ¿es un oficio? ¿es una profesión? ¿se estudia? ¿dónde? Por otro lado, y como consecuencia de la anterior, es fundamental considerar las posibilidades que tienen los cronistas de acercamiento a la disciplina antropológica a lo largo de su trayectoria: ¿los cronistas son periodistas? ¿proviene de otras disciplinas? ¿cuál fue su formación?

BIBLIOGRAFÍA

- Alabarces, P. (2011). Crónica, literatura y etnografía: la representación de la subalternidad en las crónicas de Cristian Alarcón. *IX Jornadas de Sociología*. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires. <https://cdsa.academica.org/000-034/538>
- Alarcón, C. (2012a). *Cuando me muera quiero que me toquen cumbia. Vidas de pibes chorros*. Buenos Aires, Argentina: Aguilar.
- _____, C. (2012b). *Si me querés, quereme transa*. Buenos Aires, Argentina: Aguilar.
- Alemandi, A. (s.f). ¿Alguna vez encontraré a mi mamá?. *Revista Anfibia*. <http://revistaanfibia.com/cronica/alguna-vez-encontrare-a-mi-mama/>
- Angulo Egea, M. (Coord.). (2013). *Crónica y Mirada*. Madrid, España: Libros del K.O.
- Atehortúa, A. (2012). Un encuentro con Leila Guerriero. *Revista Universidad de Antioquia*, (309), 80 -89. <https://revistas.udea.edu.co/index.php/revistaudea/article/view/12900>
- Auyero, J. y Grimson, A. (1997). "Se dice de mi..."Notas sobre convivencias y confusiones entre etnógrafos y periodistas. *Apuntes de investigación*, 0(1), 81-96.
- Bajtín, M. (2008). *Estética de la creación verbal*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI Editores.
- Balbi, F. (2012). La integración dinámica de las perspectivas nativas en la investigación etnográfica. *Intersecciones en antropología*, 13(2), 485-499. <http://www.ridaa.unicen.edu.ar/xmlui/handle/123456789/1224>
- Bencomo, A. (2007). Violencia crónica o crónica de violencia: José Duque y Rossana Reguillo. En Falbo, G. (Ed). *Tras las huellas de una escritura en tránsito*. La

crónica contemporánea en América Latina (pp. 21 - 40). Buenos Aires, Argentina: Ediciones Al Margen.

Bernal, S. Y Chillón, L. (1985). *Periodismo Informativo De Creación*. Barcelona, España: Mitre.

Bonano, M. (2014). Tendencias del periodismo narrativo actual. Las nuevas formas de contar historias en revistas y cronistas latinoamericanos de hoy. *Question/Cuestión*, 1(43), 40-50.
<https://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/article/view/2241>

Bourdieu, P. (1993). Comprender. En *La miseria del mundo* (pp. 527 – 543). Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.

Bourgois, P. y Alarcón, C. (2010). Narrar el mundo narco: diálogo con Cristian Alarcón y Philippe Bourgois. *Salud Colectiva*, 6(3), 357-369.
<https://www.scielosp.org/pdf/scol/2010.v6n3/357-369/es>

Bourgois, P. (2005). Más allá de una pornografía de la violencia. Lecciones desde El Salvador. En Ferrándiz, F y Feixa, C. (Eds.). *Jóvenes sin tregua: culturas y políticas de la violencia* (pp. 11 – 34). Barcelona, España: Anthropos Editorial.

Boynton, R. (2009). *El nuevo nuevo periodismo*. Santiago de Chile, Chile: Aguilar Chilena de Ediciones S.A

Callegaro, A. y Lago, M. (2012). La crónica latinoamericana: cruce entre literatura, periodismo y análisis social. *Quórum Académico*, 9(2), 246-262.
<https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=1990/199025105004>

Cantavella, J. y Serrano, J.F. (Coords.). (2004). *Redacción para periodistas: informar e interpretar*. Barcelona, España: Ariel.

Caparrós, M. (2016). *Lacrónica*. Buenos Aires, Argentina: Planeta.

- Cardoso de Oliveira, R. (1996). O trabalho do Antropólogo: olhar, ouvir, escrever. *Revista de antropologia*, 39(1), 13-37.
- Carmona Jiménez, J. (2010). Periodismo y Antropología: Ficción y Lealtad. *Revista RE*, (6), 11-41. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=3352631>
- Carrión, J. (Ed.) (2012). *Mejor que ficción. Crónicas ejemplares*. Barcelona, España: Editorial Anagrama
- Correa Soto, C. (2016). Nuevos cronistas de Indias o nuevos «indios» de la crónica. *América*, 2(49). <https://doi.org/10.4000/america.1731>
- Cuartero Naranjo, A. (2014). El arte del relato sin ficción: la explosión del Periodismo Literario en el ámbito latinoamericano y español en la Sociedad de la Información. *Revista Surco Sur*, 4(7), 14-21. <http://dx.doi.org/10.5038/2157-5231.4.7.7>
- _____. (2017). El concepto de Nuevo Periodismo y su encaje en las prácticas periodísticas narrativas en España. *Doxa.comunicación*, (25), 43-62. <https://recyt.fecyt.es/index.php/doxacom/article/view/61945>
- Darrigrandi, C. (2013). Crónica latinoamericana: algunos apuntes sobre su estudio. *Cuadernos de literatura*, 17(34), 122-143. <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=439843031007>
- Falbo, G. (Ed.). (2007). *Tras las huellas de una escritura en tránsito. La crónica contemporánea en América Latina*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones Al Margen
- Favret-Saada, J. (2010) [1980]. *Deadly words: Witchcraft in the Bocage*. New York: Cambridge University Press.
- Gargurevich, J. (1982). *Géneros periodísticos*. Quito, Ecuador: Editorial Belén.

- Geertz, C. (2003). Descripción densa: hacia una teoría interpretativa de la cultura. En *La interpretación de las culturas* (pp. 19-40). España: Gedisa
- Gomez Jacobo, A. (2012, 17 de marzo). Un barrio de trabajadores sin trabajo. *Periodismo Narrativo en Latinoamérica. Recopilación de crónicas periodísticas con chispa*. <https://cronicasperiodisticas.wordpress.com/2012/03/17/un-barrio-de-trabajadores-sin-trabajo/>
- Gomis, L. (2008). *Teoría de los géneros periodísticos*. Barcelona, España: Editorial UOC.
- Guber, R. (2004). *El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Paidós.
- _____. (2011). *La etnografía: método, campo y reflexividad*. Buenos Aires, Argentina: Siglo Veintiuno Editores.
- Guerriero, L. (2015a). *Zona de Obras*. Buenos Aires, Argentina: Anagrama.
- _____. (2015b). *Los suicidas del fin del mundo. Crónica de un pueblo patagónico*. Buenos Aires, Argentina: Tusquets Editores.
- Hammersley, M. y Atkinson, P. (1994). *Etnografía: métodos de investigación*. Barcelona, España: Editorial Paidós
- Herrscher, R. (2016). *Periodismo Narrativo: cómo contar la realidad con las armas de la literatura*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Marea.
- Hoyos, J. (2007). El método salvaje. En Falbo, G. (Ed). *Tras las huellas de una escritura en tránsito. La crónica contemporánea en América Latina* (pp. 161 - 190). Buenos Aires, Argentina: Ediciones Al Margen.
- Jaramillo, A. D. (Ed.). (2012). *Antología de crónica latinoamericana actual*. Buenos Aires, Argentina: Ed. Alfaguara.

- Leñero, V. y Marín, C. (1986). *Manual de Periodismo*. México DF, México: Editorial Grijalbo.
- Malinowski, B. (1986). *Los argonautas del Pacífico occidental*. Barcelona, España: Editorial Planeta-Agostini.
- Martín Vivaldi, G. (1979). *Géneros periodísticos*. Madrid, España: Paraninfo.
- Martínez Albertos, J. (2007). *Curso General de Redacción Periodística. Lenguaje, estilos y los géneros en la prensa, radio, televisión y cine*. Madrid, España: Thomson.
- Mejía Restrepo, A. (2003). *Periodismo, crónica y etnografía: bases para una antropología periodística en Colombia*. [Tesis de Grado, Universidad de los Andes, Colombia]. Repositorio Universidad de los Andes <https://repositorio.uniandes.edu.co/bitstream/handle/1992/20782/u245619.pdf?sequence=1>
- Nieto, P. (2007). El asombro personal. En Falbo, G. (Ed). *Tras las huellas de una escritura en tránsito. La crónica contemporánea en América Latina* (pp. 141 - 160). Buenos Aires, Argentina: Ediciones Al Margen.
- Ortiz, M. (2016, 6 de octubre). Taller de periodismo y literatura con Martín Caparrós. *Fundación Gabo*. <https://fundaciongabo.org/es/recursos/relatorias/taller-de-periodismo-y-literatura-con-martin-caparros>
- Palau Sampio, D. (2013). Los otros rostros y voces. La crónica como vehículo de compromiso social y denuncia. *Revista F@ro*, 1(17), 95-112. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=4780247>
- Parrat, S. (2008). *Géneros periodísticos en prensa*. Quito, Ecuador: Editoriales CIESPAL.
- Peirano, M. (2014). Etnografía não é método. *Horizontes Antropológicos*, 20(42), 377-391. <http://www.scielo.br/pdf/ha/v20n42/15.pdf>

- Picco, E., Perantuono, P., Alemandi, A., Liceaga, M., Camerano, A., Repossi, M. y Taborda Varela, J. (2015). *Crónicas Interiores*. Córdoba, Córdoba: Ediciones Recovecos.
- Quirós, J. (2014). Etnografiar mundos vívidos. Desafíos de Trabajo de Campo, escritura y enseñanza en antropología. *Publicar-En Antropología Y Ciencias Sociales*, 0(17), 47 – 65.
<http://ppct.caicyt.gov.ar/index.php/publicar/article/viewFile/4914/5552>
- Reguillo, R. (2007). Textos fronterizos. La crónica una escritura a la intemperie. En Falbo, G. (Ed). *Tras las huellas de una escritura en tránsito. La crónica contemporánea en América Latina* (pp. 41 - 50). Buenos Aires, Argentina: Ediciones Al Margen.
- Restrepo, E. (2018). *Etnografía: alcances, técnicas y éticas*. Lima, Perú: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Rho, L. (2020). Un análisis del trabajo de campo de los cronistas en medios gráficos del interior de la Provincia de Córdoba. *Question/Cuestión*, 2(67), e444.
<https://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/article/view/6511/5589>
- Rockwell, E. (2009). *La experiencia etnográfica: historia y cultura en los procesos educativos*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Paidós
- Rotker, S. (1992). *La invención de la crónica*. Buenos Aires, Argentina: Ed. Letra Buena.
- Salcedo Ramos, A. (2011). La crónica: el rostro humano de la noticia. En García, V y Gutiérrez, L (Ed). *Manual de géneros periodísticos* (pp. 125-154). Bogotá, Colombia: Ecoe Ediciones.
- Sampieri, Collado y Baptista. (2010). *Metodología de la investigación*. Quinta Edición. Buenos Aires, Argentina. Ed. Mc Graw Hill Educación.
- Wolfe, T. (1976). *El Nuevo Periodismo*. Barcelona, España: Ed. Anagrama.

Zapata, L. y Genovesi, M. (2014). Jeanne Favret-Saada: “ser afectado” como medio de conocimiento en el trabajo de campo antropológico. *Avá revista*, 23, 1-13.

ANEXOS

1. Entrevistas a cronistas

A. Entrevista a Waldo Cebrero

A grandes rasgos, ¿cómo describirías el proceso de elaboración de una crónica? ¿qué tareas o actividades realizas?

El primer momento, depende siempre también de qué lado surja la crónica, si es de un interés personal de narrar o contar un tema o de un pedido específico de un editor y eso determina mucho. Sobre todo el deadline, el tiempo, el espacio y esos recursos con los que uno juega.

Pero lo primero que hago siempre es ver qué otras cosas se escribieron, o sea, hacer un buceo en internet sobre todo y por lo medios, ver libros, ver qué otras cosas se fueron escribiendo sobre el tema.

Después hay un proceso de investigación, de reporteo que, según el tema, tiene un poco de la forma de investigación de la técnica de la bola de nieve. Suponete que sea un perfil de una persona, mientras trato de concertar una entrevista con esa persona, voy también mandando preguntas u otro tipo de entrevistas que pueden ser por mail o por teléfono a personas que la conocieron, que están vinculadas a ella. La utilización de WhatsApp, del mail o las redes sociales para ese tipo de entrevistas también depende del deadline.

El tema de la entrevista con el/la protagonista también trato de que sea, y eso depende mucho de la exploración previa que haga del tema, trato de construir nuevos presentes. Sobre todo porque la crónica se supone que se escribe a partir de la descripción de escenas y a veces no es muy fiable construir una escena a partir del recuerdo de una persona que te lo está contando. Entonces construir un nuevo presente sería por ejemplo....(da ejemplo del Jardinero de Menéndez). Trato de ir al lugar de los hechos para construir la escena, pero antes de eso también siempre trato de hacer una primera entrevista a trazo grueso, más de vida, más abierta, para después volver a casa, escucharla, tomar nota, ver por qué cosas me gustaría volver.

Ya que estás hablando de entrevista, ¿qué características tienen (profundidad, planificadas o espontáneas)? ¿personales o a través de algún medio? ¿son de larga duración?

No, la verdad que no. O sea, planificar las preguntas no. Sí estudio el tema y el personaje. También hay que ver qué tan abierta está la persona. Si la persona me dice te doy una sola entrevista y no más y sí, capaz que me tenga que anotar muchas preguntas para que no se me pase nada. Pero es una entrevista que yo no le diría en profundidad, es una charla. O sea, me parece que la crónica -en América Latina- trabaja en dos únicos grandes universos: gente especial haciendo cosas comunes y gente común haciendo cosas especiales. Yo sobre todo laburo en temas de violencia, temas sociales. Ya es incómodo recibir a un periodista, ya es molesto ser entrevistado, ya rompe tu cotidianidad tener que declarar ante un grabador. Entonces trato que la entrevista se parezca mucho a una conversación. Y eso no es solamente con las preguntas, sino hasta con los gestos. Ganarme la confianza.

El tipo de preguntas, para mí la crónica se empieza a escribir en la entrevista o se escribe con los pies, como dice Salcedo Ramos. Entonces las preguntas tienen que ser inocentes y sobre todo hay que tener cuidado con las repreguntas. Para mí la repregunta que vale es: ajá ¿y por qué? ¿y cómo era el dolor de panza que tenías? y no tanto hacia la posición moral o ética que está tomando el entrevistado. A mí hacer ese tipo de preguntas me permite después obtener detalles visuales para después escribir y para poder contar, más allá de que me permite acercarme también un poco más a la naturaleza del otro. Pero por ahí lo laburo más en mi faceta como docente, siempre digo que las personas cuando hablan dicen tres tipos de cosas: dan información, dan opinión y cuentan algo. Cuando las personas cuentan una anécdota, el o la cronista tiene que repreguntar muchísimo sobre esos detalles porque ahí también empieza la escritura y la anécdota, a la hora de escribir, es lo que se convierte en una escena y toma voz el narrador en ese caso.

Entonces eso, en la entrevista se empieza a escribir un poco. Por eso trato de ir con el tema más o menos estudiado, con dos o tres ejes para trabajar, pero no preguntas que me hagan demorarme en la lectura. Si yo anoto las preguntas se nota que estoy leyendo. Y preguntar como si fuese un chico de 10 años, con esa curiosidad.

Para mí la principal herramienta de trabajo de la crónica es la pregunta.

Sobre el tema de la inmersión, ir al lugar de los hechos ¿es algo que realmente realizás? ¿es posible realizarlo con los tiempos de la prensa?

Sí, sí lo hago. Entrevistas a las personas en su hábitat, en lo posible, hace que se generen situaciones que no te esperas. Igual de todos modos, con los que teorizan sobre

la crónica - está bien que quizás hagan muy buenas crónicas - me pasa mucho con Leila, me parece que no hace falta ver quince veces a una persona para escribir una crónica. Está bueno, es como su mito, su manera de trabajar, de ser "la famosa mariposa negra", de hacerse invisible en la casa del otro. Pero también ese planteo de que si no haces crónica así no te acercas a la verdad creo que desmoraliza mucho a un montón de pibes y pibas, o no tan pibes y pibas, que con muchísimos menos recursos, sin cobrar en euros, también pueden hacer crónica. Creo que se puede hacer una crónica con mucho menos trabajo de inmersión. Pero sí, trato de ir.

En la crónica hasta hace 20 años atrás se discutía la primera persona y hoy la primera persona es como el goce de las colecciones de crónicas en las editoriales y en las secciones de los diarios. Ponele, cuando me piden algo de La Voz, que me suelen pedir crónicas para Número Cero, siempre es algo que yo tengo que hacer. Económicamente no me conviene, pero lo hago. Entonces por ejemplo: andá a contar el mundo de las fiestas infantiles yendo con tu hijo a las fiestas o contá el telar de la abundancia apostando y perdiendo plata. Si no vivo un poquito esa experiencia, no la puedo contar.

Y después también siempre está bien - lo hacía Walsh y lo hacía todo el mundo - ,y sobre todo si tenemos teléfono, ir y hablar con la gente, grabar y sacar 50 mil fotos, para tener como respaldo de memoria y poder escribir. No es tan difícil, salvo que sea un lugar inaccesible o que tu tema sea una crónica de viaje.

Pero lo que sí creo que no se puede hacer con pocos recursos es otro tipo de inmersión. O sea, cualquiera hace inmersión en la casa de una celebridad si te invita. La gente que realmente trabaja en contextos de violencia y tiene que estar ahí y sobrevivir. Siempre pienso en Cristian Alarcón. Fue mi jefe, yo me veía con él todos los días en Buenos Aires y comíamos con Pablo, su hijo y dije: bueno este waso no volvió así nomás de hacer de transa. Tiene un hijo y el hijo es el personaje del libro. Y Pablo todavía en ese momento no había podido leerlo. Es un umbral del que volvés sí o sí alterado. En este caso en relación sí se parece o no al trabajo antropológico, no lo sé porque no lo somos, pero no estamos al menos formados para tener esa objetivación de lo que investigamos.

¿Cuánto tiempo le dedicas, aproximadamente, a esta etapa de investigación previa a la escritura? ¿En función de qué varía ese tiempo?

A veces me ha llevado, ponele estoy pensando en las de La Voz así como más naif, depende de todo. Hablar con Vergez me llevó cuatro años años, esperar a que acabara el juicio. Y entrevistarlo, 3 horas y después un trabajo de investigación y de chequeo. ¿Entonces cuánto duró? ¿4 años o 3 horas?

Y después por lo general dos semanas, tres semanas, depende el tema. Lo de la flor de la abundancia se había estirado. Después crónicas como la que hice sobre mi proceso de apostasía, también es como un tiempo íntimo personal, me habrá llevado un mes hablar con mi tía, ir a la iglesia. Pero depende del tema y del deadline que te dio el editor.

Ya sea como experiencia personal o experiencias conocidas de otros cronistas: ¿se menciona a la etnografía como un método que puede orientar a las y los cronistas en su trabajo? ¿es posible pensar estos cruces entre crónica y etnografía?

Sí, sí lo he escuchado. Los cronistas que teorizan lo mencionan mucho. Quizás el que más lo menciona es Cristian. El tejió una relación muy grande con Reguillo, hacían los talleres de la FNPI en Tijuana, estos talleres fueron en el 2008 más o menos.

Teorizando quizás el que más lo hizo, o el que tengo ahora en mente, es Robert Boyton. Él retoma el libro de Tom Wolfe, el Nuevo Periodismo, y hace una serie de entrevistas (hace 10 años más o menos) a otros periodistas jóvenes que escriben en las mismas revistas. Se llama Nuevo Nuevo Periodismo. Dice: si los nuevos periodistas hibridaron el periodismo con las herramientas de la literatura, lo novedoso del nuevo periodismo es que la hibridación va con las técnicas de investigación y con el cruce de disciplinas. Ahí sí aparece la etnografía, incluso como técnica básica.

Debido a que en las crónicas se busca una comprensión más profunda de diversos acontecimientos o temas ¿crees que es posible recuperar a la etnografía en tanto enfoque? Es decir, a la etnografía como una perspectiva teórica que busque comprender el significado de diferentes fenómenos sociales desde la perspectiva de sus miembros.

No, creo que no. Creo que no conocemos tanto los cronistas. Salvo los talleres que nos daba Cristian y algún material que estaba dando vueltas en la carrera de periodismo sobre Rosana Guber por ejemplo, poquísmos. Sí hay ciertos conceptos que la crónica cree son propios y vienen de la etnografía, como por ejemplo la idea de la mirada en

la crónica, en contraposición a la bajada de línea o del punto de vista; y la idea del otro, que es súper antropológico. No es lo mismo mostrar una persona como acomodando prolijamente las píldoras en un pastillero que decir que es hipocondríaco. Eso tiene que ver con la mirada y el punto de vista, que surge de hacerse preguntas sobre el otro y primero sobre uno mismo y después sobre la naturaleza de los otros. Y tampoco no salís de ahí con una respuesta, salís con más preguntas. Más que de formación - que creo que nos haría mucha falta más formación - ,no se puede hacer una buena crónica si no estás como medianamente atento a las miradas del otro, a las posiciones que toma el otro.

Y en el proceso de escritura de la crónica, ¿hay una reflexión de qué lugar se le da al otro? El problema de la creación de los personajes. ¿Cómo se decide retratar a las personas? ¿hay una reflexión consciente sobre qué lugar se le asigna al otro y a su mundo de significados y qué lugar se asignan a sí mismos como cronistas en ese relato?

Sí, totalmente. Muchas veces para mí la crónica ya está tan romantizada. Hay que tener cuidado con las descripciones, yo no las uso tanto la verdad, sobre todo las descripciones para la construcción del personaje. Creo que Salcedo Ramos decía: la crónica no es diseño de interiores, es arquitectura. Y a veces, en la romantización de la escritura uno como que busca resaltar lo extrañamente singular del físico del otro, de la casa del otro, de la respuesta del otro y la crónica no tiene que se efectista en ese sentido. Prefiero que se vean otras cosas.

En el proceso de escritura si te fijás y agarrás todos los perfiles de Leila, siempre la primera vez que hablan se pone el diálogo. Creo que la mejor forma de trabajar al otro es con el diálogo. El diálogo en el periodismo tradicional es contextual y en la crónica es información no convencional. Nos da información de estatus, de estado de ánimo. Las primeras líneas de diálogo de los perfiles del Leila no se parecen a ningún otro, todo el resto de los cronistas usan o usamos por cuestiones de espacio una frase fuerte. Y eso es antinatural, no se parece a ninguna indagación etnográfica ni ninguna conversación ni nada parecido. Nadie te ve y cuando te conoce te dice pensé en matarme. Lo que hace Leila, las primeras líneas que pone son por ejemplo: sentate querida, ¿querés una taza de té? Hoy no tengo un buen día. Entonces es como que vos vas entrando al personaje a través de lo que va diciendo, sin la intervención de la "secuencia descriptiva que a veces usamos los narradores". Ahora, ¿por qué las

comillas? Dice María Moreno que la entrevista es un gran acto de montaje, la crónica, la vida es un gran acto de montaje. Yo estoy decidiendo qué cortar, qué poner.

Pero sí, el proceso de escritura es como sumamente sensible lo que yo quiero que se vea del otro. Vos puedes hacer que una persona ante otra parezca indefensa, débil o sumisa. Vuelvo otra vez al jardinero de Menéndez, su sintaxis cuando habla "¿vió?", tan campechana yo la exagero mucho porque era así, remarco que el tipo era así, y lo pongo ante el vozarrón de Menéndez dándole una orden para que se cuadre. Esa distinción soy yo la que la estoy generando. Todo el tiempo para eso en la escritura.

¿Qué lugar pensás que ocupa la reflexión teórica dentro de la crónica? No solo sobre crónica en sí, sino acerca de las temáticas sobre las que se escribe.

No sé, no puedo decirte. No me gustaría hablar en nombre de los cronistas. Sí me parece que en la medida en que estamos produciendo sentido, ya sea haciendo un copete para la web, hablando en radio o haciendo una crónica (que tampoco es la gran cosa, hay mucha romantización detrás de la crónica), estudiar, saber en qué están pensando otros científicos, otras disciplinas, hacer análisis, hacerse preguntas es clave. Es clave porque los periodistas estamos para ponerles preguntas a la gente. Una vez que se sobrepasó la discusión sobre la verdad y sobre la objetividad, nuestro trabajo cuando singularizamos, cuando queremos contar, cuando queremos mostrar es agregarle una pregunta o repreguntar sobre cierta condición, sobre cierta situación y sin el estudio eso es imposible, sin indagación teórica eso no se puede. Y lo digo asumiéndome como un tipo que no soy una persona que lea teoría, leo muchísima literatura, leo muchísima ficción, estoy escribiendo cada vez menos, estoy corrigiendo y viendo más en otro tipo de laburo, pero claro que es importante. Sobre todo porque también cuando empezamos a hablar, dijimos un poco, que por obediencia del mercado, la crónica del yo cobró muchísima fuerza últimamente y eso también merece cierta lectura de uno mismo que se hace a través de las lecturas teóricas.

B. Entrevista a Sol Aliverti

A grandes rasgos, ¿cómo describirías el proceso de elaboración de una crónica? ¿qué tareas o actividades realizas?

Me parece que eso es muy variable de acuerdo al tema que uno elija. Por lo general, y esto en base a las crónicas que yo he hecho o los temas que me han interesado, casi

siempre tengo una breve investigación teórica sobre el tema. O una breve investigación sobre el personaje, sobre el tema, sobre la gente que voy a entrevistar.

Y luego mucho trabajo de campo, es decir, por lo general creo que está muy bien informarse antes, pero muchas veces tanta información nos limita a la hora de el encuentro con el otro.

Entonces siempre tengo una primera etapa que es una lectura, para saber hacia dónde voy. Y después sí una apertura hacia el trabajo de campo, es decir, entrevistas, visitar los lugares. Creo que esa es la parte más linda y más dinámica de la crónica, que es ir hacia el encuentro con la historia. Ese trabajo de campo tiene entrevista, encuentros con mucha gente, visitar lugares y demás.

¿Qué características tienen las entrevistas que realizás? (largas o cortas, en profundidad o no, planificadas o espontáneas, personales o a través de algún medio, etc.)

Eso también depende de la historia. Hay historias que tienen varios personajes y uno quizás se centre en uno, y con ese personaje o con esa persona va teniendo un contacto más de profundidad. Sobre todo me parece que el encuentro - particularmente en la entrevista con la crónica - es gradual. La entrevista es un momento muy incómodo, un ser extraño va y te hace preguntas, es como antinatural. Y es muy incómodo incluso para el que va, porque uno sabe que se está entrometiendo en la vida de alguien. Entonces es muy gradual el modo de acercamiento. Primero quizás un acercamiento donde uno le cuenta al otro lo que quiere hacer y va de a poco a abriendo la confianza, porque es un trabajo humano, de empatía, de un encuentro entre dos seres humanos. Eso es muy gradual hasta que uno genera un vínculo. Sí o sí uno va generando un vínculo, no de amistad, pero sí de confianza como para que la persona o la historia se vaya abriendo.

No es la entrevista del notero que va, te hace tres preguntas y se va. Me parece que la cuestión de la entrevista tiene que ver con un proceso gradual donde uno se va acercando lentamente a eso que quiere contar, con todos los riesgos que eso conlleva. Porque puede pasar que el otro no se abra, o el otro no te quiera contar ciertas cosas que son importantes para tu trabajo.

Recuerdo una vez que estaba haciendo una crónica sobre los cines porno de Córdoba y fui a hablar con uno de los dueños. Yo era más chica, tenía 23, una cara de nena, entonces cuando yo le preguntaba de las cosas que pasaban ahí adentro para que

me cuente, él no me quería contar porque era chiquita y porque era mujer. Entonces todo un trabajo para tranquilizarlo a él de que podía contarme y de que podía abrirse a esa información porque esa era la información que yo necesitaba. Digo, también se juegan un montón de prejuicios y de supuestos sobre lo que se puede decir y sobre lo que no. Por eso siempre es un trabajo muy gradual el de la entrevista, de a poquito.

¿Cómo te preparas para las entrevistas? ¿elaboras las preguntas con anticipación?

Por lo general tengo algunas dudas de base. Si quiero averiguar algo, me anotaré dos o tres preguntas que sí o sí yo necesito respuestas y que sé que únicamente esa persona me las puede dar.

Después no estructuro toda la entrevista, porque lo que tiene la crónica y el género es que la información más rica quizás te la da el otro en la medida que esa conversación se va abriendo. Es un trabajo donde siempre te maravillas porque siempre el otro te va a dar más de lo que uno espera. Quizás si uno va muy estructurado, no permitís que esa cosa dinámica en la conversación se desenvuelva.

Entonces sí voy con algunas cosas puntuales que sí o sí quiero saber y después dejo que esa conversación vaya hacia donde tenga que ir. Que quizás en los silencios, en las cosas no dichas, o en alguna información que yo no tenía en cuenta y esa persona me da puedo tener una nueva punta para contar.

¿En qué lugares preferís realizar las entrevistas?

Yo creo que el mejor lugar siempre es, por una cuestión narrativa, el terreno de esa persona. Por su puesto puedes hacer la entrevista en un lugar neutral o en un lugar donde el contexto no sea importante, pero me parece que lo importante es que uno pueda conocer el ambiente que rodea a esa persona. Me parece que es muy importante estar en el campo de esa persona, porque también uno es con sus circunstancias. Entonces no es lo mismo entrevistar a una persona en un bar, donde el ambiente no me dice nada de esa persona, que entrevistarlo en su lugar de trabajo, es su casa que es lo ideal, eso siempre te da mucha más información. Lo que no dice esa persona te lo está diciendo su contexto.

¿Haces visitas de campo para tus crónicas? ¿cuántas veces para una misma crónica, aproximadamente? ¿son visitas formales o informales? ¿participas de

actividades o se puede decir que es mera observación? Idea de testigo mudo de los hechos vs. participar en actividades e involucrarse.

Siempre me parece que es importante la cuestión de los roles, no olvidarse que uno va ahí para contar, para hacer una crónica. Más allá de que uno se implique más o menos, me parece que eso siempre lo tiene que tener claro. No para pretender una objetividad, sino para no perderse de vista más elementos que si uno se implica en el sentido de que uno no va a hacerse amigo del que entrevista.

Pero eso también depende de la historia. Yo hace unos años, en el 2012 cuando estaba toda esta historia del fin del mundo maya, fui a Charbonier. Ahí había una comunidad que vivía de acuerdo al calendario maya, gente común que se hizo una aldea sin luz, sin nada. Ellos tenían una organización social de acuerdo al calendario maya. La verdad que ahí fue una de las pocas veces en donde se dieron todas estas cosas que decís de cómo el trabajo del cronista se acerca a veces, participa. Nosotros llegamos con un fotógrafo amigo que iba a registrar. Al principio dijeron: no mirá una vez vinieron los de National Geographic y la verdad que nos ridiculizaron, por eso nosotros no queremos contar más nada, no queremos que saquen fotos. Todo ese día fue un día donde la mayor preocupación fue generar confianza y vínculo para que ellos entiendan que no estamos ahí de jueces, ni de juzgadores, ni esa era la intención de ir hasta ahí.

A mitad de la tarde ya le dijo una de las chicas: bueno acá sí podes sacar fotos. Y ya después terminamos sacando fotos a lo loco, nos quedamos esa noche a dormir, participamos en sus meditaciones, en la cocina mientras cocinaban. Digo, hay una cosa - por ejemplo en ese momento - de comunidad y de organización donde no era pertinente que yo me sienta a esperar que me traigan la comida. Sino participar en esa dinámica que proponían ellos como modo de vida.

Quizás eso de participar o no participar tiene que ver más con la intuición que uno vaya teniendo en ese momento de qué es necesario. Por eso es tan humano y tan dinámico. A veces vos te das cuenta que no, que te tenés que quedar en el molde, que tenés que ocupar un lugar más bien periférico. Hay veces que los entrevistados, en este caso, nos incluyeron entonces terminamos cocinando a la noche, estudiando con ellos. Esa circunstancia a mí me permitió ingresar desde una negativa total de ellos a que nos saquemos fotos, un poco distante, a terminar cocinando en su cocina y charlando. Lo cual es algo que se genera ahí. Yo de entrada no lo podía saber y me parece que eso es

una de las pericias - más allá de las técnicas que pueda tener un etnógrafo - de que se parecen en mucho los trabajos del cronista y del etnógrafo.

Me parece que una de las cosas que tienen que jugar es la sensibilidad, la intuición, la observación, ver qué está pasando, qué pide el momento.

¿Cómo registras la información? ¿cómo la vas organizando a medida que vas avanzando en la investigación? ¿qué importancia tiene al momento de la escritura?

Utilizo varias cosas. Con una entrevista formal, es decir que nos vamos a sentar a charlar, yo siempre grabo. Hay algunos que son antigrabación porque no sé. Hay dos cosas que utilizo: libreta siempre y grabación en las entrevistas formales. Quizás en las entrevistas informales donde uno está charlando sí trato de registrar y después anoto todo eso.

En el momento de entrevista casi no escribo, porque a mí por lo menos me parece distractivo para el que está hablando, lo inquieta que diga algo y vos estés escribiendo, para mí. Sí después de la entrevista, inmediatamente registro en papel reacciones, descripciones, descripciones del lugar, de lo que tenía puesto. Porque si no uno cree que se va a acordar, pero no se acuerda. Entonces la libreta para mí es fundamental a la hora de después construir el relato general. Sobre todo con cuestiones de descripción.

¿La reflexión teórica está presente en el proceso de elaboración de las crónicas? Me parece que la investigación teórica le da un contexto y siempre enriquece lo que vas a escribir. Me parece que sí estás hablando de esa aldea maya, yo tuve que leerme todo de dónde viene lo del calendario maya, por qué, porque son cosas complejas donde uno no puede ir crudo porque si no no estarías hablando un lenguaje común.

A esa información teórica después no la suelo poner como en bloque, pero sí me ayuda a darle un contexto a los diálogos, a la situación de esas personas o la situación puntual de esa historia. Yo siempre la utilizo como si fuera una cáscara que está alrededor, que quizás ayuda a explicar lo que vos estás contando. No como algo explícito, no como algo que tiene que estar sí o sí, pero sí algo que envuelve y que sostiene, que me da un marco ya sea histórico, cultural, social, lo que sea. Me ayuda a

entender qué pasa en el telón de fondo de esa historia. Es como una especie de telón de fondo.

Ya sea como experiencia personal u experiencias conocidas de otros cronistas: ¿se menciona a la etnografía como un método que puede orientar a los y las cronistas en su trabajo? ¿es posible pensar estos cruces entre crónica y etnografía? ¿Cuáles crees que pueden ser los aportes de la etnografía en ese proceso de investigación y elaboración de las crónicas?

La crónica toma de la etnografía su método, en cuanto a la entrevista etnográfica. La entrevista de la crónica tiene mucho que ver, con los tiempos de esa entrevista. Con la idea de la participación en el campo. Yo creo que gran parte de su trabajo se basa en eso, solo que es como una etnografía a presión. De acuerdo a si vos lo tenés que publicar en algún lado o no, lo tenés que cerrar mucho más rápido que un trabajo etnográfico. Es como un trabajo etnográfico no sé si menos profundo, pero supongo yo -como un prejuicio - que el etnógrafo tiene otros tiempos. Y también otros fines. Yo creo que ahí se diferencia también la crónica, quizás el trabajo etnográfico no tiene una pretensión de comunicación en el sentido que lo tiene la crónica. Responde a otros intereses claramente. Incluso desde lo estético tiene otros fines. Pero sí creo que la crónica es como una etnografía a presión, que utiliza las mismas herramientas o las mismas armas que el etnógrafo. De hecho, el cronista de indias - uno de los primeros registros de crónicas que tenemos - era una especie de etnógrafo venido de Europa, que contaban las costumbres, por su puesto a los fines de la colonización. Pero creo que toman casi idénticos elementos, pero con distintos fines. Y me parece que la crónica en ese sentido, si bien toma de la etnografía algunas cosas, es mucho más libre en el sentido de que le puede dar el enfoque que quiera. Quizás el etnógrafo de entrada - yo no recuerdo bien - sí se tiene que plantear ciertos objetivos, ciertos puntos de investigación. Y eso el cronista no necesariamente.

¿Cuánto tiempo le dedicas a una crónica? ¿En función de qué varía ese tiempo?

Muchas cosas. En base a la historia en sí misma. En base a si eso tiene un acuerdo de publicación que un medio te dice: mirá, necesitamos esta crónica para tal fecha, que eso es lo menos ideal para hacer una crónica. Y de acuerdo a cómo se desarrolle la

historia, hay historias que se desarrollan muy rápido, que te muestra enseguida que es lo que tienen para dar.

Por lo general yo suelo hacer un intenso trabajo de campo rápido, en el sentido de intensamente ir al lugar. Por ejemplo esto de los mayas ir y estar tres días con ellos, pero tres días desde que nos levantamos hasta que nos acostamos, charlando, viendo qué hacen. Y después sí el tiempo de escritura, de pasar las entrevistas, de pensar la estructura de lo que uno quiere escribir, me parece que eso es lo más largo.

Es muy variable, he tenido crónicas que las hice en 15 días, crónicas que las he terminado en 2 meses, en 3, en 5 días. Es decir, es tan variable el tiempo de acuerdo a lo que se produzca con el otro. Porque este es un trabajo, tanto del etnógrafo como del cronista, donde el otro es el actor principal. Y el otro es contingente, uno no puede suponer cuánto va a tardar el otro en contarte lo que te tiene que contar, o cuándo van a surgir las cosas jugosas de una historia. Eso - y supongo que al etnógrafo también le pasa - es muy contingente.

El trabajo del cronista y del etnógrafo es un trabajo humano y de contingencia, con lo cual lo ideal para mí es no tener una fecha de publicación. Yo por lo general ofrezco y publico las historias cuando ya están terminadas, cosa de que a mí no me influya el tiempo del otro. Por supuesto está el riesgo que me digan no, no me interesa y uno ya invirtió el tiempo, el dinero, todo. Pero si uno se toma el trabajo en serio, la verdad que es una buena manera de decir: mirá tengo esto, ¿te interesa para publicar?. Y cuando uno va con el proceso tan asimilado, por lo general sí terminan publicando esas historias. Pero me parece que la cuestión del tiempo es gradual y es de acuerdo a cómo se vaya sucediendo esa historia.

También hay que ver cómo uno procesa esa información que obtiene, en la crónica uno siente que va a tener que traicionar a alguien. Porque vas a contar algo que al otro no le va a gustar, que lo vas a dejar expuesto.

¿Cómo es el proceso de escritura? ¿con qué problemas se enfrentan los cronistas? ¿cómo se decide qué incluir y qué no? ¿hay una reflexión sobre qué lugar se le asigna al otro y a su mundo de significados y qué lugar se asignan a sí mismos como cronistas en ese relato?

Cuando vos ya tenés todo el material, hay cosas que te dice el otro, o escenas que te dan como ay esto lo pongo o no lo pongo. A mí me parece que uno siempre tiene que ser fiel a lo que tiene que contar. Para mí es algo muy difícil esto, qué sacar, qué

poner, en base a qué, ¿quién soy yo para maquillar al otro?, ¿quién soy yo para poner eso que al otro lo deja expuesto?. Por lo general me parece que la decisión ética siempre tiene que ser una cierta fidelidad a la historia. Ejemplo de Capote.

Es difícil, yo creo que hay una ética donde uno tiene que serle fiel a la historia. Por su puesto uno no tiene que ser un hijo de puta por eso. Hay cosas, hay acuerdos que quizás salen más explícitamente en una entrevista, que alguien te dice: mirá esto yo no quiero que lo publiques. Y me parece que ahí sí hay que ser honesto y no publicarlo, porque es un respeto hacia el otro. Pero sí me parece que hay maneras de rodear eso y de contar ese silencio, no contarlo pero a la vez contarlo, contar que se dio ese silencio o que se dio eso no dicho.

En la crónica uno tiene esos dilemas, en la etnografía quizás no tenga tantos esos problemas porque cuenta lo que tenga que contar porque va a eso, a la investigación. Entonces quizás esos dilemas no estén tan presentes.

¿Cuáles son las condiciones de producción de los cronistas del interior?

Fui invitada al Festival Basado en Hechos reales junto con otros cronistas del interior, nos sentíamos como los indios del interior y nos reíamos de eso. Y conocí cronistas de Santiago del Estero, Tucumán, La Pampa. Y todos coincidíamos en algo: la crónica sigue siendo un género que se autofinancia. En general, las condiciones de producción en cualquier lado tienen una cosa de autofinanciamiento. Uno tiene un trabajo y en los tiempos que puede escribe. Salvo algunos casos, Caparrós hizo un libro sobre el hambre porque era un laburo que le había pedido la ONU, entonces se lo financiaba la ONU mientras él trabajaba.

Siempre hay una cosa de autofinanciamiento y de autogestión muy grande. Y eso es en general. Es difícil que un medio te contrate y vos estés fijo de cronista recibiendo una buena paga por lo que escribís. Las condiciones de producción son más o menos parecidas en todos lados, todos tenemos otros trabajos diversos, en medio o no en medios. E intereses de historias que vamos contando en la medida en que tenemos tiempo. Eso es en general, por lo menos en las experiencias que hemos compartido. La crónica sigue siendo una cosa de autofinanciamiento.

Medios para publicar hay pocos, salvo autogenerados. Por ejemplo el caso de Tucumán Zeta.

Me parece que es una característica del cronista del interior - para ponerle un nombre horrible - es que sus crónicas son muy abocadas a sus ámbitos. En Tucumán

vos ves muchas cosas que tienen que ver con historias que no pueden pasar en cualquier lado, sino cosas que pueden pasar en Tucumán. Me parece que el cronista del interior, por lo que veo de mi experiencia, es un ámbito muy autogestionado, sigue siendo una producción muy autogestionada, muy de la voluntad y del deseo de contar historias. Y también muy abocadas a los lugares donde eso sucede, muy de acuerdo a esos paisajes.

C. Entrevista a Pedro Noli

A grandes rasgos, ¿cómo describirías el proceso de elaboración de una crónica? ¿qué tareas o actividades realizas? Particularmente, ¿cómo es la instancia de investigación?

Primero, desde la elección del tema, puntualmente he trabajado mucho con historias cercanas, historias de la vuelta de casa de uno. Tucumán es una provincia chiquita, la más pequeña del país, pero al mismo tiempo la más densamente poblada. Entonces eso nos da una ecuación que podría traducirse en el lugar donde más amontonados estamos. O si no también podría decirse que es un lugar donde existen altas cantidades de historias, quizás el mayor número de historias por km², si hacemos la ecuación personas = historias.

Entonces, nosotros en la revista (Tucumán Zeta) hemos decidido enfocar nuestro campo de trabajo en un campo tucumano, a la vuelta, acá. Historias que suceden aquí. Eso nos permitía, primero desde lo económico poder movernos, que esa es una de las grandes dificultades que tenemos los cronistas cuando queremos trabajar temas de afuera, que a veces no solo es conseguir la plata de quien lo banque, sino también la plata para moverse, la plata para el hotel, la dimensión económica es muy importante. Segundo, con ese lugar de trabajo determinado, viene la selección de temas que nosotros consideramos identitarios de la provincia. Nosotros hemos trabajado con historias que consideramos que hacen a una identidad tucumana, hemos puesto el foco del trabajo en la crónica de acá, de Tucumán. Y de ahí ver cuáles son esas historias que refuerzan esa identidad y nuestro perfil de trabajo. Ver por los ámbitos urbanos y por las áreas fuera de San Miguel de Tucumán, que es donde estamos nosotros. Al ser pequeño hay muchas posibilidades de moverse, ir y volver en el día.

La primera cuestión técnica me parece que es definir el área o espacio de trabajo que uno quiere abarcar. Ver en qué nivel nos vamos a mover.

Después de eso, el primer paso es el contacto con las fuentes y la búsqueda de información previa que hay del tema, para ver qué se puede aportar sobre eso. Ver si la crónica va a aportar algo nuevo - que es lo esencial -, o si la crónica va a servir también para presentar todo esto de una manera más atractiva, más sintética (que no quiere decir que le está faltando algo, sino que tiene el poder de la síntesis).

Cuando determinamos eso, qué es lo que vamos a trabajar, vienen las entrevistas. Ir hacia el lugar, contactar con la gente. Observación. Incluir dentro del trabajo técnico los sentidos humanos, desde el perfume de los lugares hasta la rugosidad de la piel de una persona. La observación por sobre todo. Y la entrevista como herramienta.

¿Qué características tienen las entrevistas que realizás? (largas o cortas, en profundidad o no, planificadas o espontáneas, personales o a través de algún medio, etc.)

Es una entrevista que empieza en el primer contacto, donde se le dice al entrevistado que las próximas semanas, o los próximos meses, o año se lo va a entrevistar. Empieza ahí, cuando la persona acepta la entrevista y uno le dice: "a partir de ahora, todo lo que conversemos, todo lo que yo vea, todo lo que me muestres, todo entra dentro de mis observaciones y comunicaciones, salvo que me digas que no". Porque no sería muy efectivo sentarse en una mesa y decir: "grabamos", "terminamos de grabar" y se acabó. Me parece también que para evitar esa rigidez que sucede en ese momento, yo lo manejo así.

Yo entrevisté una vez al payaso Tapalín, de acá de Tucumán. Es el estereotipo del payaso, que se muere solo, que se muere pobre, abandonado, que le inventan cosas. A este le empezaron a inventar que raptaba niño, todas esas cosas que hay en los morbos sociales. Entonces empecé a hablar con él y lo llamé por teléfono y salta el contestador automático, entonces le dejo un mensaje: "Tapa, soy Pedro, quisiera entrevistarte...". Después me llama por teléfono y me dice: "Hola, ¿alguien quiere hablar con Tapalín?". Le digo: "sí, cómo te va?...". Empezamos a conversar un poco, le cuento que soy periodista y él estaba fascinado con la entrevista.

La entrevista cuenta desde el momento en que le digo a una persona trabajemos esto, que yo voy a estar escribiendo sobre esto y la otra persona dice que sí a la entrevista. Ahí le digo: "yo quisiera observarte con el grabador y sin el grabador, estar atento a tus cosas. Desde ahora todo lo que vea, salvo que vos me digas que no, yo quisiera que sea susceptible de publicar".

(Retoma la conversación con Tapalín). Inmediatamente en ese momento le digo que quisiera ir a su casa y me dice: "bueno tomate el 10 Barrio Los Plátanos y decíle al colectivero que te baje en mi casa". Y yo le pregunté qué pasa si el colectivero no conoce cuál es su casa y él me respondió que todos los colectiveros saben dónde es mi casa. Entonces voy hasta la parada del colectivo, me subo y le explico al chófer que estaba yendo a la casa de Tapalín y que él me había dicho que le diga al chofer que me avise cuando llegemos a su casa, no me dijo la dirección, me dijo que esto iba a funcionar. Yo hice eso para probar si eso realmente era así. Porque si me llegaba a decir que no, estaba bien, porque habla del ego de Tapalín; y si me dice que sí, bueno confirmo algo.

Todo eso también está en la crónica, porque entra en eso que ya dije de: bueno a partir de todo lo que hablemos desde ahora ya vale. Entonces la persona entra más en su naturalidad de él y no solo en el momento del rec cuando estamos grabando.

Me parece que las entrevistas son como unas entrevistas largas, eternas, que tienen el principio en el primer contacto que tiene con el entrevistado y tienen el final cuando ya lo ves por última vez (no importa cuántas veces lo veas en el medio). No solo cuando estás grabando. Eso permite que el tipo esté más tranquilo, más suelto. Y a la vez se olvidan un poco, porque estos personajes siempre suelen ponerse en su rol, en su papel cuando está el periodista. Encontré esa herramienta para que sea más natural la entrevista.

¿Cómo te preparas para las entrevistas? ¿elaboras las preguntas con anticipación?

Sigo con el ejemplo de Tapalín. Yo a él lo entrevisté tres veces. Una de las primeras fue en el estudio de tele donde él está grabando, que es un departamento de 3 habitaciones donde funciona el canal de TV y la radio. Entonces como yo ya conocía un poco la dinámica de él, preparé la estructura de una entrevista sobre el contenido duro: hace cuánto está el programa, qué audiencia tiene, quiénes son los auspiciantes, cuánto hace que funciona el canal, etc. Cosas como de contenido duro. Pero sobre eso hay otra entrevista que es la que va surgiendo a medida que uno va abordando sobre todo eso, que tiene que ver más con la observación del lugar y con el estar ahí. La importancia del estar ahí y de las cosas que de eso van surgiendo.

Entonces creo que la entrevista funciona en esos dos niveles: en uno donde uno sí se prepara para que no falten los datos duros que son constituyentes y una estructura fuerte en una crónica; y después el ambiente, que le da la forma y el color.

¿Haces visitas de campo para tus crónicas? ¿cuántas veces para una misma crónica, aproximadamente? ¿son visitas formales o informales? ¿participas de actividades o se puede decir que es mera observación? Idea de testigo mudo de los hechos vs. participar en actividades e involucrarse.

Caparrós dice que hay que ser una mosca en la cortina, invisible. Viendo de lejos, desde afuera todo lo que pasa. Observando, anotando. Me parece que eso funciona un poco mejor, soy más de eso. Me gusta ese papel donde uno aprovecha y empieza a construir el relato a partir de las otras personas que está fuera y no solo del personaje mismo.

Cuando uno se involucra, tiene que involucrarse sin romper con las escenas de la cotidianidad. Sino involucrarse para entender un poco mejor lo que está pasando. Las mejores personas que te ayudan con eso son las que están a la vuelta, no es personaje central.

¿Cuánto tiempo le dedicas a una crónica? ¿En función de qué varía ese tiempo?

Eso varía, cada historia tiene un tiempo propio. Hay un concepto que se llama completud, que ayuda a entender cuál es el volumen que puede tomar una historia, para que conserve el poder de la síntesis. La importancia de lo sintético, que no es igual a algo breve. Cuantas más ideas hay en menos palabras, la idea es más fuerte. Creo que cada historia tiene un volumen en ella misma. Cada historia tiene una búsqueda de una determinada cantidad de información y de procesos de investigación. Ejemplo de que no es lo mismo ponerse a investigar la historia completa del Pozo de Vargas - que es una fosa común utilizada por la última dictadura - (qué pasó, quiénes y cómo la descubrieron, quiénes son las personas que están ahí, cómo fue el proceso). Es una historia muy amplia y si uno la mida, su medida es de un libro. Y por ejemplo el payaso Tapalín, que es un payaso pintoresco de acá de Tucumán, interesante, bizarro tiene otra dimensión (una crónica).

¿La reflexión teórica está presente en el proceso de elaboración de las crónicas?

Lo teórico funciona como una espalda. Eso tiene que ver con el volumen de la historia también. Cuando la historia que contamos ya tiene más una trascendencia histórica, de análisis, que ha pasado por otros campos, que está inmersa en la piel de la sociedad, me parece que le da un cuerpo mucho más sólido.

Es fundamental, la crónica tiene que contribuir a la historia. La crónica tiene que quedar como un registro que contribuya a lo que luego va a ser estudiado como historia. Tiene que tener esa precisión periodística, ese valor por el dato y en eso están incluidos los datos históricos, los análisis sociológicos, los análisis psicológicos, las transformaciones que han generado determinados acontecimientos en la sociedad. Y ahí nosotros nos metemos y contamos una historia. En esa pileta inmensa donde ya han estudiado y escrito muchísima gente. Nuestro papel de cronistas es pequeñísimo al lado de todas las investigaciones y estudios que se realizan. Nosotros quizás venimos a ser, en un punto, traductores de esas miradas científicas que hay de algunas cosas. Utilizar la herramienta de la palabras, utilizar datos duros que hay y presentarlos de una manera un poco más elegante, un poco más amena para leer, más acorde al tamaño. Me parece que contribuye a eso.

Se da como un juego de asociaciones, no pueden estar separados para nada. Porque si no hay cuestiones que no serían periodísticas, caerían en lo anecdótico (ejemplo de no hacer un respaldo teórico de cuestiones de lesa humanidad). Las teorías tienen que officiar como una herramienta. Quizás es como una buena puerta de entrada para investigaciones más profundas. Alguien lee una crónica y a partir de eso se propone hacer una investigación más profunda.

Ya sea como experiencia personal o experiencias conocidas de otrxs cronistas: ¿se menciona a la etnografía como un método que puede orientar a los y las cronistas en su trabajo? ¿es posible pensar estos cruces entre crónica y etnografía? ¿Cuáles crees que pueden ser los aportes de la etnografía en ese proceso de investigación y elaboración de las crónicas?

Para mi es eso que acabo de decir recién. El trabajo que hacen los etnógrafos sin duda es mucho más profundo que el que hacemos los cronistas. Nosotros quizás, desde nuestro papel de contadores de historias, podemos contribuir a la difusión de los trabajos. Creo que ahí está la asociación.

Ejemplo del fotógrafo que trabajó en un Penal de Villa Urquiza de Tucumán, un trabajo fotográfico cercano a la etnografía. El laburo no tuvo mayor trascendencia. Luego conocí el trabajo y escribí una crónica, el hecho se hizo más conocido e incluso empezaron a estudiar el caso la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, etc. Ese es el lugar de traductor. Por tener un mayor conocimiento del funcionamiento de los medios, tenemos más posibilidades de saber cómo hacer que algo se difunda. El rol de narrador.

¿Cómo es el proceso de escritura? ¿con qué problemas se enfrentan los y las cronistas? ¿cómo se decide qué incluir y qué no? ¿hay una reflexión sobre qué lugar se le asigna al otro y a su mundo de significados y qué lugar se asignan a sí mismos como cronistas en ese relato?

Las principales limitaciones que hay son éticas, ser fiel al pacto que se hizo con las fuentes, con los entrevistados. No publicar lo que no quieren que se publiquen. Si sucede eso es recomendable volver a consultar con los entrevistados, llamarlos nuevamente.

El compromiso también con los datos y los hechos, no inventar nada. Es el pacto que hay entre los cronistas.

Muy lejos del morbo, de la información que puede llegar a generar violencia. Siempre apuntar a la información que pueda llegar a construir algo, ya sea los rasgos identitarios de una provincia o los problemas que están atravesando a una sociedad.

¿Qué significa el concepto o idea de cronista del interior? ¿te parece válido hablar de cronistas del interior? ¿cuáles son sus particularidades? ¿en qué se diferencian? ¿qué los caracteriza?

No me parece que sea correcto decir cronista del interior, porque si nosotros somos del interior los de Buenos Aires son del exterior. Me parece que es mejor decir cronistas argentinos, cronistas del centro del país, del norte del país, o de capital. Esto tiene ya una trayectoria que supera al mercado de la crónica y del universo de los cronistas. Eso sucede en todos los ámbitos: están los del interior y los de Buenos Aires. Responde muchísimo a la formación del país, a aquellos unitarios y federales, cómo ha ido avanzando todo. Hay una dicotomía ahí bastante marcada, pero no comparto que eso sea así en la crónica. No por lo menos en la nomenclatura.

Quiero pensar que es mucho más justo el término cronistas argentinos, sin entender que es despectivo decir del interior. Pero ya ha tomados matices el ellos y nosotros.

Es algo que supera a la crónica, caemos en esa mirada porteñocéntrica. Ellos dicen del interior.

D. Entrevista a Nicolás Adet Larcher

Los y las cronistas suelen hablar y reflexionar sobre la mirada, ¿qué es para vos?, ¿qué implica? o ¿cómo la definirías?

A mi me gusta tener como referencia las cosas que dice Leila Guerriero sobre lo que es el periodismo narrativo y en general la construcción de la crónica. Y ella dice mucho esto de que el buen cronista es el que sabe ejercitar la mirada, que ejercitar la mirada es lo que construye la buena crónica y el buen texto.

El tema de la mirada considero que es muy importante. En general, es lo que termina dándole cierta densidad y cierta profundidad al texto porque es lo que te permite tener en cuenta y darle importancia a detalles que por ahí para un texto que es más acorde a lo que es un diario o el clásico texto de la pirámide invertida no cuentan, porque siempre se trata de dar la información más básica para que el lector entienda en el primer párrafo del texto. Pero en esto de tratar de escribir una crónica, por ahí los detalles más mínimos son los que suman para construir el personaje que vos estas tratando de armar, por ejemplo.

Igual de importante que escuchar lo que te dice la persona, es saber también mirar y darle tiempo a la mirada para que pueda aclimatarse a eso y darle varias oportunidades, no solamente estar una sola vez, tratar de que sean varias oportunidades.

En la crónica se menciona mucho la importancia de la descripción, ¿qué entedes por descripción?, ¿qué implica una buena descripción? y ¿cuál es su función dentro de la narración?

Depende del tono que le quieras dar al texto o de qué es lo que te pide la historia. Hay historias que por ahí sirve mucho más una descripción bien detallada de la situación y hay historias que se pierden si te empezás a meter en muchos detalles. En algunos casos sirve que la historia sea más contundente y que puedas darle cierto clima a la escena que estás construyendo. Hay que ver cómo ser contundentes con los detalles, pero sin caer en el cansancio.

¿Reflexionas acerca de tu propio lugar como cronista?

El hecho mismo de la existencia del periodismo es raro, uno va a un lugar a hacerle preguntas a las personas sobre sus vidas más íntimas. Es una cosa que no se da en el contexto de otro laburo. Eso está aceptado de alguna forma y te permite poder meterte en la vida de esas personas y seguirlas de cerca, si hay un consenso de aceptación de la persona.

Al mismo tiempo hay como una cuestión de que no sé hasta qué punto hay lugar para los cronistas en los medios. Son pocos los medios que hoy te publican una crónica extensa y que requiera de tiempo porque en las redacciones de los diarios sabemos que la situación de precarización laboral existe, que cada vez son menos los recursos, que los periodistas -por lo menos aquí en Santiago- en las redacciones se llegan a llenar cinco páginas por día sobre cinco temas completamente distintos, haciendo hasta diez entrevistas por día. Y ahí si te pones a pensar en tratar de escribir un texto que tenga cierta profundidad y que tenga cierta investigación, es prácticamente imposible. Entonces el hecho de que pueda existir la crónica primero necesita que el periodista pueda tener cierto tiempo para laborarla, lamentablemente que no viva solamente del ingreso que le generan las crónicas, porque gran parte de las personas que hacemos periodismo narrativo no es nuestro ingreso principal a nivel económico. Entonces hay como cierta fascinación por lo que es el periodismo narrativo en los últimos años pero al mismo tiempo no hay tantos espacios que permitan que ese periodismo pueda crecer. Pero bueno, el periodismo en general vive en un estado permanente de crisis que no le permite terminar de potenciar muchas cosas interesantes que hacen muchos periodistas a pulmón.

¿En qué lugar/es preferís realizar las entrevistas? ¿Qué importancia tiene el contexto?

Siempre que se pueda, mejor hacerlo en la casa de la persona a la vas a entrevistar porque ahí te encontras con su mundo más próximo y su entorno más íntimo. Pero hay muchas personas que no les gusta o de entrada ya te plantean otro escenario para hacer una entrevista, entonces en ese caso trato de que sea un lugar que en general frecuente esa persona. Por ejemplo, me ha tocado entrevistar a un senador nacional para hacer un perfil y él gran parte de su tiempo lo pasaba afuera de su casa, en bares. Entonces he ido a hacerle las distintas entrevistas en los bares donde él se sentaba a tomar un café. Y esos bares también eran lugares donde él se reunía al mismo tiempo con otras personas que lo esperaban en otras mesas. Entonces vos ahí ya tenes una escena que te describe a la

persona, te describe por lo menos una porción de ese personaje. Entonces siempre trato de que sean lugares donde la persona se sienta cómoda y que al mismo tiempo sean también parte de su entorno cotidiano.

¿Qué características tienen las entrevistas que realizas? (largas o cortas, en profundidad o no, planificadas o espontáneas, personales o a través de algún medio, etc.)

Siempre lo mejor es que sea más de una entrevista. Lo que yo hago, por lo menos, es primero reunirme con la persona que voy a entrevistar, tener ese primer encuentro y que sea una cosa más dialogada. Y después de eso reunirme con otras fuentes que conozcan a esa persona. Entonces en el segundo encuentro que yo tengo con esa persona ya tengo más recursos para poder hablar con ella, porque en el primer encuentro yo tengo su versión, sin estar contaminada; y en el segundo encuentro ya voy con más herramientas para meterme un poco más en lo que probablemente me puede llegar a interesar o capaz que lo yo pensaba que podía llegar a querer de esa crónica me lo termina cambiando lo que me dicen las otras personas que conocen a ese otro entrevistado que es el núcleo central de la historia.

También tratar de que no sean entrevistas muy duras, sino que sean una conversación. Y a partir de ahí ver qué tanto te devela la persona que estás entrevistando. Porque hay personas que tienen como un casete incorporado, entonces capaz que necesitas más entrevistas que con otra persona. Lleva más tiempo que esas personas puedan salir de su discurso que siempre repiten.

¿Haces visitas de campo para tus crónicas? ¿cuántas veces para una misma crónica, aproximadamente? ¿son visitas formales o informales? ¿participas de actividades o se puede decir que es mera observación? (Idea de simple testigo de los hechos vs. participar en actividades e involucrarse)

Depende de qué es lo que necesita el texto. Yo creo que está bueno poder hacer ese tipo de exploración y de visitas teniendo algunas referencias previas de qué es lo que uno va a mirar. Porque si llegas a un lugar que no conoces y solamente te dejas llevar por las referencias que te está dando la persona con la que estás ahí presente, capaz te perdes ciertas cosas que están pasando alrededor tuyo.

A mí en general lo que me gusta es tratar de buscar documentos y archivos de cosas, de lugares para, a partir de ahí, ir y tratar de ver mejor qué hay alrededor. Y, en caso de

que sirva, qué diferencia hay también entre cómo está ese lugar ahora y cómo estaba hace un tiempo.

¿Cuánto tiempo le dedicás a la elaboración de una crónica? ¿cuál es la importancia de trabajar en el tiempo?

Con respecto al tiempo, hay que ver también cuál es el hecho que estás contando, porque si son crónicas sobre casos policiales o cuestiones que están siendo investigadas, uno siempre puede pasar más tiempo. Si puede pasar más tiempo, mejor, porque va a sumar y enriquecer al texto. Pero también hay ciertos textos que requieren cierta urgencia. O sea, estamos hablando de que se necesita tiempo para escribir, pero también hay crónicas que son mucho más urgentes y que necesitan de una inmediatez (aunque distinta a la inmediatez de las noticias del día a día). Me refiero a casos que son urgentes pero que llevan un proceso de dos o tres días. Por ejemplo un texto que salió sobre Ginés, si bien el periodista se tomó unos días para hacerlo, se necesitaba cierta urgencia para que no pierda vigencia. La coyuntura te va llevando. Hay textos que son más trabajados y que recopilan más información porque están adaptando a un hecho en proceso y hay hechos que tienen que ver con lo que va pasando semana a semana y si vos no terminas el texto en el momento, todo este trabajo y tiempo que has invertido termina quedando en la nada.

¿Cómo es el proceso de escritura? ¿con qué problemas se enfrentan los cronistas? ¿cómo se decide qué incluir y qué no? ¿hay una reflexión sobre qué lugar se le asigna al otro y a su mundo de significados y qué lugar se asignan a sí mismos como cronistas en ese relato? ¿se presentan debates sobre cómo representar a esos otros y qué consecuencias puede traer?

La escritura es lo más difícil. Escribir no se disfruta siempre, es como una agonía que uno tiene porque lo más lindo de escribir es ver el resultado final. La ansiedad siempre te juega en contra, sobre todo por el hecho de que cuando uno se sienta en la computadora primero tiene que tener todo el material ya listo. No hacer una entrevista, sentarte a escribir, hacer otra entrevista, sentarte a escribir. Primero tenés que recopilar todo el material y ahí ver qué es lo que uno tiene y qué se puede construir a partir de eso. Hay veces que a la mitad del texto surge un dato nuevo que te desconfigura todo lo has escrito, entonces tenes que volver a armar todo de cero o hay veces que eso te suma.

Pero por lo general, vos podés ser un gran escritor y tener todas las herramientas a disposición para escribir un gran texto, pero lo que necesario para escribir una buena

crónica es tener un buen editor. Hay errores y cosas que uno no las ve, uno no puede ser crítico de sí mismo.

Y uno siempre está pensando cómo se van a ver las personas en el texto, porque uno está escribiendo desde afuera y siempre la mirada del otro te va a terminar condicionado en cierta medida. Hay casos de periodistas que comparten el texto con las personas a las que entrevistan y, a partir de eso, van corrigiendo y armando el texto. Yo no comparto esa forma de trabajo. Sí me gusta aclarar las cosas desde un principio con el entrevistado y decirle cómo va a ser el texto, compartirle material que uno ha escrito previamente para que se dé una idea de cómo va a estar armado. Que quede claro desde el principio qué es lo que uno va a tratar de contar. Y después, una vez que uno ya tiene el material listo, tratar de compartirlo con el entrevistado, porque uno tiene la obligación de hacerlo porque esa persona te ha cedido su tiempo y su espacio. Hay veces que no les gusta para nada, siempre te van a decir que ha faltado algo, pero porque los recuerdos también son parciales, las versiones son contradictorias y uno tiene que saber cómo ensamblar ese tipo de relatos. Que estén presente la mayor cantidad de fuentes posibles también eso ayuda a que el texto no sea condescendiente con alguien en particular. Porque uno a veces tiende a caer en algo aleccionador o de moraleja en los textos y por eso tiene a caer en facilismos que achatan a los personajes y en la medida que los personajes puedan ser más complejos y que muestren sus contradicciones, dejar la palabra desnuda de la persona que está hablando también sirve.

Ya sea como experiencia personal u experiencias conocidas de otros cronistas: ¿se menciona a la etnografía como un método que puede orientar a las y los cronistas en su trabajo? ¿es posible pensar cruces o parentescos entre la crónica y la etnografía?

Hay muy buenos cronistas que saben cómo lograr una convivencia armónica entre los dos mundos: lo académico y lo periodístico, aunque no es mi caso. Sí siento que uno para poder escribir y para poder hacer un mejor periodismo no tiene que estudiar periodismo, siempre es mejor que pueda estudiar otros campos -eso también lo decía Leila Guerriero-. Digo, sociología, historia, algo que te pueda enriquecer para llevar adelante esa escritura.

E. Entrevista a Laura Córdoba

¿Por qué y cómo surgió la idea del portal?

Lo primero es que surge el portal muy ligado a mi historia de vida personal y también a mi trayectoria. De hecho, Etnográficas es un proyecto que no está vinculado a ningún marco institucional, de la universidad, ni mucho menos. Así que como para hacerte un resumen bien breve: yo soy Caletense, vivo en la provincia de Santa Cruz. Somos ochenta mil habitantes. Y para que te des una idea, creo que hay dos antropólogos nada más, una licenciada y un magíster. Los profes que enseñan en la universidad, son profes de otras áreas y en el secundario creo que también.

Y de Etnograficas... yo nací acá, después me fui afuera y vuelvo en el año 2003 a estudiar Ciencias de la Educación. Me recibí de eso y tuve por primera vez Antropología Social y me enamoré.

En 2016 y 2017, que fueron los años que estuve de movilera, fueron años re complicados porque fueron los dos primeros años de Macri, piquete, corte de agua... El programa se llamaba El oso, porque el chico era un coso así re grande y el lema era "En búsqueda de la verdad salvaje". Yo estaba estudiando antropología, entonces inconscientemente tomaba registro, iba y hablaba con uno. Y no es que iba, hacía la nota y me volvía. Sino que me iba a un campamento a la noche, me quedaba horas. Entonces, viví antropológicamente esa experiencia que fue muy linda. Y después, con el tiempo empezó a pasar lo que pasa siempre. Cuando vos estás en dependencia de alguien te hacen trabajar diez veces más y te pagan cinco veces menos, y a veces, te faltan el respeto. Yo terminé. No se empezaron a cumplir los términos que había acordado. Yo solamente tenía que ir a hacer los móviles, después terminé haciendo notas para un diario escrito. Escribía cinco notas por día.

Entre 2017 y 2018 me fui de la radio y volví a mis inicios. A mí me gusta escribir. Entonces, me di cuenta que entre la universidad, la teoría, los piqueteros, los movimientos sociales, las cuestiones de exclusión social y lo que pasaba en la calle, había una distancia tan enorme. Nunca ibas a investigar al piquete que era lo que pasaba, lo que pensaba la gente que estaba ahí.

Entonces, Etnográficas fue para hacer algo que trate de unir en mi estilo, porque yo escribo narrativamente. Me encanta escribir y la etnografía me encanta. Etnográficas está pensado para dos públicos. Por un lado, él que sabe que es de etnografía por más que no tenga el producto logrado todavía. Y por otro lado, la gente, porque es maravilloso la gente acá que empiece a hablar y a conocer lo qué es la antropología y qué es la etnografía.

¿Por qué lo llamas Periodismo Antropológico? ¿Cuál es su marca distintiva? ¿A qué te referís con una perspectiva diferente?

Yo la presenté por primera vez a la página en el 2008. Tenía algunas notas escritas y lo fui delineando. Entonces yo también me hice esa pregunta de qué es el periodismo antropológico, o si será antropológico o será etnográfico, porque el método yo no lo tengo resuelto en un 100%, pero si tengo algunos de los criterios de los cursos que hice en el posgrado. Por ejemplo, el curso que hice con Rosana Guber y me quemó la cabeza yo cursé con gente que hace 20 años que trabaja en la etnografía. Y eso yo nunca lo presenté o comenté a la idea de periodismo antropológico. ¿Cómo hago yo para hacer periodismo respetando el método antropológico? Y un profesor me decía ¡No importa! ¿Cómo hago para ser rigurosa en el método y trasladar la metodología al ámbito periodístico? Porque es muy difícil hacer etnografía y creo que es doblemente difícil intentar hacer periodismo antropológico y etnográfico. Primero por los prejuicios y segundo porque vos haces periodismo en tu propia comunidad entonces estás limitado por un montón de cuestiones. Es el núcleo más problemático que yo tengo. Pero sí hay algunos principios. Por ejemplo, acá el periodismo es un periodismo muy superficial, copiar y pegar parte de prensa. Entonces, los principios básicos que adopté de Malinowski en trabajo de campo... primero de estar ahí en el lugar. Yo para ir a hacer una nota hago la cobertura de estar en el lugar y hablar con la gente. Y acá es cíclico, no es que pasa un conflicto, se levanta y vuelve. Siempre se sostienen en mucho tiempo. Fui muchas veces, entonces hablaba con uno, hablaba con otro. Podía captar las diferentes perspectivas de un lado y del otro. Entonces yo decía esto está bueno porque esto es hacer antropología.

Lo otro es que tenés ciertos marcos teóricos... porque es muy difícil en una nota periodística porque primero la gente lee muy poco, y cuando son muy extensas las notas la gente no lo lee. Tenés algunas categorías teóricas inscriptas de donde vos podés hacer análisis.

Después aplicar ciertas categorías teóricas para hacer algunos análisis y poder respetar lo que dicen. Si yo escribo de un conflicto trato de que mi nota sea equilibrada. Por ejemplo, están los medios que son oficialistas, antioficialistas, la grieta. Y no hay más. Entonces, poder incluir en una nota la mirada de ambos está bueno, como esa perspectiva diferente. Y tratar de ser no neutral porque obviamente no podemos a priori considerar que vamos a ser neutrales. Sino que tratar de dejar inscripto o documentado. Y ahí es donde aplico ciertos criterios. Voy a la fuente desgrabo y voy teniendo cierta continuidad de algunos procesos. Entonces, trato de cortar el proceso meterlo en una botella... y la

parte más difícil es cuando tengo que hacer algún análisis, que ahí ya no llego. Porque la pieza en sí es para mí como pequeñas obras de arte que después, de hecho las sigo trabajando y las sigo madurando. Escribir es una tarea sumamente difícil, y desde el punto de vista etnográfico hay veces que nosotros queremos que salga algo porque tenemos la idea, pero hay veces que necesito un tiempo de maduración. Entonces, Etnográficas como es atemporal, no sigue una línea editorial, no tiene financiamiento de nadie... es como que yo tengo esa libertad y pongo énfasis en eso, en dejar documentado el proceso y destacar lo positivo que tenemos como comunidad y también ser como mi espacio de resistencia.

¿Trabajas con entrevistas? ¿Qué herramientas recuperas de la entrevista etnográfica? ¿Qué características toman ese tipo de entrevistas?

Sí. La sección de entrevistas está en la primera versión y está en la siguiente.

Cuando yo iba al campo hacía entrevistas todo el tiempo. Las entrevistas en radio quedan grabadas pero son muy breves, vos las escuchas y si no las haces noticia se van, se quedan archivadas. Antes de Etnográficas trabajé en un medio que se llamaba Observador Central y ya hacía entrevistas ahí porque me gusta mucho el mano a mano con la gente. Y empecé a hacer como una especie de prueba porque me dí cuenta que acá al ser una comunidad tan chica si vas con un grabador, la gente se inhibe mucho, o sea te cuentan muchas cosas y otras no. Entonces a mis entrevistas siempre las tomaba a mano, me sentaba con mi entrevistado, iba tomando nota de algunas frases e iba haciendo como una especie de esqueleto, o sea una narrativa. Siempre me gustó escribir así. Entonces en las etnografías empecé a hacer eso. Anotarlas a mano, sacar fotografías y tener contacto con la gente porque, en el campo periodístico, vos vas pones el grabador, la foto, listo y te vas, y a la gente le encanta salir en la foto pero después es como esa necesidad de poder documentar. Porque yo decía pucha eso que dijo es tan interesante ¿por qué no está en ningún lado? o eso que no dijo pero con la mirada... Además vos veías situaciones muy difíciles, por ejemplo de mujeres. Acá hubo un acampe de mujeres como de cuarenta días, dormían afuera de la municipalidad en una carpa, llevaban a los pibes, cocinaban... y eso estaba naturalizado. Y para mí era asombroso ¿cómo podemos vivir así? Entonces era un asombro permanente estar en la calle, las entrevistas venían a complementar eso.

Y ahora yo lo sigo haciendo. Trato de no meterme mucho en la parte política y hacer entrevistas. Por ejemplo, este año comencé una sección que se llama entrevistas emprendedoras, en donde le hago entrevistas a mujeres que tienen negocios porque este año el comercio local acá fue muy malo. La idea era poder ayudar y contar la historia

detrás de la mujer que emprende. Entonces ahí armo las notas y las entrevistas las hago así, siguiendo algunos lineamientos y, a veces, las entrevistas se concretan con gente que yo ya conozco o que tengo alguna pre charla. Algunas son muy lindas, y me quedo con ¡ah eso debería haber quedado grabado! entonces trato de ser rigurosa en la metodología. Siempre voy pidiendo permisos, si hay algo que no les gusta, porque ellos ven que yo no grabo y después dicen guau todo eso escribiste y siempre te dicen más. Igual yo trato de cuidar algunas cosas, que hay cosas que la gente te dice que no las puedes decir. Y a veces le pongo algo de poesía o trato de relativizar o cambiar un poco las palabras y jugar con eso.

**¿La reflexión teórica está presente en el proceso de elaboración de las notas?
¿Hacés una indagación teórica sobre el tema de la nota? ¿qué rol juega esa teoría?**

Es fundamental lo que vos preguntás y está muy bien. De hecho en Etnográficas las notas que tengo publicadas no creo que ninguna pueda reflejar lo que vos me estás preguntando acerca de la reflexividad. Sin reflexión no es etnografía, y yo lo pienso mucho porque sé que el producto que quiero instalar a nivel académico no está logrado, o sea, un antropólogo puede venir y decirme “esto no es etnografía” y obviamente no es etnografía. La página está inspirada en el método etnográfico y la reflexión forma parte no solamente de la página, sino de mi vida diaria. No le puedo poner mucho tiempo físico porque tengo que trabajar, pero sé que con el tiempo la voy a ir haciendo despacito y a mis tiempos y la reflexión es fundamental porque yo digo ay esto es ideal para Etnográficas... entonces empiezo a aplicar la reflexión, qué es lo que quiero comunicar, qué sería de acá lo interesante que yo quisiera que dentro de diez años se lea. A mí me ha pasado en la otra página en la que trabajé previamente que yo hice muchas entrevistas que les gustaban y que vos las lees 5 o 6 años después o incluso algún familiar y te lo agradecen porque vos les contás algo que no sabían una anécdota un detalle de la vida cotidiana algo que quizás pasó desapercibido y que vos lo pudiste documentar y la reflexión ocupa un lugar central en eso.

Yo no quiero tener un blog que sea para mí, para engordar mi curriculum o para hacer paper académicos. Esta es como la pata fuera de la academia que a mí me permite soñar y decir bueno yo quiero que la gente me lea y que también lea en el futuro cosas que le pueden interesar y que no están escritas en ningún lado y la reflexión está en todo momento. Y lo último de esto sobre la reflexión teórica, es que yo, para que te des una idea, este año hice cuatro cursos de seminarios de postgrado porque estoy terminando la

maestría en Antropología Social. Entonces todo el tiempo voy retroalimentando con los cursos lo que voy escribiendo, voy haciendo esa vigilancia epistemológica. A veces pido a algunos colegas que me lean porque siempre te van a dar una mirada. Me pasó con una nota que escribí a principio de año que yo estaba enojada con el tema de la educación pública y no quedó tan bien porque era muy sesgada. Entonces tratar de tener ese equilibrio y presentar diferentes miradas. Es un desafío, pero sin reflexión no es etnografía.

Cuando planteo los cruces entre crónica y etnografía trabajo con la distinción que hace Guber entre método, texto y enfoque. ¿Qué puede aportar el enfoque etnográfico al periodismo o la crónica?

Yo creo que una de las cosas más importantes en esta experiencia de haber estado en la universidad y ser bichito de universidad mucho tiempo es salir a la calle. No es que la antropología solamente le de al periodismo o el periodismo le de a la antropología, o incluso se pueden tomar como distanciadas y opuestas. Me parece que se enriquecen mutuamente. Te doy algunas pistas. En primer lugar, el tema del asombro, yo creo que muchos colegas, muchos periodistas, van perdiendo el asombro. Vos te das cuenta porque las primeras semanas o los primeros meses que vas a un corte o, por ejemplo, me acuerdo la primera vez que fui a un piquete que había chicos de la UOCRA, petroleros ahí todos con pasamontaña, prenden fuego la cubierta, desde cómo se mueven, quien habla, quien no habla todo eso, para mí era fascinante, tenían un nivel de organización en algunas cosas. Y eso para ellos era corriente y para mí no, porque una cosa era verlo en las noticias y otra cosa era estar ahí y escuchar lo que la gente decía, ver lo que hacían. No digo que el periodismo haya perdido la capacidad de asombrarse, pero acá sí era todo muy rutinario, y aparte son pocos los chicos que hacían móviles de radio.

Y ahora a la inversa, lo que el periodismo en lo narrativo le puede ofrecer al etnógrafo, al que viene al campo, es que a veces venís de la universidad muy con la teoría, entonces hacer más simple las cosas para que la gente te entienda. Y a mí me ha costado, aprendí más de cómo hacer investigación y metodología estando en el campo que estando seis años en la universidad. Yo hice trabajo de campo en la universidad, pero era un enfoque muy centrado en la academia. Sin embargo en la calle aprendí que sí, que el periodismo lo podes hacer todo el tiempo, si sos periodista y te gusta. Como que no necesitas por ahí ser tan riguroso. Incluso yo quiero ser rigurosa con mi método y querés ser rigurosa al 100% y a mí me costó mucho tiempo de no publicar nada porque sentía que no era

etnografía. Y ahora me animé, porque en definitiva es mantener un espacio de lo personal de lo que a uno le gusta hacer para seguir soñando. Y no ser tan riguroso en lo metodológico, que no es lo que yo quería lograr o lo que quiero lograr, pero eso tal vez lleve un tiempo más ¿no?.

Por eso este año le incorporé una sección que se llama instantáneas, que lo dividí en tres categorías: del mar, de la cordillera y la meseta, porque a la gente le gusta ver fotografías de la naturaleza y en este caso centrado en la provincia de Santa Cruz, y senderos de la memoria, porque acá a nosotros se nos quemó el archivo histórico hace cinco años. No hay archivo histórico y no, no tenemos museo, entonces tenemos como una serie de cuestiones ya históricas como el agua o sea el valor a lo cultural, a lo histórico, como que se va perdiendo. Y ahora hice una campaña, muy breve, yo le digo campaña pero en realidad hice una iniciativa en donde invito a la gente a que si tienen fotografías o que si tienen una historia para contar que Etnográficas está para eso. Y en ese sentido recibí mensajes porque conseguí una foto de Caleta Olivia de 1930 cuando no había nada, entonces fue ¡uy qué lindo! Entonces a la gente le gusta eso.

Sí, resuena esa idea de los cronista de poner en palabras y narrar con otras armas cuestiones más complejas para que lleguen a más gente. Por eso me parece acertada la respuesta que me diste y me deja pensando en ese sentido...

Quiero ser mejor escritora y me veo dentro de muchos años escribiendo en mi página cosas que me gustan. Y la universidad se ha vuelto una cuestión tan burocrática, que si vos tenes una buena idea, porque yo creo que Etnográficas es una buena idea, la parte que tiene en contra como cualquier cosa es que yo no tengo financiamiento. Alguna vez me voy a presentar en algún concurso para ver si puedo tener algo, porque el mantenimiento te sale caro, poder tener un producto bueno también. Yo tuve que invertir de nuevo. Yo la versión anterior no la podía dar mucho a conocer porque no me gustaba como había quedado. Y soñaba con tener la galería de imágenes, como un museo que no tengo en mi ciudad porque es el aporte que puedo hacer. Y no lo pude pagar porque me cobran muy caro. Pero bueno, subí una fase más y el producto ya es bueno y ahora yo lo doy a conocer y con mucho orgullo además porque es lo que decís vos, escribir un paper te lleva tanto tiempo, y hasta que te lo aprueben y todo eso y está bueno porque vos tenés que tener rigurosidad, pero como si no tenés ese espacio de creatividad como que terminás escribiendo para alguien que nunca te va a leer. Yo soy docente investigadora, tengo una carrera medianamente. Imaginate yo fui madre a los 17/18 años fui estudiando como

pude. Fue un sacrificio enorme y a mí me gusta muchísimo. El tema es que vos en algún momento te haces crítico de la academia, o sea no de la academia, yo hablo del lugar donde estudié, donde me recibí y trabajo y digo ¡pucha! yo por ejemplo con el tema del agua hay un montón de gente que trabaja el tema del agua, y yo digo que hago para ayudar, y de casualidad yo no quería el tema del agua, y bueno armamos un foro ciudadano, hicimos talleres participativos durante dos o tres años y todavía no pude terminar de escribir el informe. No sabés la cantidad de trabas de la universidad, y vos decís pucha, yo quiero ayudar, está bien, yo no soy ingeniera agrónoma, no puedo ayudar desde lo técnico. Pero del punto de las ciencias sociales tenés mucho para aportar y sin embargo ¡una burocracia! Recién el año pasado pudimos inscribir el proyecto dentro de la universidad, una cosa re contra engorrosa. Pero si está la idea y tengo dónde publicarla, y bueno al ser dueña de mi propio medio yo tengo la libertad de decidir qué puedo publicar y qué no. Y sostenerla, porque yo creo que en el futuro va a ser muy necesario y es muy necesario instalar, no solamente la crítica porque criticar nos encanta, pero también proponer tener algo propositivo.

2. Entrevistas a antropólogos

A. Entrevista a José María Bompadre

¿Cuál crees que es la importancia de estudiar Antropología en el marco de la Lic. en Comunicación Social? Específicamente, ¿qué aporta el estudio de la etnografía en la formación de los comunicadores en general, y al trabajo periodístico en particular?

Con respecto a lo primero, que tiene que ver con establecer ciertas relaciones entre el campo comunicacional y la antropología. En general, uno de los aportes de la antropología va a ser el metodológico, de enfoque que tiene la etnografía en este caso. Esto a nosotros nos parece sumamente importante porque lo que me parece que la antropología va a habilitarle a la comunicación es, no la modalidad de preguntar, sino la manera de cómo hacer las preguntas antropológicas que les sirvan a los comunicadores para desentrañar la trama de lo que persiguen desentrañar. En ese sentido, lo que la pregunta antropológica trata de hacer es indagar en cuáles son las representaciones y las prácticas que tienen los sujetos entrevistados, qué representaciones tienen sobre el alcance categorial de lo que se les pide o se les pregunta. ¿Qué significa esto? A veces, cuando uno analiza los distintos formatos o géneros periodísticos, no siempre los comunicadores

avanzan en identificar en las categorías que usan las personas, si de alguna manera hay posibilidades de comprenderlas de diferente manera. Es decir, no siempre se pone en duda si las personas están entendiendo lo mismo cuando uno dice cultura, sociedad, etc. (determinadas palabras o categorías). En ese sentido, lo que me parece que intenta la antropología es indagar los sentidos que les asignan las personas o los grupos a determinada categoría. La pregunta antropológica lo que pretende es desarmar eso, entrar -en lo que Guber llama- el universo sociocultural del otro. O sea, tratar de desentrañar de alguna manera una perspectiva otra para de alguna manera recuperar lo que Rockwell llama documentar lo no documentado. Y no presuponer que al mundo todos lo entendemos de la misma manera.

Ahí también me parece que importa la cuestión de la reflexividad en relación a las relaciones sociales y las posiciones sociales que ocupamos los sujetos, esta dimensión sociológica -si se quiere- que es inherente tanto al campo antropológico como comunicacional. Cuando uno entabla una relación de entrevista, una entrevista es una relación social. La pregunta sería: ¿la crónica también puede ser una relación social? Claro que sí que lo es. El tema es cómo nos posicionamos en esas relaciones, en relación a esos otros con los que estamos vinculándonos. Entonces una primera cuestión tiene que ver con posiciones y relaciones. Esto viene desde la sociología primera, desde Marx en adelante, bueno Bourdieu habla al respecto y me parece que es un tema no menor. Sobre todo porque las condiciones y contextos de comunicación no siempre son simétricos. Entonces, en la crónica, que de alguna manera hay una dimensión particular en que el comunicador o comunicadora está otorgándole un espacio, un papel y una posición a los otros, ahí es clave poder reducir si hay pretensión de recuperar prácticas, visiones del mundo, reducirlas a simetrías posibles. Porque muchas veces nos ha pasado que, depende de cómo se construya el diálogo o las condiciones del diálogo (diría Katherine Walsh), el sujeto descrito o interpelado también tiene sus representaciones acerca de nosotros, no siempre dice todo y menos a prima facie. Porque ahí hay un comportamiento estratégico, que de alguna manera activa ciertos mecanismos de preservación del sujeto en relación a lo que el periodista o comunicador pretende decir. En general, no tienen que pensarse en esta figura de la transparencia del micrófono, que yo habilito el micrófono o lo que use para recoger información, y la otra persona me va a decir todo, me va a transparentar sus concepciones del mundo y demás.

Ahí hay una dimensión importante porque habilita planos. La etnografía lo que va a hacer en tanto enfoque, no sólo técnica, es articular tres planos que me parece a mí en el

campo de los géneros periodísticos, particularmente en las crónicas, no siempre están presentes o no siempre se activan. Una cosa es la dimensión descriptiva. La dimensión descriptiva es aquella que tanto los enunciados como el contexto de la enunciación son recuperados. Muchas veces depende de cómo se enfoque la crónica, pero se supone que hay una descripción minuciosa de las formas en las que la comunicación trasciende. Pero también, muchas veces la formalización de esas modalidades de comunicación devienen de categorías que decide utilizar el comunicador o comunicadora. Ahí hay un tema no menor, porque hay crónicas que juegan con recursos lingüísticos más vinculados a la literatura, puede ser. O algunos que suelen ser “más formales”, pretendiendo una supuesta objetividad de que yo muestro “lo real”. Entonces en la base de la descripción hay una discusión sobre qué es lo real. Y ahí volvemos a entrar en enfoque. En las tradiciones más científicas, vinculadas a los mandatos positivistas, pareciera que la realidad existe ahí y yo tengo que descubrirla, interpretarla, abordarla y demás. Y la realidad no es necesariamente una cuestión de constatación empírica. En todo caso deviene de una trama de relaciones de sujetos en los cuales se ponen en juego pensares, sentires, subjetividades y no solo acuerdos objetivos. Entonces en aquellos sujetos que trabajemos que hay distancias bastantes grandes con respecto al comunicador (en términos de sus prácticas y visiones del mundo), muchas veces se produce en ese nivel de lo descriptivo, de lo etnográfico ciertos ruidos y demás, que si no se advierten, pasan desapercibidos y son naturalizados en la formalización de la descripción.

En una estructura descriptiva del lenguaje comunicacional se presuponen ciertas lógicas racionales del orden del discurso para la comprensión de la descripción. No siempre el orden racional de la comprensión del discurso coincide entre la que tiene el comunicador, con el que tienen los entrevistados.

El plano descriptivo, que parece el más “objetivo”, no problemático porque se supone que objetivamente estoy describiendo lo que acontece, lo que me dicen o insinúan. Este plano es también sumamente importante porque ahí hay una lógica epistemológica que se pone en juego en los tipos de conocimientos que pueden aparecer en esa primera descripción.

Otro tema importante que dialoga, no exento de tensiones, con la crónica es la dimensión analítica. La analítica es una dimensión (que incluso eso es propiamente metodológico y tomado de las disciplinas del XIX con las lógicas racionales del XVIII) que supone que a la realidad yo la descompongo en partes, yo analizo. En el análisis aparecen categorías, sean las categorías sociales que son las palabras o nociones que las

personas con las que trabajamos nos dicen; pero también categorías analíticas que como comunicador o comunicadora tiene, que la tiene de su trayectoria formativa, que la tiene vinculada a algún enfoque teórico que le interesa o le gusta. Entonces el nivel analítico juega con dos planos categoriales, pero además se sigue interrogando sobre si las operaciones de desmenuzar ese todo o totalidad terminan desarticuladas o fragmentadas y no se logra una visión más holística/integradora que permita pensar que las representaciones y prácticas del mundo solo se pueden comprender en esa totalidad de relaciones. Entonces ahí la crónica me parece que debería tender - si piensa dialogar con la dimensión analítica dentro del campo etnográfico - a ver cuando uno decide relatar, describir determinadas cuestiones o prácticas qué cosas está dejando de lado (esa sería la primera pregunta antropológica). Porque es verdad que no se puede decir todo ni hablar de todo, no obstante cuando uno está en ese principio de jerarquización, cuando decido qué me interesa, hay otra parte que va quedando de lado. La pregunta, en términos de sospecha, es ¿qué estoy desplazando? A veces son cosas que a prima facie en el campo etnográfico o en el trabajo de campo no parecen ser importantes y después terminan siéndolo cuando uno lleva a cabo todo ese largo proceso de estar con la gente, de conocerlos y demás. Ahí me parece que esa dimensión analítica juega un papel importante.

No obstante, lo que acá estamos pensando es en clave etnográfica, la etnografía lo que hace es trabajar en el tiempo. La etnografía no se puede agotar solo en un encuentro, sino que debe mantener un vínculo en el tiempo con determinados sujetos. Eso a prima facie atendería con la dimensión novedosa de la comunicación (por la urgencia de los medios de comunicar rápido). La pregunta es: ¿ese tiempo que invertí en articularme con los otros es necesario para desentrañar todas las complejidades que hay detrás de todos esos sujetos? Si la crónica es resultado de un mero encuentro o de algo que acontece y yo quiero reflejar por las razones que fuera, pero que yo después no termino indagando que hay detrás de lo que aparentemente pude mostrar, me parece que ahí queda sumamente reducida y acotada y corre peligro de no desentrañar ciertas “sustancias” que puede haber detrás.

El nivel interpretativo es el nivel más “jodido”, porque ahí es donde corremos el peligro de que cuando se entran ciertas subjetividades de los comunicadores por un lado, y los sujetos que las ponen en juego. A veces se solapan, quedan sesgadas o no se advierte con claridad en algunos géneros periodísticos hasta dónde lo que se dice es lo que los sujetos de las prácticas que estamos tratando de mostrar piensan, sienten, dicen y hacen y hasta dónde son las del comunicador. Es un debate que no está saldado. Hoy en

día en el campo de la antropología hay un debate de toda la trayectoria colonial que tiene la disciplina históricamente. El desafío pasa por lo que ahora muchos antropólogos llaman antropologías colaborativas. Pone el desafío en la co-construcción de la producción de los relatos (se explaya en el tema). Está bueno interpelarlo desde las crónicas, porque si el objetivo es contar algo está bueno interpelar la dimensión política que le damos a los otros en esa producción. Porque si el objetivo es narrar algo que los otros hacen, piensan y sienten ahí hay que desplazarse de nuestro lugar de la visión del mundo. Producción conjunta de los distintos formatos comunicacionales.

Hay cosas que solo se pueden lograr con el trabajo en el tiempo, que no lo tiene la prontitud de la crónica. Lo que no quiere decir que la crónica no se pueda reinventar. Acá la pregunta antropológica sería: ¿puede la crónica transformarse en una etnografía? La respuesta es no. Lo que digo es, ¿qué cosas la crónica puede recuperar de la práctica etnográfica que la resignifiquen, la enriquezcan o interpeleen? La crónica tiene por defecto un componente descriptivo, y ahí se toca fértilmente con la etnografía. Ahora la pregunta antropológica sería: ¿qué entiende por descripción la crónica y qué entiende por descripción la etnografía? Y ahí debe interpelar la noción de novedad. Si está pensando en las máquinas rotativas, que tiene que salir esta información y demás, ahí tenemos un problema. Porque la celeridad de la información es la que está condicionando la práctica. No obstante, eso no significa que la crónica no pueda recuperar estas nociones que propone el enfoque etnográfico (en tanto enfoque y técnica) para rumiar y explicitar sujetos que aún cuando vivan geográficamente próximos no siempre sientan y piensen el mundo de la misma manera. Una crónica no puede desmarcarse de un análisis interseccional (cruzar cuestiones étnicas, de género, generacionales, etc).

En las etnografías la información no aparece en bruto, sino que los resultados se presentan teorizados, se citan y se retoman autores. En las crónicas periodísticas no se da de la misma forma tal reflexión teórica. Entonces, ¿se puede hablar igual de método etnográfico en el campo del periodismo? ¿Qué crees que toma el periodismo del método etnográfico?

La etnografía no es solo ir al trabajo de campo a recolectar la información y a través de los mecanismo de análisis e interpretación producir un texto. La dimensión de escritura también es un momento importante en la producción etnográfica. Eso a veces queda más distante en que yo recolecto la información como cronista y después veo cómo la escribo. Si bien son planos diferenciados, lo que una etnografía debería buscar es la articulación

entendida como momento. Por eso Rockwell insiste en decir que la etnografía es escritura y reescritura. No es simplemente una semblanza, suponiendo que eso que acontece per se es lo que aconteció y no merece ser revisado. Porque ahí en esa reescritura permanente es donde se ponen en juego esas vigilancias de las que hablábamos: ¿qué lugar le doy al otro? ¿qué categorías o contenidos o sentires y pensares tienen lugar o no tienen lugar? ¿hasta dónde no es mi subjetividad la que está interviniendo? ¿qué pongo, qué saco, que recorto y que dejo? Entonces ahí está bueno tensionar y no ver por separado el trabajo de campo y la dimensión teórica. La dimensión teórica no es solo esto de antropólogos que dialogan con diferentes enfoques, que también a veces claros o menos claros están en los comunicadores. El tema es cómo los examinamos en esa producción de la crónica, o sea cómo los hacemos explícitos. Pero también ahí interviene algo no menor que la antropología también trabaja y es cómo trabajamos con el sentido común y hasta dónde el sentido común (que no es tan común en el sentido de que es una mezcla con mera opinión) interviene la producción de esa subjetividad. Ese es otro punto no menor que la crónica debe atender.

Lo importante es la capacidad como cronista o comunicador de hacer el esfuerzo por correrte de tus concepciones del mundo - y ahí se pone en juego la teoría - y habilitar otras. A ver qué conflictos te está acarreado en las lógicas de la producción de un texto.

Eso tiene que ver con reflexividad. Guber habla de triple reflexividad. Reflexividad de los sujetos con los que trabajamos y la reflexividad, en este caso, del periodista por muy rápidamente. Ahora, la del periodista es doble o la del sujeto que investiga es doble. Es tanto como sujeto que está atravesando un espacio en formación de comunicación, en antropología, en química o lo que fuera y además como sujeto social de todos los días (y de ahí lo del sentido común). Ahí están las lógicas de estos principios de las relaciones y posiciones sociales.

¿Qué pasa con el tiempo? A veces sí hay en las crónicas un trabajo en el tiempo, pero que igualmente no se abren otras discusiones de trasfondo. O sea que no basta con el tiempo...

Si bien en la etnografía opera el tiempo, esto que decimos, una condición a más tiempo, presuntamente está mejor, no es garantía.

La crónica tiene también una dimensión investigativa, por ponerlo en términos académicos. No es caer al lugar donde están los sujetos y ahí emerge el mundo. No. Hay mucha investigación, quiénes son esos sujetos, hay trabajos sobre ellos, hay toda una

investigación previa que me permite contextualizar - limitadamente por cierto - y que me da insumos para pensar y repensar. Porque si no me parece que seguimos atados a la discusión del formato de que la realidad existe per se. Entonces si existe per se con que yo lea a alguien con una cosa que se dice sobre ese lugar, ya está explicado el lugar y no. Entonces ahí me parece que está bien la formación académica. Esta dimensión sociológica, romper todos estos mandatos que tenemos en el campo de comunicación de la supuesta objetividad de lo que hacemos y de las formas que miramos y demás. Es necesario en el periodismo debatir qué es la realidad, qué es lo real, y ahí hay discusiones filosóficas, epistemológicas y ontológicas. El desafío es habilitar sentires y pensares. Por eso lo que me parece que se pone en discusión ahí es el lugar del comunicador y las formas que el comunicador tiene para lidiar reflexivamente con toda su formación y su trayectoria social. Y trabajar con las incomodidades, porque no siempre lo que quiero cronocar coincide con mis visiones del mundo, en el sentido de que no las conozco y también en el sentido político del alcance. Ojo porque las coincidencias y complicidades también tienen que ser revisadas metodológicamente, como por su puesto los contrastes, las ambigüedades.

Entonces los tres planos que propone Rockwell pueden ayudar a repensar la crónica o lo que implica producir crónicas para un comunicador.

Sobre convivencias y confusiones entre etnógrafos y periodistas, ¿se los percibe de distinta manera en el campo? ¿en qué influyen estas diferencias?

La etnografía, como método y técnica (no como enfoque) hoy en día es utilizada por muchas disciplinas. El tema es qué cosas recuperan. En el campo de la comunicación también lo etnográfico es importante para algunos comunicadores. La pregunta antropológica es: ¿qué estoy entendiendo por etnografía? Porque desde Malinowski, de principios de siglo pasado a esta parte, la etnografía ha ido cambiando. Reconocemos el maravilloso aporte que hizo en su momento Malinowski en que el desafío era estar ahí con los nativos que en ese momento eran los indígenas; y no escribir sobre los indígenas informes que venían con informaciones de segunda mano. Ahora, la pregunta sería: ¿cuál es la dimensión etnográfica en una crónica que tiene ese comunicador? ¿qué está entendiendo por etnografía? Porque si la etnografía simplemente es esta cuestión de la observación participante y esta cuestión de la entrevista - por decir que son dos técnicas concretas en el marco de lo que es la producción de lo etnográfico - también sobre eso hay que debatir qué estoy entendiendo por entrevista etnográfica en profundidad y qué

estoy entendiendo por participación. Hoy en día los enfoques de diálogos más entre saberes cuestionan mucho la noción de participación con observación, se cuestionan el distanciamiento y a veces la incapacidad de recuperar esos saberes. Indudablemente que las aproximaciones con la gente que trabajamos es una relación. No es que yo llego y le digo me interesa hacer tal cosa, que me digan que sí no significa que ahí ya tenemos todo resuelto. No, son negociaciones. Entonces no sé si el tema de las negociaciones está tan trabajado en el campo de la comunicación, porque con este argumento del derecho a la información que va por encima de todo - que me parece bien -, el derecho a la información tiene muchos claroscuros al medio. Significa que tiene muchos elementos ahí para interpelar. ¿Qué es el derecho a la información? ¿Y cuál es el derecho del otro a decir lo que quiere decir y lo que no quiere decir? En términos de garantizar una determinada comunicación.

Volviendo a esto, me parece que el periodismo en cualquiera de sus géneros o la comunicación en cualquiera de sus formas no es etnografía. Lo que no significa que no pueda recuperar el enfoque etnográfico, no el método, como para interpelar su práctica. El problema es con qué formato. Hay formatos dentro de la comunicación que van, de alguna manera, a dialogar más fecundamente con el enfoque etnográfico y otros que no. Porque si a nosotros nos interesa en un medio gráfico o el que fuera la prontitud de la noticia y demás, es probable que ahí lo etnográfico quede totalmente desplazado. A mí me parece que sí en algunos géneros periodísticos, más de corte interpretativo/investigativo sí el enfoque etnográfico puede dar un plus para pensar las formas de vinculación y articulación con los sujetos, pero también las formas de producción comunicacionales, el producto comunicacional.

Pero en cuánto al método etnográfico, ¿puede haber una cercanía? ¿puede ser que los periodistas toman ciertos elementos de ese método etnográfico para guiarse en la forma de pensar una entrevista o la forma en que encaran un trabajo?

Eso depende de lo cualitativo de la descripción y del análisis. Porque claro que lo podrían tomar, pero dependen de estos otros elementos que venimos emplazando en la discusión. A ver, claro que lo puede enriquecer, claro que lo pueden incorporar. Ahora, la pregunta es: ¿la dimensión descriptiva de la etnografía y la dimensión descriptiva de la crónica son lo mismo? Es verdad que no es lo mismo cronocar en un formato gráfico, que en un formato en vivo, televisivo, no es lo mismo. Ahora, mi pregunta es: yo voy a hacer

una crónica de una marcha, llevo el micrófono, hablo, los entrevisto, ahora a mí eso me parece que no es etnografía.

No no, claro. Estoy pensando más en trabajos como los de Alarcón y Leila Guerriero que realmente pasaron años entrevistando y trabajando en los libros, ¿en qué punto se pueden tocar algunas cuestiones del método etnográfico con el método que algunos cronistas usan para hacer sus investigaciones?

Pero eso es político. Es tan político decir que eso no es etnográfico, porque es un posicionamiento explicitado y demás (refiriéndose a Leila Guerriero). Pero me parece que, lo primero que acá estás políticamente desafiando es a la crónica. Porque cuando nosotros leemos los manuales de periodismo, para ver qué es una noticia, qué es una columna o lo que fuera, son prescripciones. Ahora, claro que los podemos interpelar. Primero porque los géneros periodísticos no están acabados ni son estructurados y se los puede cuestionar. Lo que no significa que, en las colonialidades que tienen las academias, haya temáticas que sean muy duras y más difíciles de socavar y traerlas a discusión. ¿Por qué los géneros periodísticos no pueden romper las barreras que los separan de otras cosas? Porque en el fondo cuál es la cuestión, ¿decir que la pureza de esto es una crónica? ¿o en el fondo hay políticamente otro desafío que es dar cuenta de un determinado sentir y pensar de una realidad, que en este caso un comunicador está tratando de dar cuenta? Y ahí la etnografía puede interpelar los formatos periodísticos y puede interpelar políticamente la práctica. Todavía no hemos aprendido en la historia de las disciplinas que las barreras están cada vez más difusas.

¿No podemos desafiar esos formatos periodísticos? Cuando digo desafiar no lo digo para que estallen y no hablemos más de crónica y de columna, no, porque no es lo mismo una cosa que la otra. No obstante, no significa que nosotros no podamos interpelarlos desde otras lógicas para por ejemplo, recoger información, para empoderar esta noción de que cuanto más trabajemos con la gente van a haber otras aristas que solo aparecen con el tiempo.

Hay que poner el acento en lo cualitativo. Ahí me parece que sí la etnografía - donde la escritura es un tema no menor, no es la etnografía hacer trabajo de campo nada más - esa dimensión de escritura es también el lugar donde se juega políticamente el lugar de los otros, el diálogo con determinados enfoques académicos.

B. Entrevista a Magdalena Doyle

¿Qué crees que aporta el estudio de la etnografía en la formación de los comunicadores en general, y al trabajo periodístico en particular?

Al campo de la comunicación en general, partamos de entender que la etnografía es una metodología de investigación asociada a la investigación de tipo académica, que tiene que ver con indagar la perspectiva y la práctica de las personas en relación a determinados procesos sociales, culturales, políticos. En ese sentido, en el campo de la comunicación la etnografía es una metodología con una trayectoria larga y aporta a comprender, precisamente, la complejidad de procesos comunicacionales en muchos ámbitos. Desde la etnografía en procesos comunitarios y organizativos, entonces ver cuáles son las prácticas comunicacionales, cuáles son los sentidos de los actores; hasta la etnografía de los medios, poder estudiar procesos de producción de contenidos de los medios por ejemplo, haciendo foco no en la historia del medio o no en la propiedad y en los procesos más económicos del medio, sino en sus actores, en las personas que trabajan ahí, en cómo cuestiones organizativas de la institución mediática inciden en las prácticas de esos actores, qué representaciones tienen ellos y ellas de sus prácticas. En ese sentido, la etnografía como una tensión aporta a poder comprender esto: los procesos comunicacionales desde las perspectivas de los propios actores.

Ahora, respecto a la práctica periodística, ha habido algunas cuestiones más vinculadas a crónicas por ejemplo. Trabajos de Cristian Alarcón, digo, hay trabajos vinculados a la producción de crónicas que han hecho trabajos de tipo etnográficos y son trabajos muy interesantes en la medida en que permiten recolectar y visibilizar cuestiones que habitualmente están invisibilizadas en grupos poblacionales, en las coberturas periodísticas. Me parece que hay una limitante que tiene que ver con las condiciones laborales de los periodistas hoy, porque la etnografía requiere un trabajo de campo extenso, poder conocer realmente el universo de sentido, las perspectivas de los actores en el campo requiere mucho tiempo. Entonces creo que cuando se han realizado realmente trabajos etnográficos vinculados a la práctica periodística han sido experiencias muy ricas y muy interesantes en este sentido, de visibilizar cuestiones que habitualmente la propia práctica periodística invisibiliza respecto de otras visiones, otros sentidos, otras prácticas, otros actores, otras miradas sobre un proceso.

¿Qué cosas crees que puede recuperar la crónica de la etnografía que la enriquezca, resignifique o interpele?

Lo que ofrece la etnografía, en ese sentido, es una trayectoria y sus características se vinculan con un interés de investigación que tiene a la sistematicidad, donde hay detrás de la etnografía mucha discusión y mucho trabajo con respecto a cómo realizar una investigación que sea efectivamente sistemática, que dé cuenta de unos conocimientos no generalizables, porque la etnografía produce un tipo de conocimiento que no es generalizable, pero que sí es riguroso en su producción.

Entonces, creo que ofrece una serie de pautas metodológicas, respecto de cómo desarrollar un trabajo de campo y cómo indagar un determinado tema, que son importantes para poder recuperar en el caso de una investigación periodística de ese tipo, que quiera dar cuenta de ese tipo de cuestiones. Tanto sobre la extensión, el modo de realizar un registro de campo, sobre el modo de acercamiento a los actores, la etnografía propone un acercamiento que va desde una mirada más general y menos clausurada respecto de qué voy a encontrar y recién después ir acercándome a la perspectiva de aquello en particular que a mí me interesa indagar. Eso que se llama proceso de profundización es también una pauta metodológica de la etnografía. Todas esas discusiones, esas pautas metodológicas de trabajo creo que son el aporte central de ese enfoque metodológico.

¿Puede el trabajo de un periodista/cronista valerse del método etnográfico aunque su objetivo sea muy distinto al de la Antropología? Como por ejemplo la forma de hacer entrevistas o la forma en que participan de determinadas actividades o están un tiempo prolongado en el campo

Mira yo creo que en esos casos (se refiere a Cristian Alarcón y Leila Guerriero) sí, en esos casos hay un trabajo etnográfico detrás de esas investigaciones en particular. Me parece que no es lo habitual en otro tipo de crónicas periodísticas. Creo que una cuestión que tiene que ver con poner entre paréntesis o ser muy reflexivo respecto de los propios prejuicios de clase, el propio lugar, la propia trayectoria, lo que la antropología y la etnografía y la sociología también llaman la reflexividad. Que es que la persona que investiga pueda ser todo el tiempo muy consciente de sus propios prejuicios, sus propios universos de sentido para no imprimirlos en la visión de los otros, o sea, no asumir que los otros piensan igual que yo. Entonces, efectivamente, si yo puedo ser consciente de eso, no sesgo lo que voy a encontrar, sino que logro efectivamente ponerme en contacto con ese universo de sentido de las otras personas, que es diferente del mío. Eso es lo más difícil en un proceso etnográfico y eso es para

lo cual la etnografía tiene pautas metodológicas, que sí creo que han logrado poner en juego personas como Cristian Alarcón. Pero creo que no siempre logran poner en juego los y las periodistas que hacen este tipo de investigaciones.

En Córdoba hay algunos ejemplos de periodistas que han trabajado crónicas bien interesantes, y han trabajado entrevistas en profundidad que sí dan cuenta de una abordaje de este tipo. Pero me parece que es como la principal dificultad para el periodismo poder poner en juego los propios prejuicios, las propias valoraciones vinculadas a sus trayectorias, sus saberes y no sesgar lo que preguntan, lo que observan, lo que relevan a partir de su trabajo de campo digamos.

El eje ordenador de la etnografía es el trabajo conceptual. Se intercalan períodos de campo con períodos de análisis y de lectura teórica y temática y períodos de elaboración conceptual y precisión de categorías ¿Crees que en el trabajo los cronistas también está presente la teoría? ¿De qué forma? ¿Con qué diferencias respecto a la etnografía? ¿Esta diferencia significa un impedimento para pensar cruces entre crónica y etnografía?

Me parece que sí hay una pregunta de investigación, por eso al principio decías una técnica vinculada a lo académico. Ahí sí se parte de una pregunta de investigación, pero la particularidad del método es que en general se busca que aún estos intereses de investigación puedan ser a su vez retroalimentados por lo que yo encuentro en el campo. Entonces en ese sentido, hay una apertura y una priorización de aquello que yo encuentro en el campo. En el periodismo eso no existe, pero sí existe una lectura de lo que encuentro en el campo en clave de procesos sociales más amplios. Hay una contextualización, un interés por inscribir eso que se está estudiando en procesos sociales que trascienden a ese ámbito en particular de la crónica por ejemplo. En ese sentido, creo que hay ahí un desafío para el trabajo más periodístico, que tiene que ver con eso, con poder hacer una lectura de esa situación y poder luego una puesta en diálogo de eso con una lectura social más macro. Que, de nuevo, no es generalizar lo que encuentro en la crónica, pero sí poder poner en diálogo eso con procesos sociales que trascienden ese espacio.

Y sí, no es una investigación académica, es una investigación cuyos hallazgos no van a tener un impacto teórico - en el sentido de retroalimentar teoría-, por supuesto que hay una diferencia ahí. Pero sí me parece interesante poder pensar qué de las pautas más metodológicas y epistemológicas de este enfoque son importantes retomar, en el

sentido de pensar que los conocimientos se construyen en diálogo con el otro, en el contacto entre mi universo de sentido y el universo de sentido de aquellos que son parte del campo. En ese sentido creo que hay como un aporte.

El factor tiempo es central en el método etnográfico y existe una gran diferencia entre los tiempos etnográficos (en su mayoría académicos) y los tiempos periodísticos. Excepto algunas investigaciones periodísticas que pueden tomar años, los tiempos de la prensa son más acotados. Estas diferencias en las duraciones de los períodos de investigación, ¿invalidan la posibilidad de hablar de método etnográfico aplicado al periodismo?

No, mirá te decía antes que había algunos ejemplos en Córdoba. Sobre todo estoy pensando en una tesis que evalué hace un tiempo sobre el género policial en La Voz del Interior y en el diario Día a Día. En esa investigación, las chicas entrevistaron a los periodistas de policiales de esos dos diarios. Y hay un periodista en el diario Día a Día que trabajaba fuertemente con entrevistas etnográficas para la construcción de crónicas en relación a casos. Y trabaja con lo que sería el victimario para el género policial, o sea, la perspectiva de la familia del chico que mató a alguien, etc. Y eran súper interesantes esas crónicas y se basaban en entrevistas en profundidad. No era una etnografía en sentido estricto porque no es que él convivía con esa familia durante meses. Pero sí iba en muchas oportunidades a la casa, los entrevistaba con esta propuesta metodológica de la entrevista en profundidad, que tiene que ver con dejar hablar al otro, con no ir con preguntas preconfiguradas. Sí él tenía un interés, que era indagar sobre la trayectoria del chico y cómo había finalmente derivado en ese episodio, pero iba con una apertura, con estas pautas de la entrevista etnográfica. Bueno, y eso no es una etnografía, pero hay una inscripción en ese enfoque.

Y lo que él contaba en la tesis es que el diario en algún momento -como ese tipo de trabajo le llevaba bastante tiempo- le dijo que no iba hacer más ese tipo de notas y ocurrió que los mismos lectores empezaron a reclamar en Día a Día que por qué no seguían saliendo esas notas. Entonces volvió a salir un tiempo más.

Sí hay una lógica del diario vinculada a lo comercial, a los tiempos vinculados al trabajo de sus periodistas y demás que hacen cada vez más difícil ese tipo de trabajos. Un mismo periodista trabaja para el diario, para la radio y para la televisión. Están súper explotados los periodistas como trabajadores también y eso hace difícil este tipo de trabajos.

Además, de que en este caso se trataba de un periodista egresado de la carrera de comunicación acá en la ECI, pero no todas las carreras periodísticas tienen el acercamiento en su formación a las técnicas más vinculadas a la etnografía o a este tipo de entrevistas. Hay carreras que consideran al periodista más como un locutor y entonces no hay una problematización sobre esto.

C. Entrevista a Julieta Quirós

¿Crees que existe algún vínculo entre la etnografía y la crónica en los modos de interrogar la vida social? ¿por qué? ¿cómo?

Me parece que hay varios parentescos entre la etnografía y la crónica como manera de conocer y documentar la vida social, en tanto y en cuanto tanto el etnógrafo/a como el/la cronista documentan y narran hechos de la vida social, de los que de alguna manera son partícipes o testigos. Hay un sujeto cognoscente y un narrador que es testigo partícipe de los hechos que documenta. Así como en la crónica histórica que la historiografía toma como fuente.

Eso sería una primera cuestión. Y, en ese sentido, veo el parentesco cuando uno lee una crónica periodística, así como cuando uno lee una etnografía, se encuentra con una documentación de lo que yo llamo "fragmentos de vida social". O sea, de la vida social en su propio discurrir, tanto a través de conversaciones con las personas como de observación o acompañamiento de aquello que ciertas personas hacen, o ciertos sucesos acontecen. Entonces veo por un lado la cuestión del estar ahí, de ser testigos de fragmentos de la vida social. Y, por otro lado, en términos de escritura o de narrativa, de documentar esos hechos y de narrarlos. Hay un parentesco también en cuanto de tratarse de géneros narrativos que implican contar historias, contar sucesos. La etnografía cuenta sucesos y también los analiza, no es solamente un contar qué pasó, sino contar desde una mirada que tiene cierta perspectiva que apunta a si querés dar cuenta del carácter cotidiano, vivido, microscópico de la vida social o de fragmentos de la vida social en el propio discurrir.

¿Qué rol juega la reflexividad en el trabajo de los y las cronistas?

No conozco de lleno el trabajo de los cronistas, conozco el trabajo de los etnógrafes. Entonces qué rol juega la reflexividad en el trabajo de los cronistas tal vez depende de qué cronista. Hay cronistas - de lo que yo he leído - que movilizan ciertas reflexiones

sobre su propio lugar en cuanto testigos observadores y/o partícipes, y otros que no. Depende

¿Crees que se pueden establecer vínculos entre la crónica y la etnografía en cuanto a las técnicas y métodos concretos para llevar adelante las investigaciones? ¿En qué medida crees que los métodos de investigación empleados por los y las cronistas se acercan al método etnográfico?

Creo que por ahí es donde los métodos de investigación, si bien creo que hay parentescos como te decía que tienen que ver con buscar participar, acompañar, ser testigos de fragmentos de la vida social en su propio discurrir y eso es algo que comparten cronistas y etnógrafos. Creo que hay una diferencia fundamental en la temporalidad. O sea el trabajo de campo, eso que en el trabajo de campo se llama "estar ahí", requiere de una temporalidad, de una profundidad temporal que implica que ese estar requiere de tiempo. Cita a Rosana Guber: "cuando estamos hablando de estar ahí, no solo implica ahí, sino también estar. Y para estar se requiere de tiempo".

Hay una profundidad del método etnográfico que se expresa en la duración del trabajo de campo, que nos permite acceder a niveles de intimidad social más profundos que los que puede ser un acercamiento de un o una cronista. Lo que caracteriza al trabajo de campo es el tiempo prolongado, de convivencia, de participación, de acompañamiento, de los procesos sociales que estudiamos. Y eso tiene resultados muy distintos en términos de la producción de conocimiento. A veces la crónica se parece más a una foto, tiene una cierta sincronía, es un momento, a pesar de que puede ser resultado de una investigación duradera. Pero cuando hablamos de investigación etnográfica hablamos de una investigación prolongada en el tiempo, que implica construir otro tipo de relación con los protagonistas de los procesos que uno estudia. El método etnográfico construye conocimiento a través de la producción de relaciones personales con los protagonistas de los procesos que queremos estudiar, de relaciones de confianza y de relaciones de cierta intimidad social (Michael Herzfeld). Y creo que esas es una diferencia fundamental, porque los hechos que analizamos siempre se ponen en perspectiva con otros, que por ahí no están en el relato etnográfico, pero forman parte de la construcción fundamental de ese relato. Todo aquello que no es incluido pero que uno presenció y que forma partes del análisis, datos que forman parte de la documentación etnográfica y del análisis etnográfico. Entonces si te tuviera que marcar una diferencia importante tiene que ver con la temporalidad de la investigación.

Y esa temporalidad lo que implica es una profundidad diferente, un conocimiento a otras capas menos visibles de la vida social, de lo que se puede acceder en una visita, en una interacción, en uno o dos entrevistas. No es lo mismo cuando uno construye una relación en el tiempo.

¿Cómo crees que puede dialogar la crónica con la noción de dejarse afectar?

Creo que muchas veces la crónica implica una afectación del cronista - depende del cronista - pero, en mi perspectiva creo que tiene que ver con la duración justamente. Un auténtico dejarse afectar por un universo de experiencias y de relaciones que uno se propone conocer implica necesariamente tiempo. Implica descubrir cuáles son los lugares que determinados procesos sociales nos proponen ocupar. Y muchas veces esos lugares, o la mayoría de las veces, no tienen que ver con ser observador o documentador. Sino con participar de otras maneras en los procesos que queremos conocer. Y no siempre la crónica o el trabajo del cronista tiene la duración necesaria como para que este descubrimiento aparezca o el cronista se deje afectar por un lugar que le propone ocupar determinado universo de relaciones. Y esos lugares son productores de conocimiento, pero para eso se necesita tiempo de relación con la gente, se necesita mucho tiempo para conocer a la gente y para que la gente nos conozca.

Las entrevistas están atravesadas por relaciones políticas, económicas y culturales y ocurren en el marco de relaciones de poder ¿qué herramientas ofrece la etnografía para repensar estas cuestiones? ¿qué de esas herramientas consideras fundamentales que retome la crónica?

La entrevista no es la principal, yo diría, técnica del método etnográfico. Puede serlo en determinadas investigaciones. Pero para que una entrevista sea propiamente etnográfica o una entrevista comprensiva como la llama Bourdieu se necesita trabajar mucho en la relación con el investigado/a, o con nuestros interlocutores de campo (como me gusta decir a mí o a otros). Son esas relaciones que se van tejiendo en el tiempo lo que permiten, al momento de realizarse una entrevista, producir interacciones verbales o una comunicación principalmente verbal, como el lenguaje que domina la entrevista es el lenguaje verbal. Lo que garantiza una entrevista propiamente etnográfica es, entre otras cosas, el establecimiento de cierta relación de confianza entre el investigador/a y su interlocutor. Para eso se requiere de tiempo.

Esto influye en muchas cuestiones, no solamente en las relaciones de poner, sino en cómo logramos - cuando hacemos una entrevista - detectar y traspasar lo que Pierre Bourdieu llama los "discurso preconstruidos" que los agentes del mundo social son portadores y que movilizan en determinadas situaciones como la entrevista en función de las ideas que tienen sobre el entrevistador, sobre aquello que esperan o sobre aquello que piensan que el investigador espera que sea dicho o sobre el retrato biográfico que se quiere dar a una audiencia real o imaginada adonde esa entrevista iría a parar. Entonces se necesita conocer mucho de esas personas y del mundo social que se interroga para distinguir qué es un discurso preconstruido, qué imágenes se están proyectando o el entrevistado quiere proyectar o dar a conocer sobre sí mismo y cuáles no, con qué estigmas o imágenes morales sobre sí mismo o sobre la población en la que se siente representado está dialogando implícitamente, cuáles son todos los no dichos de una entrevista. Entonces son todas cuestiones que nosotros ponemos en juego a la hora no solo realizar la entrevista, sino de interpretar, analizar y transformar en dato el material de una conversación como puede ser una entrevista. Y para eso se necesita conocer en profundidad del mundo social interrogado.

Nosotros planteamos que la situación de entrevista es básicamente una situación de relación social, en donde tenemos que tener muy claro no solo qué lugar ocupa el entrevistador/a y sus entrevistades (qué lugar se ocupa socialmente), sino que cuáles son las ideas que unos proyectan sobre otros. Yo tengo que tener mucha noción de qué es aquello que la persona con la que yo estoy conversando proyecta, piensa, presupone sobre lo que yo pienso de ella. Y para eso yo tengo que conocer bastante de las problemáticas de ese universo social.

En la escritura, ¿cómo crees que se cruzan las convenciones de cada género? ¿tienen algo en común?

En la escritura creo que lo que tienen en común ambos géneros es esto que decía al principio de documentar y narrar, presentar narrativamente sucesos sociales o fragmentos de vida social.

No sé si es una diferencia, pero algo que tiene en particular la escritura etnográfica que no necesariamente tiene la crónica o no siempre, es una preocupación por analizar o dar cuenta de la perspectiva que los protagonistas de los procesos analizados tienen sobre eso que protagonizan, viven, hacen. Y cuando hablamos de la perspectiva no nos referimos solamente a lo que puede ser puesto en palabras, opiniones, creencias o

pareceres, valoraciones, sino al modo en que hacen lo que hacen y al modo en que viven aquello que hacen y aquello de lo que participan. Y no siempre esto está contemplado en una crónica periodística por ejemplo. Y no siempre están construidas más allá de las palabras, de lo que un interlocutor puede expresar verbalmente. Nosotros nos valemos de otras dimensiones que no tienen que ver sólo con la opinión o con la valoración para reconstruir esas perspectivas. Sobre todo nos valemos de otras vivencias. Por ejemplo, para yo entender qué significado tiene determinado hecho social en la vida de una persona o de un grupo de personas, no voy y le pregunto qué significa esto para vos, cómo lo vivís, qué opinas de esto, sino que simplemente las veo hacer. Y las veo hacer en ese contexto y en muchos otros de su vida que me permiten entender qué importancia, qué significado, qué valoración, qué fibras se movilizan en determinados sucesos. Y el lenguaje no verbal, el acompañamiento y acá vuelvo a la temporalidad, es fundamental para la construcción de esa perspectiva en el caso de la etnografía.

En la etnografía se intercalan períodos de campo con períodos de análisis y de lectura teórica y períodos de elaboración conceptual y precisión de categorías ¿Crees que en el trabajo los cronistas también está presente la teoría? ¿De qué forma? ¿Con qué diferencias respecto a la etnografía? ¿cuál es la importancia de que los cronistas también hagan un trabajo de indagación teórica? ¿debe existir una vigilancia sobre eso?

No conozco en profundidad el trabajo de los cronistas, he visto crónicas que incluyen conceptos, categorías interpretativas, etc. y otras que no. La etnografía es necesariamente teórica porque está embutida en la teoría antropológica y sociológica también. La etnografía no es un método de recolección de datos, sino que es más que nada un medio de conocimiento que está informado por una perspectiva, una perspectiva epistemológica y teórica también que tiene que ver con eso que te mencionaba antes de comprender la vida social o partir de la premisa de que para comprender la lógica de la vida social o de determinados procesos sociales tengo que necesariamente tener en cuenta las distintas perspectivas o modos de vivir esos procesos de los distintos protagonistas. Esas perspectivas nunca son una y nunca son armónicas, en general están siempre en conflicto, son muchas, son discrepantes, son divergentes, muchas veces antagónicas.

¿Qué entiende la etnografía por descripción? ¿qué diferencias crees que hay con la descripción en la crónica? ¿qué se puede recuperar de la etnografía para ampliar la noción de descripción de la crónica?

Me parece un punto importante porque en la etnografía la descripción es necesariamente también análisis y explicación. No hay una descripción en sí misma de los hechos per se, no hay una descripción ingenua, es inseparable de una mirada. De una mirada parcial, en el doble sentido de las palabras, incompleta e interesada. Nos interesa mirar desde cierta perspectiva la vida social, recuperando esto, reconstruyendo el modo en que los protagonistas están viviendo, lo que sucede, poniendo en diálogo y traduciendo esas distintas perspectivas. Entonces no hay una descripción de los hechos, sino en todo caso eso que llamamos descripción etnográfica es siempre un análisis que está movilizándolo y poniendo en relación las distintas perspectivas que se juegan o participan en el acontecer de los hechos, en el acontecer de la vida social, de la vida en común y de sus problemas, de aquello que en general importa a la gente. Aquello que importa a la gente siempre es un asunto problemático.

¿Cómo se pone en juego la ética en el momento de la escritura? ¿Qué debates se presentan en torno a la política de la representación?

La cuestión ética o la consideración de cuáles son los efectos políticos que pueden estar implicados en la escritura etnográfica es un asunto obligado de la investigación etnográfica, porque fundamentalmente las características de este medio de conocimiento - como te decía antes - construir relaciones que nos permiten acceder a niveles de intimidad social que de otro modo no accederíamos. Es el modo de conocer dimensiones de funcionamiento de la vida social que no podríamos conocer ni a través de una encuesta, ni desde la estadística, ni de una entrevista. Entonces tenemos una enorme responsabilidad les etnógrafes en relación a cómo vamos a escribir, qué vamos a publicar, cómo vamos a retratar los problemas que estudiamos, las poblaciones a través de las cuales estudiamos esos problemas.

Yo siempre digo, esta es mi opinión, nosotros no estudiamos personas ni grupos, los grupos no son nuestro objeto. Nuestro objeto son los procesos de la vida social. Nuestra pregunta es cómo funciona la vida social y las personas/ nuestros interlocutores son un medio para acceder a eso. Lo cual no quiere decir tratarlos como objeto, como medio, sino como un interlocutor con el cual voy a construir conocimiento sobre algo que acontece. Trabajamos con las personas. Entonces como

trabajamos con las personas y construimos conocimientos con las personas, compartiendo fragmentos de la vida de las personas, tenemos una enorme responsabilidad en cuanto a esto que vos llamas política de la representación. Es decir, cómo representamos.

Y esa responsabilidad implica que no planteemos que tengamos un gran conocimiento y pregunta y sensibilidad hacia cuáles son las relaciones de poder y de dominación, de opresión, las correlaciones de fuerza en las cuales esas personas están inmersas. Con lo cual tenemos que evaluar en cada momento qué se puede decir y qué no, no toda la información etnográfica (y diría una buena parte de los datos que nosotros construimos en el trabajo de campo) es información reservada, que se maneja o debería manejarse bajo algún tipo de figura o una figura como la del secreto profesional, eso lo hacemos en la práctica. No quiere decir que esos datos no se pongan a jugar en el análisis etnográfico, pero no necesariamente van a aparecer en una narración o en una descripción etnográfica, no necesariamente van a ser publicados. O lo van a ser de tal manera que no afecte la integridad o exponga la integridad de ninguna de las personas con las que hemos trabajado o de los grupos. No me refiero a fulanito de tal, sino a la población que esas personas/ esos interlocutores representan.

Y esto se pone en juego en cualquier población, no solamente en poblaciones subalternas. Sino que si uno hace un estudio sobre elites y accede a ciertos circuitos de intimidad social, también tiene que tener la pregunta sobre cómo va a representar y cuáles son los efectos que esa representación pueden tener sobre esas personas.

No sé cómo a esto lo maneja la crónica, esto es en cuanto a la etnografía.

¿Cómo el texto puede afectar a las tramas de dominación, poder, resistencia en las que se encuentran? ¿qué pasa acá entre la crónica y la etnografía? ¿existen diferencias por el ámbito de circulación de unas y otras?

Tanto la etnografía como la crónica buscan incidir en la cosa pública, en la polis. Muchas veces dando a conocer eso que no se conoce, dando a conocer tramas invisibles de la vida social o dimensiones de la vida social que no se conocen en esos términos, pero en la escritura en sí y en la publicación hay un objetivo común que tiene que ver con producir conocimiento y con incidir con ese conocimiento, con esa interpretación en los asuntos de la vida pública.

Buscan incidir en el sentido de discutir representaciones de los sucesos de los problemas de la vida social. Tanto discutiendo las representaciones e imágenes

establecidas sobre ciertos hechos, como documentando y tornando visibles otros que las representaciones corrientes o las imágenes corrientes de la sociedad no representan o no de esa manera.

Y cuando me hablas del ámbito de circulación, la crónica periodística tiene un ámbito de circulación de mucho más alcance que la etnografía, que es un género más científico o más ligado al ámbito científico. Aunque somos muchos los que apostamos a que la etnografía, sin perder su rigurosidad científica, su imbricación con la teoría, su profundidad analítica, sin perder nada de eso, tornarla un texto, un género textual y un tipo de texto de alcance de mucho más allá del ámbito de los especialistas o del mundo académico o científico. Tiene absoluta potencialidad para eso la etnografía, sobre todo por este registro de la vida social, de lo vivido, de esta dimensión vivida que captura y que por eso también muchas veces atrapa como género, fuera del ámbito científico.

Creo que inclusive una etnografía breve, es decir se puede hacer un trabajo del tamaño de la economía de una crónica, un texto etnográfico que tenga la economía de la crónica y que, aún así, contenga dentro de sí toda la profundidad que tiene esa investigación o la investigación etnográfica en sí. Profundidad me refiero a duración, a las capas, a los circuitos de intimidad social a los que se accede, a la articulación teórica y a la mirada antropológica que es indisociable del conocimiento etnográfico.

Cuando hablaba de la duración, eso no quiere decir que nosotros tenemos que escribir mucho, o que necesariamente tenemos que hacer textos largos. El resultado de una investigación etnográfica puede estar plasmado en un texto largo como un libro, pero también puede ser el texto del tamaño de la economía de una crónica, pero conteniendo todos estos elementos que están implicados en la perspectiva etnográfica.